Imaginería

Castellana

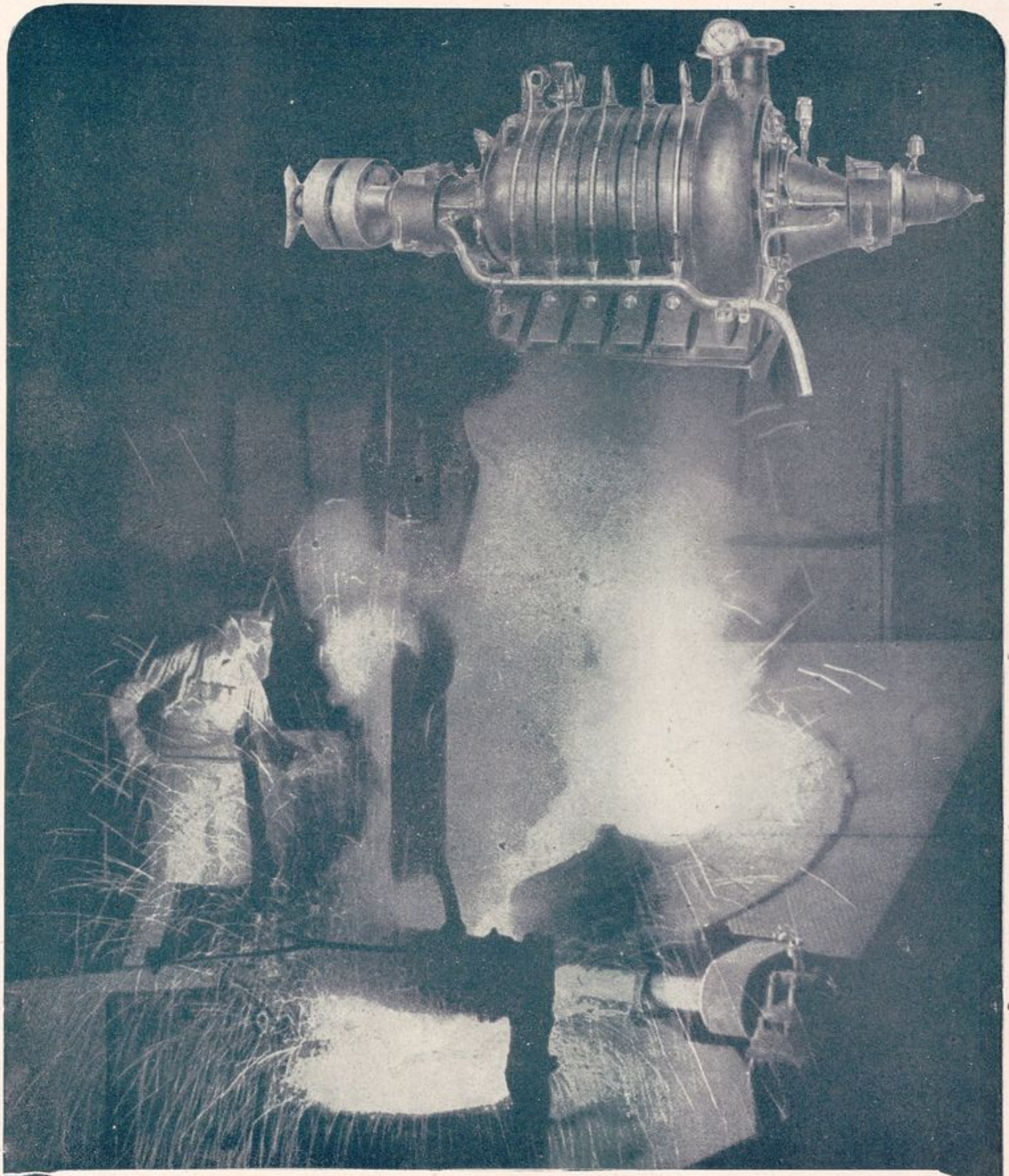
Semana

Santa en

Valladolid

Precio: para toda España

FOL 4119
ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA
AÑO 1944
CB 123574 19



TALLERES MIGUEL DE PRADO, S. A.

TELEFONO N.° 1439 : APARTADO N.° 13

VALLADOLID

PEREDA Y MARTINEZ

VALMASEDA (BILBAO)

PERCHAS

CANECO

Fábrica de perchas

Americanas marca

La percha **«CANECO»** no es la mejor

ES LA ÚNICA

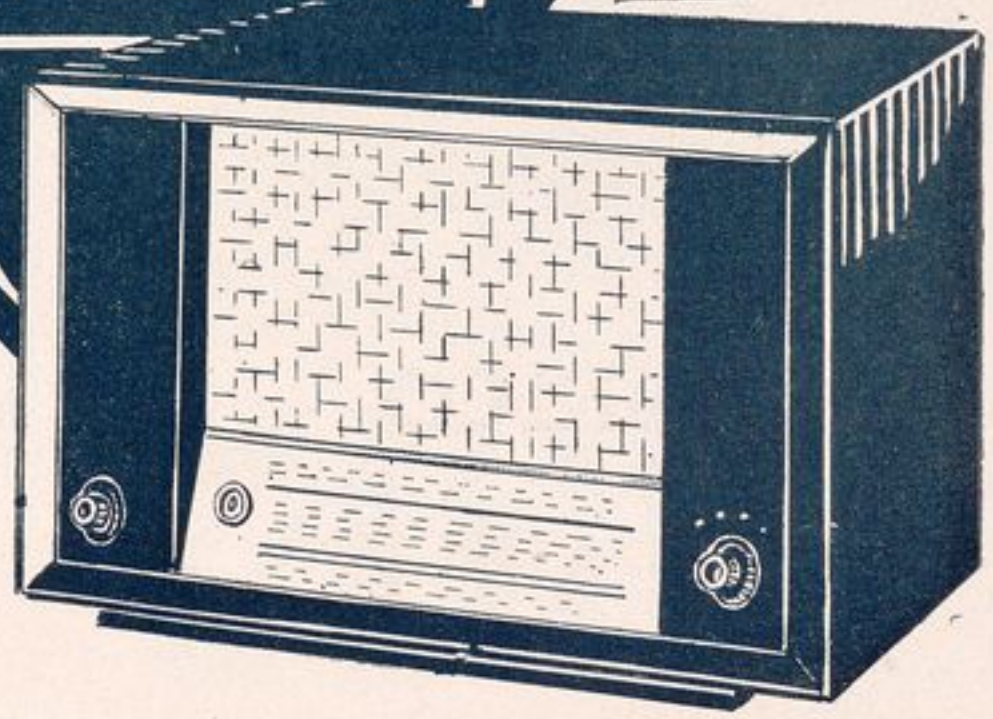
Exija siempre esta marca

TELEFUNKEN

Con la misma facilidad que ve Vd. el mundo podrá oirle con un receptor

TELEFUNKEN

TELE FUN KEN



Rivera

TELEFUNKEN

VAQUERO

Regalos para Bodas

Lámparas

Valladolid - Burgos - Palencia

OPTICA

FERRARI, 11 · TELEFONO 1616 · VALLADOLID

Año de MCMXLIV

Nota del Editor

Sea dedicado este trabajo a nuestro padre, el primero que sale de estas máquinas; de estas máquinas que con gran ilusión él compró y no llegó a verlas funcionar. Que sean siempre para su mejor honra y no permita nunca Dios puedan envilecer su memoria con la divulgación de escritos contrarios a nuestra fe de cristianos, y sirvan para el sustento de quienes con nosotros trabajan.

Gráficas Perdiguero.

†

Con censura eclesiástica

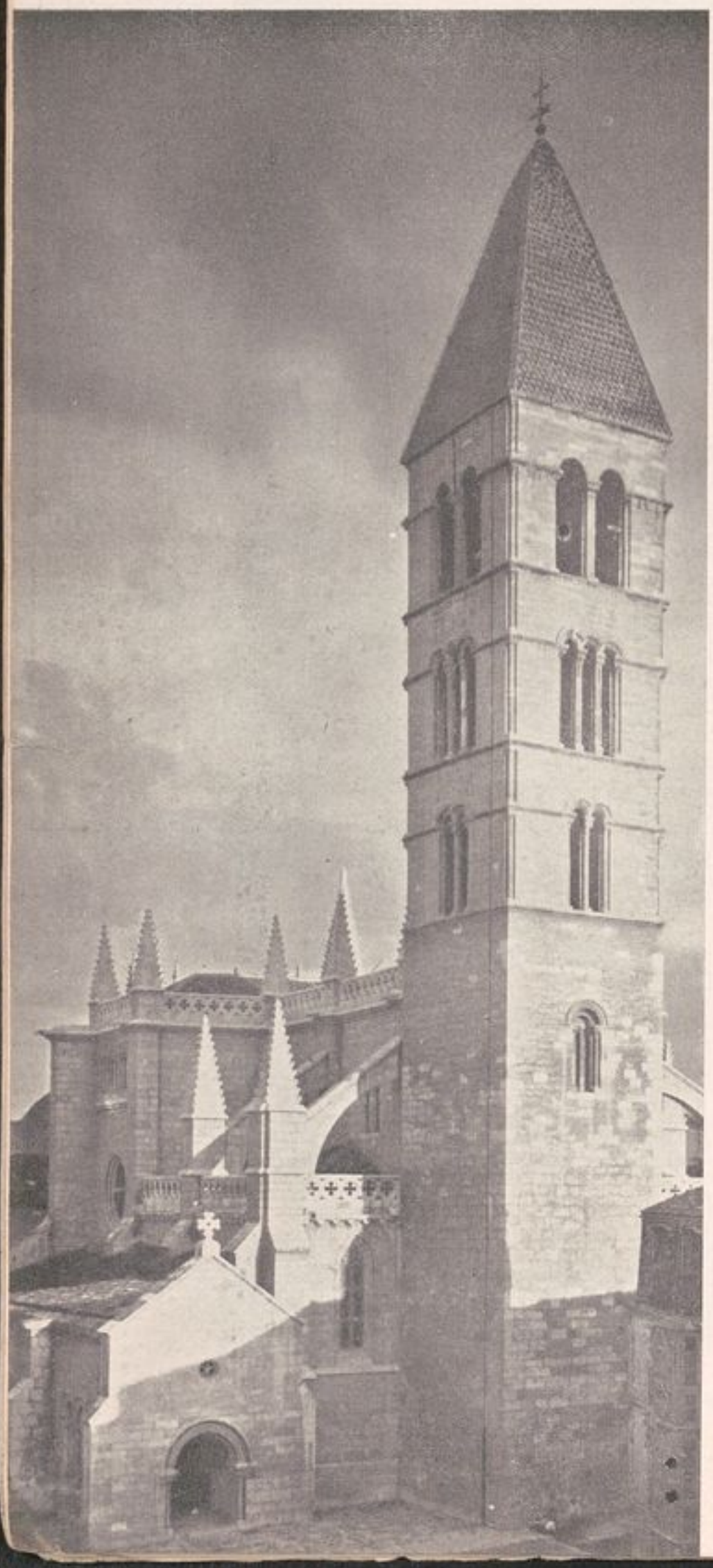
«LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL»

Compañía Española de Seguros fundada en 1864

Subdirector en Valladolid: **José Mosquera Pérez**
General Mola 1 (Edificio propiedad de la Compañía)
TELÉFONO 1919 - APARTADO DE CORREOS, 8
(AUTORIZADO POR LA DIRECCIÓN GENERAL DE SEGUROS)

Seguros de Incendios - Transportes
Cosechas - Accidentes - Vida - Robo
Cinematografía

Imaginería Castellana



EDITOR: "Gráficas Perdiguero"
DIRECTOR: Narciso García Sánchez.
DIBUJANTE: T. Rivera.
FOTOGRAFIAS: Garay, Carvajal, Filadelfo.

Sumario:

COLABORACION: "Ejemplos divinos muy humanos", por el Excelentísimo y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Valladolid.—"Grande es como el mar tu quebranto", por F. Eduardo Sánchez, (Canónigo Magistral).—"La Procesión del Santo Entierro", por Francisco Gómez, (Canónigo Doctoral).—"Semanas Santas de España", por el P. Félix Garcia, (Agustino).—"Varón de Dolores", por Andrés M.ª Mateo.—"Aportación castellana al tesoro Litúrgico-Musical", por Heraclio Garcia Sánchez.—"Un "paso" de Gregorio Fernández", por Esteban Garcia Chico.—"Valladolid, talismán del Arte y de la Fe", por Lope Mateo.—"Figuras de Pasos Los Sayones", por Francisco Antón.—"Cofradías Penitenciales", por Filemón Arribas.—"Los Cristos Yacentes de Gregorio Fernández", por Juan Agapito y Revilla.

Junto a ese Patio de San Gregorio

Por Narciso García Sánchez

UNA calle que por historia se siente un tanto alejada de la moderna arquitectura, presume silenciosa de conservar lo que no pudo llevarse la furia desamortizadora. Es en el viejo Valladolid, entre su antigua Chancillería y el Palacio de la Diputación, donde se alberga con plausible decoro la más rica colección de la escultura policromada española; muy cerca del lugar que vió nacer a Felipe II y no a muchos pasos de donde se unieron en matrimonio Isabel y Fernando. Tras los sólidos muros del Convento de San Pablo, cátedra feliz de la ciencia dominicana; entre filigranas de piedra y bajo la guardia permanente de yugos y de flechas, existe esa verdad plástica del sentir de un pueblo como el más seguro ejemplo de enseñanza. No hay, pues, capricho localista en este meditado propósito de considerar gráficamente el tema, sino la realidad nacional de su existencia; y conste también que no es preciso desempolvar nada puesto que en parte, cada año, las imágenes caminan a presencia nuestra por las calles, quizás, para profundizarnos más si cabe en la reflexión sobre los misterios conmemorados en la Semana Santa.

Alrededor de ese arquitectónico y conocido «Patio de San Gregorio» vive, si puede decirse así, el Museo Nacional de Escultura aun cuando las figuras callen con un gesto interrogante y expresivo. No hay posibilidad de resumir con la definición, pero si intentáramos hacerlo al final de un recorrido por sus salas, pudiera ser que un gran deslumbramiento fuera la más fuerte impresión de la visita:

prodigalidad de oro y de color, policromía combinada que manos primorosas y, sobre todo, genios delicadamente abiertos para la inspiración concibieron la más auténtica expresión de un Calvario modelada con la madera de los pinares de Castilla. Solamente movidos por ese resorte prodigioso, se pudo llegar a la magnificencia de una obra trabajada sobre un material tan pobre; pero el arte pictórico añade a la riqueza escultórica un enriquecimiento propio.

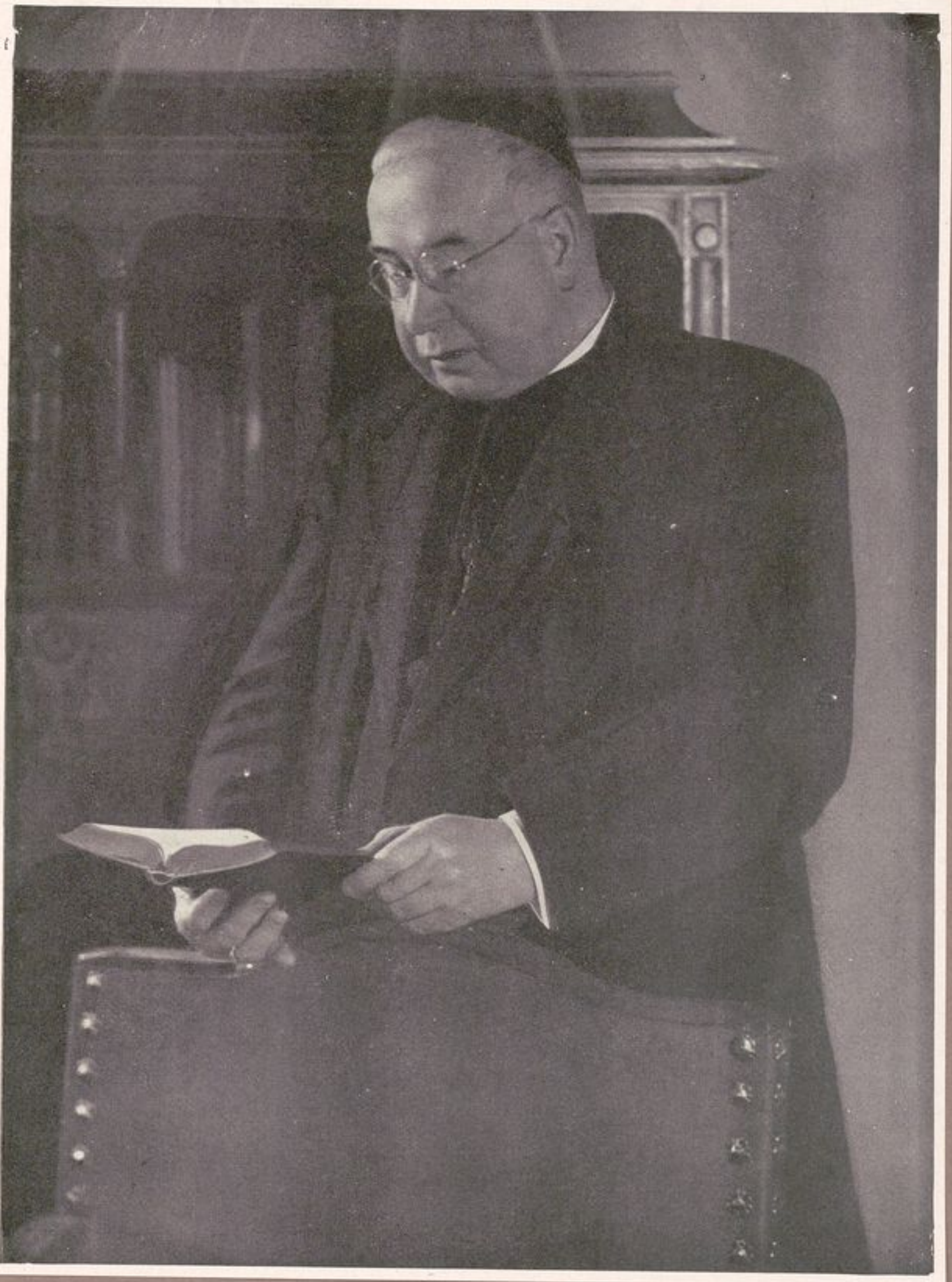
* * *

Hay en la escultura de Castilla un motivo casi constante que es a la vez la constante afirmación de las creencias de un pueblo y de la imaginería que honrosamente le representan; y es que la tónica del arte castellano no podía menos de servir con fidelidad a los propios sentimientos de sus hombres. Tanto significa esa Virgen de Berruguete—por ejemplo—que es la llama en ascensión hacia la Gloria; o lo son esos Cristos sangrantes, torturados por la infamia, mortificada su carne por el sufrimiento, de Gregorio Fernández; como lo sirve también ese gran sentido del dolor esculpido por Juan de Juni. Sinceramente dicho, es el arte al servicio del Evangelio, la sensibilidad plástica de toda esa encarnación múltiple repetida en cada leño con figura humana, puesta a disposición de la Profecía y de la Religión, como pilares indicativos de una personalidad en armonía con el impulso, la psicología nacional y la trayectoria histórica.

Se ha dicho no sin razón que cuando Valladolid hace desfilar procesionalmente la riqueza de su imaginería, la realidad artística vivifica hondamente toda una Pasión. Son sus manifestaciones litúrgicas la mejor manera que cabe idear entre los hombres para asociar un pueblo al Drama Divino. Aquella afirmación de que «la obra del Museo fué hecha casi para la Religión» es el auténtico resumen del sentido de la escultura castellana. El laconismo de la frase más que imponer la fuerza de su sonoridad revela cuan pronto se identifica uno con el religioso espíritu nacional; como aquella otra del cronista donde dice: «el fin no está en el arte, sino que fué un medio».

* * *

De año en año las puertas del Museo quedan abiertas. Parece como si una razón ordenamente dispuesta exigiera sacar al aire los grupos escultóricos con el fin de dar espesura al ambiente de los días de Semana Santa. El trágico dolor de las imágenes influye, durante las procesiones, en el dolor estremecido de todos. Son esos descomunales «pasos» humanizados una nota dramática, expresiva, capaz de representar el hondo significado de la conmemoración pasional de Cristo. El Museo se convierte entonces en Museo ambulante para ser profundo recordatorio de una muerte redentora, y la sublime expresión de sus tallas policromadas cumplen de un modo definitivo con el propósito de los maestros castellanos.



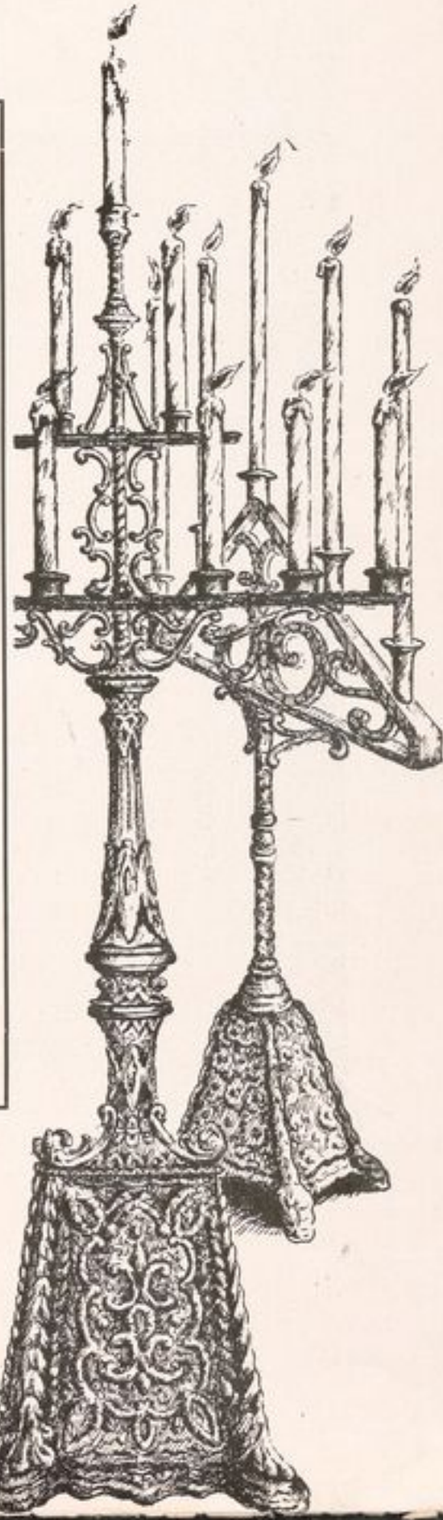
Descienda el rocío de la bendición de Cristo
sobre los que saben y quieren poner al arte el
servicio del gran misterio de Cristo en la cruz.

+ Antonio, Arzobispo de Valladolid

CRISTO DE LA LUZ

Si todo en nuestra vida es misterio, en ninguno como este de la Cruz resplandece con tanta claridad la esperanza única que nos puede llegar bajo el signo de la Muerte: Amor infinito y Misericordia, fe en la verdad eterna de salvación porque Dios hombre desde el lábaro santo de la Cruz, en ese instante sublime de la Redención, atrajo hacia sí a toda la Humanidad. Han hecho bien los hombres dedicados a la enseñanza en elegir la imagen de Gregorio Fernández, como paso de su devoción como perla luminaria que mejor guie la voluntad y el entendimiento de cada uno de sus cofrades.

Detalle del Cristo Yacente, de Gregorio Fernández, conservado en el Convento de Santa Ana.



Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem

LA súplica de esta «Piedad» define pronto la sensibilidad inconfundible de Gregorio Fernández.

No solo sentía la emoción general de su tiempo, sino que era capaz de transportarla sin violencias a la madera modelada.

Un autor ha quedado dicho que el rostro dolorido de María, fué uno de los temas trazado con más unción por el genial escultor castellano.

Esta obra se conserva en el Museo Nacional de Escultura.

Detalle de uno de los Cristos yacentes de Gregorio Fernández.

Imagen de Cristo Jesús que preside el Altar dedicado a los mártires de la Cruzada en el **Santuario Nacional.**

Ejemplos divinos muy humanos

ACASO a más de uno llame la atención y le extrañe el título de estas líneas, sermón que el Prelado de esta Archidiócesis predica convirtiendo en púlpito estas páginas que por su contenido literario y por sus ilustraciones es un todo esencialmente religioso con ornamentación delicadamente artística.

¿Un sermón? Sí, un sermón, porque un Prelado tiene como principal misión y oficio el predicar la Palabra de Dios en el púlpito de la Catedral o en el púlpito de una iglesia parroquial, en el púlpito de una iglesia conventual o en el púlpito de una ermita, dentro de un templo o en medio de una plaza, en una tribuna científica o en la nave de unos talleres, con la lengua y con la pluma, en las páginas del «Boletín Oficial» de su Diócesis o de una revista o de un diario o en un album artístico-religioso, como el presente.

Como el presente, que es una de las mil formas que reviste el Monte Calvario al través de los siglos. El Monte de la Crucifixión de Cristo, precisamente porque es el punto central de la Historia, se reproduce en cada uno de los puntos que forman la circunferencia por donde desfilan todos los acontecimientos humanos.

† † †

¡El Monte Calvario! Es el Monte de la muerte y de la vida. En él murió Jesucristo, Hombre-Dios, y en él se sembró el germen de la vida inmortal y gloriosa. Jesucristo en cuanto hombre murió, y Jesucristo por ser Hombre-Dios es el Muerto por el que tienen vida todos los vivientes cuya vida esté sublimada por la inmortalidad gloriosa.

La Muerte de Jesucristo es un manantial, cuyas aguas son redención plena. Por la Muerte de Jesucristo el hombre es libertado del pecado y de todas las consecuencias del pecado y pasa del reino de las tinieblas, en el que impera Lucifer, al Reino de la luz, en el que ejerce su soberanía omnímoda aquel que dijo: Yo soy la verdad y la luz y la vida.

Pero Jesucristo nos redime y dignifica, nos da libertad y nos deifica muriendo dolorosamente. No murió Nuestro Divino Redentor entre dulcedumbres inefables, sino anegado por fuera y por dentro en aguas amarguísimas.

† † †

Aguas amarguísimas, tan amargas que su amargura era la suma de todas las amarguras humanas, de todos los hombres, de todos los lugares, de todos los tiempos.

Algunos piensan que los dolores de la Pasión de Jesucristo, por ser Jesucristo Dios, no eran dolores, o eran dolores tan suavizados que casi no eran aflictivos, o era tal la fuerza para soportarlos que no oprimían ni el cuerpo ni el alma del Redentor Divino.

Ideas ciertamente muy lejanas de la verdad. La fuerza de Dios es omnipotente y la fuerza huma-

na de Jesucristo es maravillosa; pero ni la una ni la otra fueron utilizadas por Jesucristo para no sufrir ni para embotar el filo del dolor. Las utilizó para resistir, pero al dolor le dejó toda su fuerza aflictiva y martirizante.

† † †

Jesucristo quiso voluntariamente, libremente, sufrir los mayores dolores, los más acerbos tormentos, para darnos ejemplo de amor y ejemplo de paciencia y ejemplo de estimación de cuánto vale el dolor, que es uno de los más subidos valores que integran el universo moral.

Quien medite bien la naturaleza y la intensidad del amor que Jesucristo nos demostró en la Cruz, enloquecerá de amor a Jesucristo, debe enloquecer, porque a una locura divina de amor hay que corresponder con otra locura de amor divinizado.

Y un amor loco a Jesucristo se transforma en paciencia firme y serena bajo cualquier tribulación que Dios nos envíe como ángel sobre cuyas alas nos remontemos hasta la Cruz y desde la Cruz al Cielo.

† † †

La exacta y cordial estimación del dolor ¡cuán pocos la hacen! Es necesaria luz del Cielo y ardores de allá arriba y esa luz y esos ardores los reciben las almas justas, o que aspiran a la santidad, porque se preparan para recibirlos. Y cuando los han recibido exclaman como Santa Teresa: «O padecer o morir».

No pueden, no quieren morir sin dolor, ni vivir sin padecimientos, en unión con Jesucristo crucificado, por interés nobilísimo y por nobleza de corazón privilegiado.

Por interés nobilísimo, porque, como dice San Pablo: «Padecemos con Cristo para ser con El glorificados».

Por nobleza de corazón privilegiado, porque, como dice San Bernardo: «Es vergonzoso que haya un miembro delicado bajo una cabeza coronada de espinas».

† † †

Pero ¿y las fuerzas para soportar el dolor y la tribulación? Jesucristo, aún en cuanto hombre, las tuvo para soportar sus dolores inmensos y sus tribulaciones incomprensibles, y a los cristianos también da Dios toda la energía que necesiten para llevar su cruz tras de Jesucristo.

Dios no es un insensato que nos adjudique una cruz superior a nuestras fuerzas; Dios gradúa harmónicamente el peso de la cruz que nos impone y la energía que necesitamos para llevarla.

Pero hay que pedírsela humildemente y muchas veces. El dolor resulta insoportable con frecuencia, porque no le damos por compañera la oración.

¡Dolor y oración! Es una pareja inseparable en el orden providencial vigente. Los hombres quebrantando este orden providencial no oran, y entonces al verse el dolor separado de la oración, se vuelve tan duro y tan agrio que resulta insoportable.

† † †

Jesucristo nos dió ejemplos divinos que al mismo tiempo son muy humanos: de dolor y de oración. En cuanto hombre sufría y oraba, y la Divinidad unida a su humanidad Sacratísima sublimó y divinizó aquellos dolores y aquella oración.

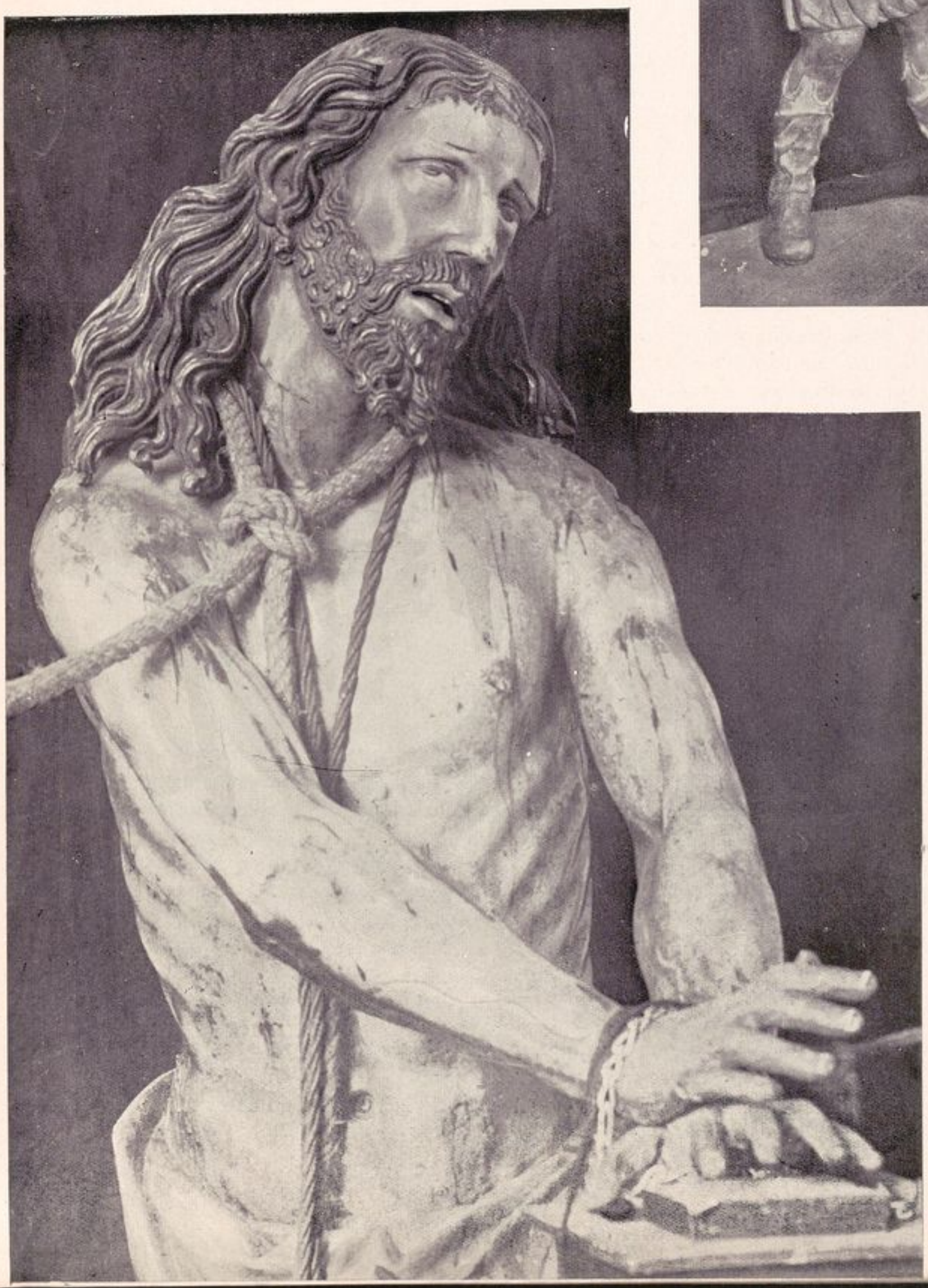
Aprendamos estos ejemplos de Jesucristo. Suframos orando; oremos sufriendo. Así se unirán en nosotros elementos humanos de aflicción y martirio con los elementos divinos de aquella fuerza que da la gracia sobrenatural para vivir y morir crucificados con Jesucristo y con El resucitar gloriosos y con El ser eternamente felices en el Cielo.

Y antes, en esta vida, sufriendo y orando, con Jesucristo intelectualmente y cordialmente unidos, laboraremos para que este mundo desgraciado entre en caja y funcionen las máquinas de las sociedades humanas normalmente, actuando en ellas el dolor, que es inevitable, en conformidad con la ordenación, divina que, entre otras cosas, exige que el dolor nuestro se una al de Jesucristo, y esta unión se realiza en el santuario de la oración humilde y fervorosa.

✠ Antonio, Arzobispo
de Valladolid

Detalle del Cristo del Santuario Nacional. Las altas cualidades artísticas de esta imagen, —atribuída a Jordán—el profundo sentido de su expresión y sobre todo, el significado de la inmolación de Jesús, son razones suficientes para verse elegida en el Altar dedicado a los mártires de la Cruzada.

Uno de los cuatro característicos sayones de la «Elevación de la Cruz», paso que se conserva en el Museo Nacional.



Este Cristo pertenece al paso denominado «El Azotamiento», obra maestra de Gregorio Fernández.

«Grande es como el mar tu quebranto...»

Por F. Eduardo Sánchez
Magistral de Valladolid

DIOS pidió para salvar a los hombres la inmolación de un corazón de Madre, no porque fuese insuficiente precio la Sangre de su Hijo, sino para dar mayor armonía y belleza a la obra de nuestra salvación. Junto al Hombre Tipo colocó El la cristalización más perfecta del Ideal Femenino. En contrapeso de la manzana con que se vendió al mundo, realizóse la fusión en uno de dos corazones para rescatarlo.

La salvación llega a nosotros bajo la forma de un beso maternal—se ha dicho con frase tan justa como bella.

* * *

Un beso fué en efecto y un beso sigue siendo la Corredención de María. Beso purísimo y apasionado de Madre, pero también transido de dolor, porque besarnos a nosotros fué sufrir de rechazo en su espíritu los mismos dolores que su Hijo padecía colgado de la cruz. Las cuerdas de su corazón resonaban en sonidos armónicos al ser herido y golpeado el Cuerpo Sagrado de su Hijo.

Ni podía apartar su vista del Crucificado sin que los otros objetos de sus miradas alumbraran en sus ojos la amarga vena de lágrimas calladas pero quemantes. Su Hijo... el Padre... los hombres... Ella misma: estos cuatro puntos cardinales del horizonte sin estrellas de su desolación son otros tantos manantiales de sufrimiento.

* * *

Su Hijo ante todo. Fué Ella testigo bien cercano del tremendo suplicio: no es preciso decir más para expresar la grandeza de este dolor. Las piedras se estremecieron de pena; los sepulcros aflojaron sus garras temblando de pasmo y dejaron escapar su presa; al sol se le nubló la faz radiosa y hurtando su luz vistió a la tierra de luto. ¡Qué sería el dolor maternal cuando tan vehementes eran las demostraciones milagrosas del cósmico dolor!.

Ella había sorbido por sus pupilas anhelantes todo el proceso del drama. Había sorprendido la nube que empañó la límpida mirada de Jesús cuando los pesados clavos avanzaban con dificultad por las muñecas. Había visto los espantosos desgarrones y las oleadas espumosas de la Sangre. Había estado percibiendo por tres horas el resuello duro, crepitante de su Hijo y el chasquear de su lengua reseca cuando exprimía con ella las encías requemadas. Había contado los espasmos que sacudieron su Cuerpo a intervalos rasgando más las llagas y acelerando el manso fluir de la Sangre caliente. Había visto correr sus lágrimas trazando surcos entre el polvo y el sudor y la Sangre. ¡Y no había podido socorrerle ni poniendo su mano sobre la frente ardorosa...!

Y penetró en el espíritu de Jesús, que no guardaba secretos para la perspicacia maternal. Y allí vió y compartió su aflicción por el silencio del mundo a la llamada angustiosa de la Sangre del Calvario. ¡Oh, el dolor de sentirse solos en medio de una muchedumbre hostil, o indiferente, o despistada al menos! Junto a María está el grupo fiel de las mujeres y un poco más lejos algunos discípulos que, llenos de rubor por su cobardía aun no curada, dirigen a la escena dolorosa miradas abiertas por el asombro y pasmadas por la sorpresa. Ninguno entiende el misterio o lo entiende muy imperfectamente. Aquel dolor de Jesús y de María no halla en otros corazones el eco anhelado; y eso que no ha habido jamás dolor como aquél ávido y necesitado de correspondencia y comprensión.

* * *

El Padre Celestial... He aquí el abismo más hondo del mar inmenso de la Pasión.

«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Porqué me has abandonado?»—clama el Hijo desde la cruz. También María sintió el mismo desamparo. Su amor a Dios lanzaba contínuas llamadas que rebotaban en el bronce impenetrable del firmamento.

¡Hay que apurar todas las heces del cáliz...! parecía decir el hermetismo celestial. Dios aparta sus consuelos aun haciéndose violencia, porque su Hijo se ha vestido, como nuevo Jacob, las pieles de los pecados de sus hermanos. No negará en ningún momento el auxilio de su poder pero retirará implacable el alivio de su amor.

* * *

Hasta mirándose a sí misma la asaltaban motivos de aflicción. Ningún pecado tenía que borrar en ella la Sangre divina, y sin embargo por Ella se derramaba más que por otro alguno, porque más es preservar de caer que levantar al caído. Era Ella la más valiosa margarita por cuya adquisición dió el Mercader divino los rubíes de sus venas. Su augusta maternidad, su querida virginidad, las prerrogativas todas que la encumbraban sobre lo creado se le aparecían en aquellos momentos empapadas en la Sangre de su Hijo y sahumadas con los dolores de El. También en sí misma se afilaba el cuchillo profetizado por Simeón.

* * *

Pero no se llega a la parte más viva de su aflicción sino cuando la vemos causada por sus relaciones personales con los redimidos.

Apenas se lo permiten las tinieblas milagrosas, María se acerca a su Hijo. La mirada opaca de Jesús se posa entonces sobre ella haciendo estremecer el corazón virginal. El moribundo aprovecha la ocasión para dictar su testamento. Con voz queda dice a María señalando con leve gesto a San Juan: *«Mujer, he ahí a tu hijo»*.

La virtud de estas palabras no puede ser más aflictiva, Ellas desgarran las entrañas de María y les dan una inmensa capacidad para acoger a los que están causando los sufrimientos del Hijo

amado y los suyos propios. Hasta entonces ha sido Madre de Dios; desde aquella hora—sin perder esta dignidad augusta—será Madre de Misericordia. Su corazón vibrará al unísono de todas las miserias de la historia.

¡Misterio de fecundidad! Cuando dió su consentimiento a la embajada del angel comenzó el alumbramiento de los hombres, pero éste se fué prolongando por 33 años hasta que esas palabras de Jesús dieron la señal de haberse ya logrado.

Cuando la lanza de Longinos abra el costado de Cristo, parteará a la humanidad regenerada sacándola de los dos Corazones de Jesús y de María, que están allí fundidos en uno.

Misterio de fecundidad, pero misterio más insondable del dolor, porque su parto les acarrea a ambos el deber de responder por sus hijos. En virtud de esos lazos de paternidad que les unen a los hombres, en los Corazones del Hijo y de la Madre los siglos todos desaguan la de sus abominaciones. ¡Con qué inexplicable repugnancia se sienten anegar en la asquerosa corriente esos sagrarios de pureza! ¡Que lancinante la previsión de la pérdida de tantos! Jesús y María están tan unidos y como identificados con los hombres que, en cierto modo, se sienten condenados en aquellos que se condenarán, pues son tan suyos. Al percibir cómo se les desgajan del Cuerpo Místico y del seno materno para ir a alimentar los fuegos inextinguibles, casi gustan el sabor de la pena infernal en una salva que sería más amarga que la misma bebida de los precitos, si tuviera como ésta el ingrediente de la desesperación irremediable.

Padecer hasta el fin del mundo todas las otras penas sería más soportable tormento que respirar solas tres horas esta emanación desprendida de las cárceles eternas.

* * *

«El aquilón esparce el mal sobre todos los habitantes de la tierra», dijo Jeremías. A María todas las puntas de la estrella de los vientos le traen nuevas de aflicción. Su dolor es un abismo que recoge todas las aguas de la tribulación humana por cualquier parte que corran. Pero es un abismo tranquilo, como el mar en las grandes calmas. La serena resignación de un alma siempre dueña de sus afectos impide toda agitación. El dolor la acomete con furia sin ejemplo, pero no la rinde. Ninguna palabra, ni el más leve gesto se puede sorprender en Ella durante aquellas largas horas que no esté conforme con la más perfecta mesura.

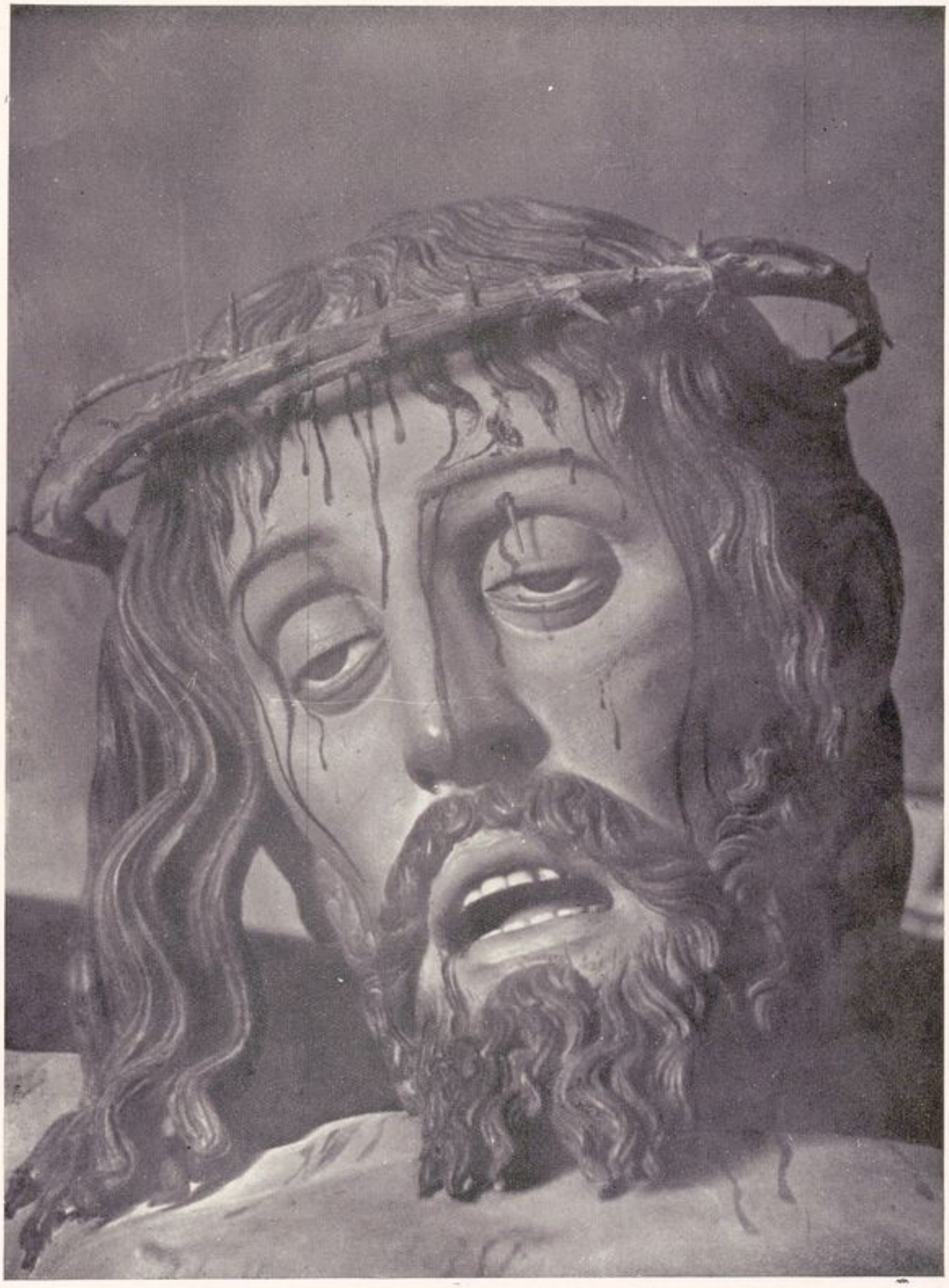
«De pie», dice San Juan que estaba junto a la Cruz de su Hijo. En la retina del Apóstol quedó grabada esa imagen del dolor erguido y firme como si su misma grandeza lo sostuviera.

Así la han visto también todos los siglos cristianos: transida de dolor hasta parecer el dolor personificado, pero venciéndolo con el triunfo más rotundo.

Así la representan—salvo insignificantes excepciones—nuestros incomparables imagineros. Pero de esto otros tratarán con mayor competencia...

+ + + vuelve a nosotros

esos tus ojos misericordiosos + + +



DETALLE DE LA CABEZA DEL «CRISTO DE LA LUZ» ESCULPIDA POR GREGORIO FERNÁNDEZ

«A esta hermosa escultura, con no ser lo mejor del Autor, se la ha titulado *La Perla* de Gregorio Fernández»—así dice uno de los críticos—pero el calificativo popular, que no analiza los cánones de la belleza ni se fija en las dificultades técnicas que haya podido vencer el genio del artista y se entrega de lleno a la emoción, hallaría, de cierto, en el Cristo del gran escultor castellano, un motivo de predilección entre las demás representaciones surgidas de la mano del maestro, aun, siendo, como todas ellas son, tan profundamente emotivas.

Valladolid, talismán del Arte y de la Fe

POR LOPE MATEO

UN escritor extranjero, con tan buen entendimiento como buena fe, decíame una vez que lo esencial español había que buscarlo en Castilla y en Andalucía. Consideraba él que la faz de España, tan rica de plasticidad y de expresión, estaba estremecida de rasgos sustanciales castellanos y andaluces. Había leído a Unamuno y conocía la «Teoría de Andalucía» de Ortega. Velázquez, el Greco y Goya eran para él los fideicomisarios de España.

He tratado, siempre que se me ha ofrecido coyuntura, de pulsar y compulsar juicios foráneos acerca de nosotros, los españoles. Es un juego interesante tanto como ejemplar. Para unos, España es una charada: no la entienden. Para otros, un misterio: sienten la tentación de descifrarlo. Para muchos, un prodigio: la admiran. Todos se apoyan en dos hechos decisivos: los toros y la Semana Santa. Del «Teorema» de los toros deducen los corolarios del valor, gallardía, pasión, sensualidad, honor, etc., que Próspero Merimée les enseñó a su modo: inmanencia. En la Semana Santa ven el vuelo místico, el sentido artístico popular, la religión a la medida del hombre: trascendencia.

Tal colección de juicios, después de todo, no va tan descaminada que no encierre la verdad. Pero es una verdad sin matices. Ni es posible pedírselos, cuando ni los mismos españoles, por razón del hábito constante, los descubren a veces. Aquellos por falta de menos, éstos por sobra de más, ocurre que es preciso andarse con tiento para hallar la verdad objetiva: ni solo pintoresquismo, ni mucho menos rutina.

Aceptando provisionalmente estas dos formas arquetípicas de Andalucía y Castilla con respecto a la Semana Santa, observaremos en primer término la coincidencia con los dos núcleos principales del arte religioso español. Dos escuelas—Valladolid y Sevilla—se esfuerzan desde los siglos áureos por concretar lo abstracto: el dogma, y abstraer lo concreto: la fe. Cabe entonces una primera pregunta: ¿se trata del arte al servicio de la religión o de la religión al servicio del arte? No se vea—líbreos Dios—ni un ápice de reserva irreverente en la antítesis. Mas desentrañemos un poco la pregunta.

Castilla, desde luego, señora de su meseta y de su luz, encendida de trigos y alondras, convierte su agridulce primavera, durante los sacros días de la Pasión, en una llama de fe, a la que el arte rinde pleitesía. La Semana Santa de Castilla es fe ante todo: fe de capa parda y liturgia de silencio. Toda la gravedad católica de la raza—aquella que con Felipe II vestía señorialmente de negro—se concentran en esa imponente procesión inacabable de los Pasos...

Valladolid, Zamora, Ríoseco, no cantan; sollozan. Pueden admirar, pero ante todo conmueven. Preguntádselo a Berruguete, a Juan de Juni, a Becerra, a Gregorio Hernández.

Entre el cielo y la tierra, el alma en vuelo, el corazón en vilo... Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz lo dirán perfectamente, angélicamente.

Si la sensación corporal desaparece, si los sentidos se ausentan para dar paso al espíritu, ¿que puede hacer una «saeta»? El silencio se traduce en oración. Oración abierta a los cuatro puntos cardinales de los Novísimos. Sólo las golondrinas, recién llegadas, cantan en la Semana Santa de Castilla.

Andalucía es otra cosa: Sevilla, Málaga, Granada, embriagadas de perfumes, calientes de vides y palmeras, no pueden evadirse al lirismo que la naturaleza en torno suyo dicta. Y desarrollan su arte con el motivo de la fe. La Pasión allí se enciende en «saeta» en «cante jondo», de lo más hondo de la entraña vernácula y sensitiva. Las cofradías llevan sus caminos y sus horas dispersos. Han embrujado a las estrellas en la noche enervante. Por los sentidos van a Dios, Creador de toda hermosura. Cantan y encantan. Los pasos, entre oros, luces, flores, podrán conmover, pero ante todo admiran. Montañés, Mena, la Roldana, acertaron a hablar a su pueblo sin meterle el alma en un puño. La plegaria se hace copla. Y la copla es un himno a la vida.

Entre ambos polos—Castilla, Andalucía—gravita la Gran Semana de España. Las demás regiones participarán en mayor o menor grado de esta inspiración teológica y estética. España entera se echa a andar con sus Cristos, con sus Vírgenes, con sus nazarenos penitentes, en sagradas anécdotas representativas. Los templos y calles de España proclaman estos días la fe de una verdad y la verdad de una fe. Nuestro pueblo se hace protagonista del inefable drama de la Redención, con su carne y su espíritu, su silencio y su voz.

España se abraza a la Cruz, de donde siempre brotó la estela de su destino. Y una oración trémula y coral, desde un fondo bimilenario, abraza las tierras y los cielos de España.

* * *

Pero yo me quedo con Castilla. Siento la voz de mis mayores que me llama desde los altos chopos, desde los fragantes pinos. Siento la sangre de mis mayores deslizándose por las arterias de sus ríos, bajo las piedras romanas de sus puentes. Siento el alma de mis mayores golpeando en el inmenso clípeo azul de sus cielos, sobre sus trigos en flor.

Y al decir Castilla, he dicho Valladolid.

Valladolid—¿valle de lid? ¿de olivos?—le dice al Pisuerga caudal de sueño. Sueño de fe y de imperio, que apenas habla a los sentidos. Sueño brizado con fuego de sol y ocre de terruño: fervor y gravedad, espiga y estrella, verdad y poesía. No es patria de adjetivos. Su paisaje acaso es para pocos; para todos su ademán. Sus valores humanos los rinde sólo el pulso y el corazón. «Palabra y mano—se dice—hacen al buen castellano.»

Valladolid, antigua Corte de las Españas, es altivo hasta donde lo permite sin ofensa su prócer sequedad. Alguna vez, contemplando su ancho caserío en el alto valle, desde los cerros de la Maruquesa o San Cristóbal, yo he fabricado en mi interior esa capital imperial—capital de dos mundos—que nunca llegó a realizarse. Un arquitecto-poeta soñaría la inmensidad urbana de su contorno, con espigas, pinos y chopos, muchos chopos, a la cintura. Su vida traza un arco luminoso desde el Conde Ansúrez, el fundador, hasta el Duque de Lerma, el palatino; desde su entrada en la Historia de Castilla, hasta su éxodo de la Historia universal.

La gran ciudad capitalicia que desde entonces pudo ser, se fué tras los montes Carpetanos. Pero lo esencial castellano quedó aquí en la señera meseta de las hazañas medievales, con sus hombres «largos en facellas breves en contallas.»

* * *

...Bajo estos soportales que un día—dicen la leyenda y una argolla—vieron rodar la cabeza del gran Condestable Don Alvaro de Luna, en esta ochavada plazuela del Ochavo, cruzada por la antañona calle de las Platerías, el pensamiento se ha echado a volar, mientras lenta y solemne, entre rezos y cantos de clamor, desfila la procesión del Encuentro.

El Cristo de los Carboneros, gigante, melánico, adusto, pasa desde su cruz ante la muchedumbre arrodillada. Ni una «saeta», que no es modo de Castilla. Sólo silencio y oración. Es el anochecer del Miércoles Santo. Poco antes, a las puertas de la Penitencial de la Cruz, «La Piedad», de Gregorio Hernández, ha salido a recibir al Hijo, camino del Calvario. Una cuerda inmensa de encapuchados, de fieles,—velas y hachones encendidos—va rezando en voz alta el Vía Crucis. Es la segunda procesión de la Gran Semana. Había florecido el Domingo de Ramos con vuelos de palmeras y campanas. ¡Ay, campanas de la Catedral y de la Antigua, de San Martín y de San Pablo! ¡Orfebrerías del gótico, torres románicas, renacentistas cornisas, con cigüeñas y vencejos! La procesión de la Borriquilla, bajo el himno de las campanas, congregó a los niños, miles de niños con alegres túnicas nazarenas, con vestes angélicas, con los más limpios y nuevos trajecillos, altas palmas en las manos y flores de canción en las gargantas.

Caminaban como el cortejo de una primavera gentil de Boticcelli. ¿O eran el censo angélico español de Murillo? El sol de una primavera recién nacida besaba el río infantil, fragante de hossannas... Y el Señor, el dulce Rabbí, presidiendo la innúmera caterva, a lomos de una asnilla. con su cría al lado, marchaba por las calles de una ingenua Jerusalén en fiesta.

* * *

La Semana Santa entra en Valladolid con olor de sándalo de los viejos encologios: su canto dorado, su repujada piel, sus doradas guarniciones darán el contrapunto, entre los dedos femeninos, a las negras mantillas del Jueves Santo. Entre sus páginas de grises litografías una violeta exangüe y deshojada recordará, medio siglo atrás, otro Jueves Santo de la abuela. Y el órgano de la herreriana Catedral preñará las naves con la davídica salmodia.

Por la mañana, cuando empiezan a arder los cirios ante las recamadas urnas de los Sagrarios, la Hermandad de la Piedad—abogados y médicos—visitó procesionalmente las cárceles y hospitales. La triste población marginal allí recluída sintió el hálito fraterno en el nombre de Aquel que partió el pan y el vino entre los suyos.

Todos los templos de la urbe permanecen abiertos; esos templos—museos de siglos de fervor—en que los nombres de Berruguete, Juan de Juní, Rincón, Hernández, Becerra, Tordesillas, los Leoni, supieron dar a sus gubias y cinceles palpitaciones teológicas. Y la población compacta—señorío grave y compuesto—camina por las calzadas sin coches. Las autoridades de la ciudad van también a pie, corporativamente, visitando los monumentos. En las sacristías, en los claustros, en las salas capitulares, en las capillas, las Cofradías, en la primera noche, se cursan las últimas órdenes, aderezan sus Pasos, se turnan en sus velas y en sus rezos.

Todo está preparado para la impresionante procesión del Viernes.

* * *

El Viernes Santo en Valladolid es el himno coral más grandioso del Arte y de la Fe. Día imponente de compunción y fausto nazareno.

La tarde empieza a declinar. Tarde rota en pisadas sobre el asfalto de las calles. Ni una bocina de automóvil, ni un trote de caballo, ni un carruaje, interrumpen con su ruído el afligido duelo de esas horas. La torre de la Antigua, románica y esbelta. enciende su flecha en el poniente cálido. Del ancho Pisuerga asciende un rumor de quietudes entre las arboledas centenarias que empiezan a verdear. Hasta las cigüeñas de San Martín recatan su vuelo. La luz es ocre y violeta, de crepúsculo abrileño. Hora inefable de la añoranza y el dolor.

La muchedumbre afluye por las rúas enlutecidas. Cien mil almas, en oleadas crecientes, van cerrando travesías, se extienden por las plazas, ocupan los balcones empavesados. La Plaza Mayor—gigante cuadrilátero con soportales, recinto de unidad donde el Rey Santo fundió para siempre a Castilla y a León—contempla el emocionado desfile.

Cuando la noche cae, un río de antorchas avanza, acompasando su silencio con el redoble trágico de los tambores. Media legua de luminarias en doble y ancha fila recorre las calles sin solución de continuidad. Miles de encapuchados, rígidos, solemnes, herméticos, van escoltando los Pasos. En medio, tras las dramáticas figuras, los penitentes, descalzos, con cruces al hombro. Treinta Pasos, diorama corpóreo de la Divina Tragedia con sus Cristos flagelados, orantes, crucificados, yacentes...; con sus Vírgenes dolorosas, sus Verónicas, Cirineos, Magdalenas, ministros, soldados, sayones...: suprema expresión artística y religiosa de los siglos imperiales de Castilla.

Buscad el lujo en la ornamentación de los paramentos, en el bordado de los mantos, en el cristal y filigrana de las farolas y de los reflectores: lo hallaréis. Pero si acertáis a mirar aquellos ojos extáticos en el dolor; aquellos rostros dormidos en la angustia; aquellos miembros crispados; aquellas sangrantes llagas; aquel atuendo tempestuoso de los paños; aquellos escorzos de las imágenes todas de la Pasión, comprendereis entonces que el beso inmortal de la fe inmortalizó las gubias, los pulsos y las almas de los más altos artistas puestos al servicio de Dios.

El cortejo innumerable se va congregando frente al renacentista templo de las Angustias. Los Pasos, en doble fila escalonados, esperan a la Virgen de los Cuchillos—obra maestra de Juan de Juni—que cierra la procesión y torna a su Capilla. Son las diez de la noche. La Virgen, vuelta hacia la multitud expectante, abre sus brazos al pie de la cruz. Su mirada se pierde hacia lo alto en un rictus indescriptible y genial, mientras su diestra oprime contra el pecho los siete cuchillos de plata. Reflectores y bengalas iluminan su faz.

Y una inmensa Salve, cantada por el pueblo, se eleva en oleaje místico, en ecuménico clamor, por los ámbitos en pena de la ciudad, bajo las estrellas temblorosas. Si entonces no sentís que un suspiro ahoga vuestro pecho y una lágrima se deshace en vuestros párpados, podéis temblar: alguna sombra habrá que os cierre el paso en las veredas del corazón. La ciudad entera clama a su Virgen, llora a su Dios muerto.

Horas más tarde, con los luceros de la media noche, la Virgen de los Cuchillos, despojada de todas sus galas, sin corona refulgente, volverá a

salir. Procesión de la soledad, noche del infinito duelo. Las mujeres de Valladolid—ocho mil, diez mil, doce mil—acompañarán, entre lúgubres cantos y luces, a la Divina madre en su tormento.

La tarde y la noche han sido una lumbrarada de piedad en la más emocionada conjunción de arte y de fe que pueda concebirse.

* * *

Y así es la Semana Santa en Valladolid. La Semana Santa de Valladolid—no os llaméis a engaño—no es anécdota, ni color. Tampoco es primavera floreal, ni saeta, ni piropo. Ni siquiera Cofradía. Es Pueblo y con el Pueblo en masa desarrolla la más acendrada intensidad sentimental de España.

Los grandes imagineros y tallistas castellanos del XVI y el XVII legaron a esta tierra de unidad los máximos valores. Pelaron troncos para escalar alturas. Con los pinos de la Meseta encendieron hogueras teológicas al modelar sus santos de palo. Y ya no olvidaréis nunca esos voluminosos grupos escultóricos de la estupenda Piedad con los dos Ladrones crucificados, el del Camino del Calvario, la Flagelación, la Elevación de la Cruz, el Sepulcro del Señor, obras de Gregorio Fernández, o el imponente entierro de Cristo, de Juní.

La Semana Santa de Valladolid, talismán de anhelos sublimes y católicos arropa en los vientos de su arriscada primavera, la evocación más grande y categórica de la catolicidad, interpretada por Castilla, alta y señera en medio de España con su tierra absoluta, bajo el cielo absoluto.

Detalle de «El Descendimiento»

†

UN «PASO» DE GREGORIO FERNÁNDEZ

EL DESCENDIMIENTO

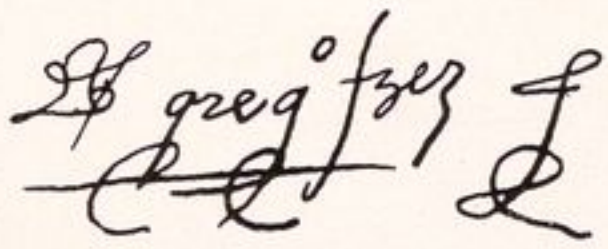
POR ESTEBAN GARCIA CHICO

APESAR del traslado de la Corte, la cofradía penitencial de la Santa Vera-Cruz, no detiene su marcha ascendente; cada año trae un afán y cada cabildo nuevos rumbos. Quedan ya, un poco lejanos, los días en que Diego de Praves, maestro arquitecto, trazaba el frontispicio de su iglesia, conforme a las normas clásicas. Ahora, todos los entusiasmos iban encaminados a dotar al cortejo procesional de la tarde del Viernes de la Cruz, de un nuevo grupo escultórico. Después de la oración sagrada, venía como anillo al dedo, el lenguaje plástico del «paso», episodio divino, narrado con perfiles humanos y de un profundo sentido educador.

En el grupo de artistas de la escuela vallisoletana, Gregorio Fernández tenía la primacía en este género de escultura. No había cofradía que no ostentase con orgullo alguna imagen labrada en su taller, y menos pueblo por apartado y humilde, que no hubiera recibido como bendición de Dios, el arte soberano de sus gubias. Era imposible llegar como él, a lo sublime de la expresión de ciertos sentimientos. Claro es, que para transmitir la emoción pura del dolor de la Virgen al pie del leño santo, era menester que el alma estuviera revestida de armiño en el preciso momento de sentirla. Lo que pensaba, lo que sentía, quedó plasmado, con trazos indelebles, en sus Vírgenes y sus Cristos, donde la perfección artística queda eclipsada ante la intensa unción religiosa. Varias leyendas han florecido en torno de sus principales figuras. Cuentan sus contemporáneos que el Jesús de la columna, le habló al maestro antes de abandonar el taller. Leyendas ingenuas, que muchas veces proyectan más luz que cien documentos.

¿Cuantos «pasos», le encargaron los alcaldes de la Vera-Cruz? Es la penitencial que mayor número de esculturas de mano del maestro, guarda en su templo. Ahora está preparando el nuevo «paso» del Descendimiento; tiene hecho el boceto en cera y estudiado con cariño hasta el más pequeño detalle. Sólo falta, para dar comienzo a la obra, fijar ciertos extremos que al fin quedan puntualizados en la escritura de concierto, que dice así:

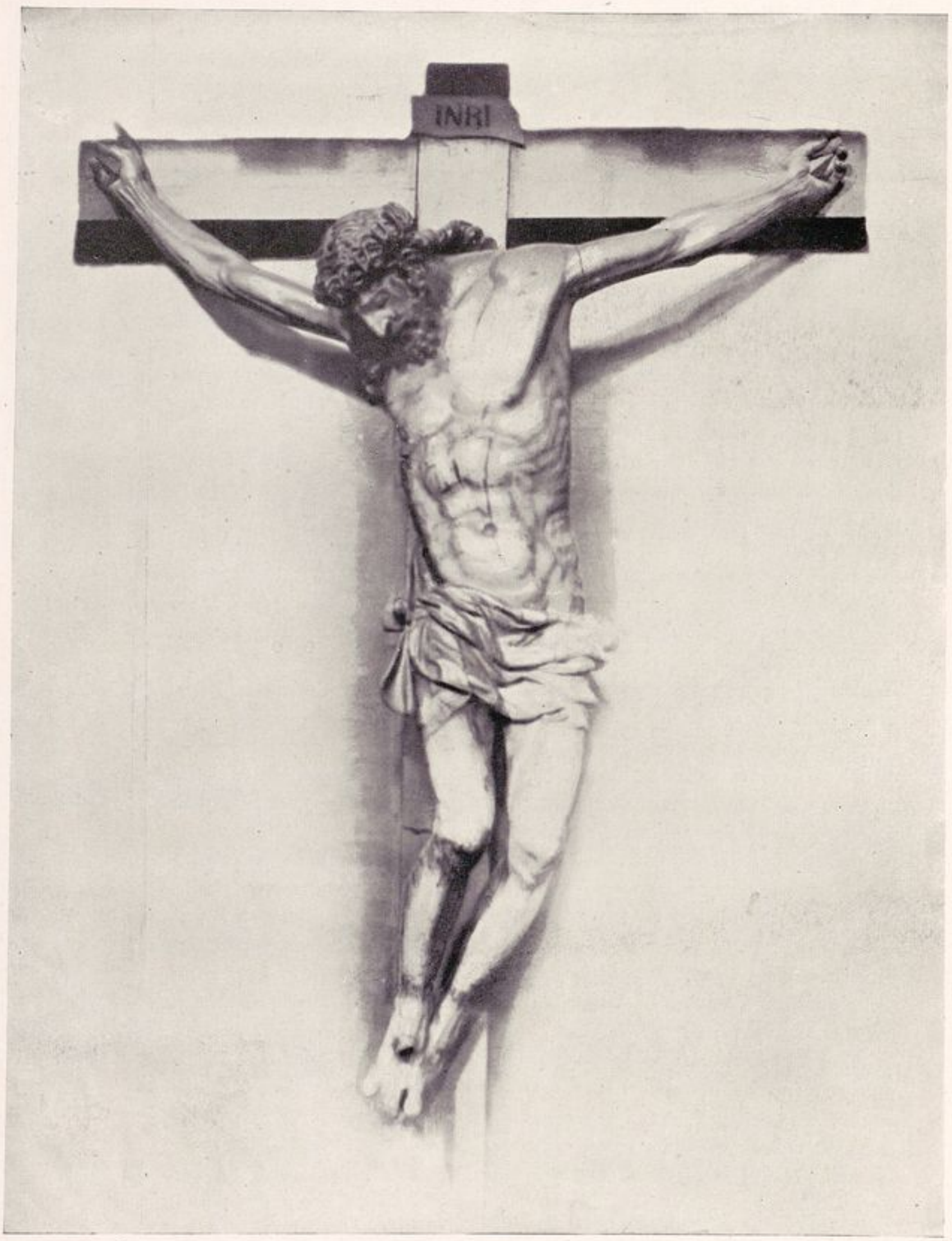
«Sea notorio e manifiesto a todos quantos vieren esta publica escriptura



Facsímil de la firma de Gregorio Fernández

de 'obligacion como yo gregorio fernandez escultor vezino desta ziudad de valladolid otorgo e conozco por esta presente carta que me obligo con mi persona e vienes muebles e rraices abidos y por aber de azer y que are y dare echo y acabado en toda perfezion de madera un paso para la cofradía de la santa vera cruz desta dicha ziudad de la historia del descendimiento de cristo nuestro señor de la cruz con siete figuras que an de ser la de cristo nuestro señor quando le descendieron y nicodemos y josefz y nuestra señora san juan y la magdalena y otra figura todo conforme a la traza que del dicho paso esta echa y en mi poder de lo qual me otorgo por contento a mi voluntad... el cual dicho paso de talla en toda perfezion de la escoltura le dare y entregare echo y acavado a juan ximeno y francisco rruiz alcaldes de la dicha cofradía para el día de carnestolendas primero que vendra del año venidero de mill e seiscientos veinte y quatro por cuya obra madera y talla y demas manufactura e trabajo de las dichas siete figuras del dicho paso se me a de dar la cantidad de maravedís que francisco diez platero de oro vecino desta ziudad dijeren que valen mas cada una que cada una de las figuras del paso que hize para la dicha cofradía del azotamiento de nuestro señor tasandose en mas valor y trabajo de cada una de las dichas figuras que allare e de azer della que hize del dicho paso de azotamiento de manera que para el dicho paso que ansí me obligo de azer del santo descendimiento se me ha de dar y pagar todo lo que se me dio por el otro paso que ansí hize del azotamiento para la dicha cofradía con el mas valor quel dicho francisco diez dijere vale cada una de las dichas siete figuras que ansí me obligo de azer para el dicho nuebo paso del descendimiento y para le yr aziendo y acabarle se me a de dar dinero el que fuere menester para madera y oficiales y que me obligo que para el dicho día de carnestolendas dare echas y acabadas las dichas siete figuras todas enteramente y cada una en perfezion conforme la dicha traza y zeras que de dicho paso esta echo y como dicho es en mi poder y le dare para el dicho día puesto plantado y asentado en su tablero cruces y escaleras.... en la ciudad de valladolid a diez y seis días del mes de junio de mill seiscientos veinte y tres años...»

Es obra plenamente lograda, de composición elegante, armoniosa y resuelta con insuperable maestría; es la única, dentro de las numerosas esculturas procesionales, que puede admirarse tal como salió del taller del insigne maestro. Aquí están en torno de Jesús, en el momento de ser descendido de la cruz, los varones justos, Nicodemus, José de Arimatea, el discípulo amado y la Magdalena, ataviados con amplias vestiduras de duros pliegues, que se mueven con brío y llenas de vida. Cerca presencia la escena la Virgen María, que transida de dolor, abre los brazos en anhelo de infinito amor. El «paso», máquina monumental y de mucho arte, mereció encendidos elogios. Por cierto, los alcaldes y mayordomos, que tan expeditos se mostraron cuando les tocó apreciar la obra, fueron harto remisos al pagar su justo precio. No sentían prisa; iban con tal lentitud librando las cantidades que cuando muere Gregorio Fernández y veinticinco años después su mujer María Pérez, los herederos dolidos por tan maliciosa y desusada dilación, se enzarzan en un pleito. El ilustre investigador Martí Monsó, en su meritísimo libro «Estudios Histórico-Artísticos», publicó interesantes pormenores; a él remito al curioso lector.



Santo Cristo venerado en la Iglesia Parroquial de Santiago y
asistido por la Cofradía de las Siete Palabras

Semanas Santas de España

P. FÉLIX GARCÍA (Agustino)

I

SEÑALA la Semana Santa en España el punto de culminación para su vida religiosa en esa curva ascendente del año litúrgico, en la que se recorren, como hitos sagrados, los momentos más decisivos de la vida y de la muerte del Redentor de los hombres.

España ha creado una tradición, una historia, un arte, un ambiente, enriquecido de fervor y de exaltación religiosa en torno de la Semana Santa. Tiene una mística y una poética de la gran hebdómada del Señor. Y, sobre todo, ha creado un arte plástico incomparable, de profunda inspiración religiosa, para expresar la honda palpitación de su fe y de su piedad, en el recuerdo permanente, hecho vida en el arte, de la Pasión del Señor. Ha impregnado los ritos y las ceremonias seculares de la Iglesia, de patético dramatismo, de ungida religiosidad. Y el pueblo, en masa ha participado, y sigue por fortuna participando, como protagonista de su propia fe, en la conmemoración misteriosa de la Redención universal de los hombres.

El dolor de Dios humano es compartido y comprendido por los hombres en estos días de divina condolencia, que en España han tomado un carácter específico que trasciende a su vida y a su arte.

Desde los días iniciales y balbucientes de nuestra literatura, en que los *Autos de la Pasión* eran el exponente de la sensibilidad religiosa del pueblo, hasta los días renacientes y de amplia resonancia universal, en que los imagineros y tallistas, místicos y poetas, pintores y dramaturgos convierten el gran Misterio en motivo sacro de meditación inexhausta y de creaciones múltiples y maravillosas, sigue siendo la Semana Santa para el español la *Gran Semana,* la *Semana Mayor,* en la que reviven, en síntesis apretada y expresiva, su religiosidad, su dogmática y el fervor acendrado de su fe.

Por eso España puede hablar con propiedad de su Semana Santa. De una Semana Santa, litúrgica ciertamente; pero a la que ha conferido, además, su estilo, su abolengo popular, y a la que ha dado, dentro de la más estricta ortodoxia, su interpretación personalísima y la honda vibración de su sentir religioso, de su modo apasionado de entender y de plastificar los misterios más transcendentales de la Religión.

La Semana Santa para el español ha tenido, y tiene por consecuencia, no sólo un carácter profundamente religioso y litúrgico; revístese, además, de carácter nacional, con las distintas modalidades típicas de cada región. Es todo el pueblo, puesto en pie de amor y de comprensión mística, el que toma parte activa y eficiente en la conmemoración de los tremendos y divinos misterios, el que rinde homenaje de adoración y de fe pública al

Sigue en la plana 40

Los Sayones

Por Francisco Antón

SIEMPRE ha despertado una aguda curiosidad el mundillo de vestiglos que se ajetrea y remueve en los «pasos» de nuestra insigne Semana Santa.

Son esos figurones tan expresivos y, a veces, tan bien resueltos que ha creído verse en ellos la mano magistral.

De todo hay, pero lo más probable será que las mejores esculturas de la serie no tengan del maestro sino el dibujo.

La talla quedaría para los oficiales, y la fantasía también.

Por sabido se tiene que los sayones copian tipos populares y hasta retratos pueden ser algunos de ellos. Es un grupo siniestro y, por siniestros, se les muestra y ofrece a la pública aversión, seguramente exagerando los rasgos peores y acusando exprofeso lo más bajo y soez de esa gallofa. El propósito no ofrece duda, y la vileza del oficio que en drama cumplen los sayones justifica bien la acentuación de su físico horrendo como trasunto y expresión visible de un negro estado de alma. Todo respondía a un criterio eminentemente popular, y esa representación popular viene a ser el tipo feroz y clásico del sayón.

Que, por cierto, no se inicia en nuestros «pasos», ni mucho menos, pues tiene antecedentes bien repetidos en el arte; por ejemplo, en la vieja pintura flamenca. Son los martirizantes, sicarios, verdugos y sotaverdugos que ofician en las degollaciones de San Juan, de Van der Weyden y de Met de Bles; los del suplicio de Santa Ursula, de Memling; los quemadores de santos restos, de Gerardo de San Juan; los atizafuegos de Quintín Massis, en el martirio del Evangelista; y, en la Pasión, los sayones y soldados de los Prendimientos, de Ouwater y el Maestro de Lyversberg; los del «Via Crucis» de Mostaert; los del «Ecce Homo» del Bosco, y los de Calvarios y Crucifixiones, de Gerardo David, Gerardo de San Juan, Cornelis Engelbrechtsen, y otros.

Esta breve lista recoge tan solo algunos casos y pocos nombres, muy representativos, eso, sí; ni vendría a cuento citar más referencias, pues las representaciones comentadas se generalizan mucho. No hay sino contemplar cualquier gran retablo de los llamados primitivos, para descubrir figurones

de esos, siempre en su papel de actores o de comparsas para escenas de martirio y de muerte. No escatimó tampoco alguna escuela española de los siglos XV y XVI la pintura de esos foragidos, bajo recuerdos flamencos, evidentes.

Nuestros «pasos» siguen, pues el camino que iniciaron las más viejas manifestaciones análogas, y lo continúan con caracteres semejantes y parejos así en la expresión atravesada, cruel, cínica, depravada o grotesca de tales personajillos, como en actitudes y hasta en indumentaria. Lo más ínfimo del grupo medio se cubre con cuatro trapos tirando a la vestimenta de la época, y para lo más florido de él no anda nunca corta la fantasía de los artistas; convienen, sin embargo, en darle cierto aspecto contemporáneo, medio militar, con algo de morisco, si viene a pelo, y esta es la concesión exótica que traen a cuento con la pretensión de que ella signifique los tiempos y los lugares propios de la escena representada.

Todo esto se aprecia bien en los sayones de nuestros «pasos». Reclutados los modelos entre la hampa, resultan verdaderos prototipos del estrato más vil de aquella época. Con ellos podría poblarse dignamente el patio de Monipodio y aún sobrarían ejemplares para destinarlos a cárceles y sucursales suyas más acreditadas, que, por cierto, no faltaban entonces en Valladolid.

Sobre este «material humano», como se dice ahora, compusieron los «imaginarios» esas extravagantes figuras, alcaloide de taras, vicios, fealdades, cinismos y desvergűenza. Las vistieron de carnaval y mojiganga, con añadiduras grotescas de fantasía, exacerbaron gestos y muecas, descoyuntaron actitudes y movimientos y las agruparon donde el «paso» lo pedía.

Es notorio que, para lograr todo

Sigue en la plana 42

Señor, que es el que coordina el alma nacional, se convierte en centro de gravitación de su vida y es la razón de sus creencias y de sus ímpetus ascensionales.

II

Con razón, pues, se habla de la Semana Santa de España, expresión de su arte y de su fe. Y también expresión vivaz de su modo de entender y de vivir lo religioso, no reduciéndolo a formulas o esquemas, sino traduciéndolo en acción, en representación dramática, en animado escenario de espiritualidad.

Pero más adecuadamente podríase hablar de sus Semanas Santas. Porque a la Semana Santa, una en su realidad dogmática, litúrgica y disciplinar, le ha anexionado España la multiformidad de su fervor místico, de su colorido religional, de las amorosas y osadas—si cabe la frase—manifestaciones de su fe. Así es dable referirse a la Semana Santa polícroma, de radiosos deslumbramientos, plásticamente espectacular y patética, de Málaga y Sevilla; a la Semana Santa de Murcia, barroca y exaltada, con sus pasos de Salcillo, en los que el arte maravilloso traduce y recoge exquisitamente la sensibilidad de una región; y a la Semana Santa levantina, bajo cielos purísimos y transparencias mediterráneas, en la que el colorismo y la emoción religiosa se fundieron en la prosa lírica y recamada de Gabriel Miró.

¡Semanas Santas de España, en las que colabora, no en función de espectador curioso sino de actor, de protagonista, todo un pueblo ganado por la fe y exaltado por sus creencias más esenciales, que reviven amorosa y líricamente en estos días conmemorativos de la Pasión y Muerte del Redentor!

III

Castilla tiene también su Semana Santa, su modo de sentirla y perpetuarla en el arte y en la vida. El aire se carga de austeridades bajo los cielos austeros y penitenciales de Castilla en estos días sacros del Señor. El paisaje, ancho y abierto, que empieza tímidamente a romper en verdores virginales, sirve de fondo dolorido y esperanzado a la vez a los pasos solemnes, al dramático desfile de las figuras de Pasión.

La Semana Santa en Castilla es una meditación colectiva, una transida reviviscencia de la Calle de la Amargura y de la cima del Calvario. Es una Semana reconcentrada y seria, ungida de intimidad y de verdad. Es la evidencia de su sentir y de su compadecer al Señor, hecho llaga viva de dolores. Nada de espectaculares manifestaciones. En Castilla las gentes van a las estaciones y al Via Crucis a rezar, a llorar y a contemplar: no van *a ver* desfilar los pasos ni la riada de las procesiones. Hay un religioso fervor que carga de silencios doloridos las almas y el ambiente. La emoción, al paso del Señor martirizado, de la Madre dolorosa, es esposa y se hace verdad de lágrimas y plegaria y sollozo.

Fernández talló el prodigio de sus imágenes para estas gentes de Castilla. Sólo entre ellas pudo cargarse de inspiración su arte realista, rebosante de vida. Y sólo esas gentes de Castilla, hechas a la meditación y a la hondura, pueden hacer algo más que comprenderlas; las sienten porque las inspiran y las crean. Por eso esas tallas de Fernández, expresión de una realidad vivida y contemplada, renuevan en toda su plenitud la realidad divina de la Pasión, con una fuerza y expresividad jamás alcanzadas.

G. Fernández y Berruguete captaron, en lo humano, esa realidad divina de los momentos decisivos de la Redención. Es Castilla, litúrgica y austera, se realizó el ideal de acercarse lo más posible, con dignidad y pasión, al dolor renovado de Cristo, paciente por nosotros pecadores.

Todo en estas Semanas Santas de Zamora, de Valladolid, de Segovia, es sobrio, verdadero, sentido. Es una meditación mansriqueña sobre el dolor de Cristo y de su Madre. Es la reviviscencia, sin complicaciones literarias ni efectismos teatrales, del drama divino a lo largo de la Senda de la Amargura, hasta desembocar en la costa airada y tormentosa del Monte de la Pasión. Castilla trasfundió su ser religioso, toda su piedad, a estas Semanas Santas, *suyas*, creadas como expresión viva de su intimidad creyente; y que ahora, después de un lapso de decadencia que afectó a toda la vida española, vuelven a renacer con poderoso brío, y a ser la vida palpitación de un pueblo que siente su pasado radiante en estas manifestaciones de su vida religiosa.

Por eso la de Castilla no es una Semana Santa para turistas y curiosos, sino para creyentes y adoradores que se adhieran a la universal condolencia de la Pasión, que participan entrañablemente en estas procesiones y pasos en que las miradas y las almas se aprietan amorosamente en torno del Señor y de su Madre dolorosa. De ahí que resulte tan cargada de espiritualidad la Semana Santa de Castilla a través de las calles amplias o de las callejuelas angostas, convertidas en doloroso Via-Crucis.

La Semana Santa de Valladolid es quizá la que resulta más dramática, más penetrada de un intenso e insuperable patetismo, porque un artista egregio supo captar y expresar toda la angustia y verdad del drama del Señor, recogida directatamente del alma y del sentir del pueblo castellano, para devolvérselas convertidas en arte y perennidad.

No es extraño que sintiera Unamuno la invasión de las emociones más radicales, como una oleada de estremecimientos, ante la contemplación lacerada de los Cristos castellanos, de los Cristos entrañados y doloridos, que concentran su

"LA VERONICA"

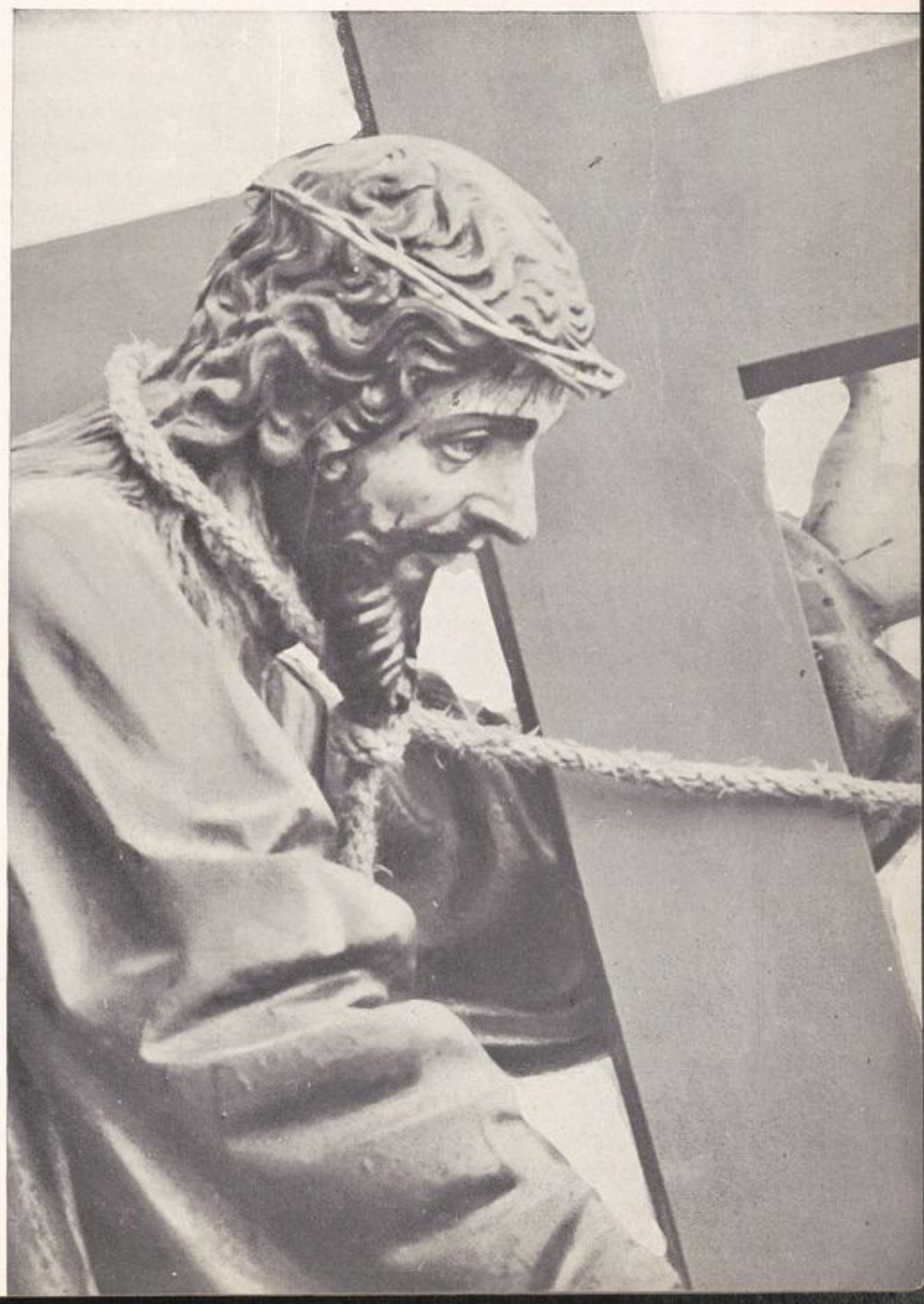
Detalles del paso llamado «de la Cruz a cuestas» conocido por el de «La Verónica» o del «Cirineo»; perfectamente documentado porque se conoce escritura del 22 de Noviembre de 1614, otorgada ante el escribano Pedro González, por la cual Gregorio Fernández se comprometía a tallar «por sus manos», para la Cofradía de la Pasión, y por el precio de dos mil reales, un grupo procesional representando al Nazareno con la cruz, un sayón tirando de la soga, un hombre armado, la Verónica y el Cirineo. Son piezas magníficas salidas íntegramente de la gubia del maestro a juzgar por el contrato que se hizo, quebrantando con ello la costumbre de que fuesen esculturas de taller en las cuales el artista sólo acostumbraba a ejecutar los rostros y detalles importantes.

dolor alto y contagian de angustia divina el aire y las cosas. Ante el Cristo de Santa Clara, de Palencia, «el Cristo formidable de estas tierras», dice desgarradamente:

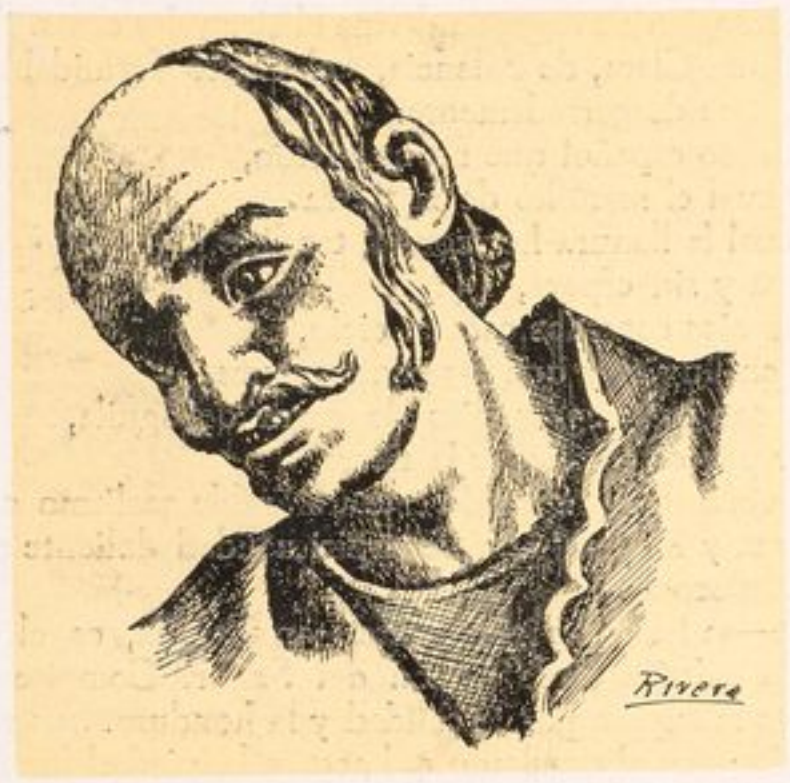
Este Cristo español que no ha vivido,
negro cual el mantillo de la tierra
yace cual la llanura horizontal, tendido,
sin alma y sin espera,
con los ojos cerrados cara al cielo,
avaro en lluvias y que los panes quema,
y aún con sus negros pies de garra de águila,
querer parece aprisionar la tierra.

Nadie, es verdad, ha superado este admirable realismo castellano, que anima y hace rebosar de espiritualidad doliente a los Cristos y las Dolorosas.

Valladolid—se ha dicho justamente—en Castilla, es el centro de la vida mística de la Pasión del Señor. Compite con Sevilla. Su arte la supera por la calidad y la hondura. Sus pasos son insuperables; son el resultado del arte y la piedad fundidos en expresión de amor. Por eso las multitudes, entonces y siempre, han sentido y sentirán la verdad de estas Semanas Santas Castellanas, tan admirables en las que se respira el ambiente radicalmente cristiano de Castilla, transido de piedad y de fe.



Jesús Nazareno figura central del paso llamado «La Verónica»



eso, hacía falta mucho arte, y mucha soltura de dibujo, y mucha libertad de mano, y mucho garbo de gubia. Así, los mejores sayones de la serie pueden recomendarse como piezas excelentes, sobre todo aquellos erguidos, que se plantan con un empaque y con un aire que denuncian el trazo del maestro a tiro de ballesta.

Pero, ya va dicho, ni todas las estantiguas aquellas son de buen arte, ni de iguales manos, ni siquiera de la misma fecha. No faltarán copias, suplantaciones y restauraciones a fondo. Aun algunas estátuas que parecen del siglo XVII, serán más modernas, por imitación servil de las viejas precedentes, descabaladas, atropelladas, heridas y medio deshechas por el trajín de armar y desarmar los «pasos», mal alojamiento en paneras, trasteras y socarrenes; por chaparrones y relentes de la noche que pasaban al sereno y por pedradas de la chiquillería, que no escaseaban.

Los sayones son pues, las figuras de «paso» que peores tratos sufrían, porque mientras las imágenes sagradas pasaban de la procesión al altar para recibir culto y cuidado, aquellos fantasmones caían revueltos y amontonados en el desván, y como caían quedaban hasta otro año. Las huellas de ese desorden se aprecian claramente en los ejemplares que han logrado salvarse de tales borrascas, y así están hoy, siendo el pasmo de las gentes y motivando, no pocas veces, el contento y el interés de los eruditos. Pero por más que éstos se descalabren, los sayones son duros de pelar. Por hoy no se sabe de ellos sino bien poco y, tocante a sus autores, menos de nada, fijo. Lo que sí nos revelan esas obras es, como se ha visto, su ascendencia: «vienen de lejos las figuras patibularias de nuestros «pasos». Aquí, ellas son cosa corriente ya en el siglo XVI, contrahechas con trapos encolados y cartón. Salvo cabezas, manos y pies que irían tallados, según lo más probable. De todo ello no queda nada; y de los sayones labrados a gubia, éstos que conocemos, o sea una parte del numeroso batallón gesticulante de tormentarios, soldadotes, verdugos y hampones calificados.

Y, en fin, que no pase sin recoger aquí la opinión general, y no gratuíta, de que Gregorio Fernández anduvo en la obra de los mejores sayones comentados. Es indudable que el gran maestro trazó por entero los bocetos de aquellos «pasos» que le pertenecen. Alcanzó, pues, el «rasguño» a toda la composición de la escena y, por ello, a todas sus figuras. Aún más: los acostumbrados modelos, pequeños, en cera: eso que llaman «maquetas», con palabra ajena. Allí estaban, íntegramente, las partes del grupo, y los sayones también. Pero a esto quedaría reducida, respecto de ellos, la labor magistral. Luego ampliación, saca de puntos, talla, etc., iría a la cuenta de oficiales diestros y aun de talleres secundarios, ya que a ellos acudirían muchas veces los maestros en caso de apuros, prisas y exceso de obra. Conviene añadir, como muy probable, algún retoque final de la mano directora, a modo de visto bueno, y, tras ello, la policromía.

Más allá de lo dicho, sobre atribuciones, no es posible llegar, por ahora.

VARON DE DOLORES

POR ANDRÉS M.ª MATEO

SE le enhestaron las espinas de todos los zarzales. No hubo acíbar que no le dejase en el cáliz su gota de hiel. No hubo trocha ni atajo de dolor donde no quedase cuajada su sangre. Ya no le darán más sombra los algarrobos ni los terebintos de las planas Galileas, ni los olivos de Gethsemaní, ni las chaparradas de higueras de Bethfagé. Sólo le queda un árbol: no le dará sombra: será El quien desde allí haga enlutecer al mundo. No encontramos un ¡ay! de la escala del sufrimiento humano que no le haya causado un desgarro en el corazón.

Físicamente «no ha quedado en El parte sana», todos sus huesos se le pueden contar». Supo del trallazo feroz del látigo, del horadarse del cráneo con las espinas como brasas de fuego, del bofetón y de la soga, del derrengarse los hombros rajados bajo la mole de la Cruz, del cuajarse de la sangre viscosa bajo la frente, gravando y pegando los párpados, naciéndosele en las comisuras de la boca, ahilándose en el mechón crespo de la barba. Sus rodillas dejaron tres crujidos doloridos sobre el berrocal pelado del Golgotha. La sed le hinchaba la lengua y ya no cabía un gemido en el sarro reseco de la garganta. No quiso beber la mistura de vino y mirra que se daba a los crucificados para adormecer sus torturas. Aceptó grandiosamente, heróicamente, ansiosamente el dolor que exigía la justicia del Padre para la Redención del género humano. No quiso ni un atenuante. En la fiebre agónica de la sed recordaba el rumor fresco del Torrente Cedrón, que cruzó, ya maniatado, en la última cuesta que bajó en su vida.

Después todo había sido subir, la angustia y el jadeo de subir. Primero al Templo, al Sanhedrín, donde le esperaba la jauría sacerdotal. Después al «lithostrotos» de Pilatos. Luego a la torre orgullosa del palacio de Herodes. Y de nuevo al Pretorio. Y enseguida a la calle pindia de la Amargura. Y

al repecho del Calvario. Y todavía el último esfuerzo vertical del patíbulo.

Agotó el cáliz del dolor físico. A los profetas se les acabó el vocablo expresivo: le compararon a la oveja que es llevada al matadero, y al cordero que calla y ni abre la boca ante el esquilador. Después oímos su grito patético: «y llegamos a tenerle por leproso, y herido por Dios y humillado». Ya no podían decir más: «se anodadó a sí mismo».

* * *

Y, sin embargo, no fué el físico el máximo dolor de Jesús. El oía el diabólico baladro de sus enemigos triunfadores: «Venid, metamos madera en su pan, y desarraiguémosle de la tierra de los vivos y no se recuerde más su nombre». Era el peán de la victoria. ¡Al fin triunfaron! Cada día le habían tenido al alcance de la mano en el Templo, durante tres años habían aguantado mohinos el claro timbre de su voz, el apóstrofe vibrante, la invectiva insobornable del Hijo del Hombre, el mentís y el bochorno de la derrota diaria ¡y no le habían apresado! Pero ahora «era su hora y el poder de las tinieblas».

Y mientras tanto los suyos... Parapetados en las sombras cobardes—hora de tinieblas también para ellos—le crucifican también con los clavos de la ingratitud. Jesús supo también del desamparo, de la soledad, de la conciencia sangrienta de su hermética soledad. No rompe nadie por El una lanza. El único que trabaja y urde y bulle del Colegio Apostólico es Judas. Pasea sus ojos ennubecidos de sangre, de lágrimas, de sudor, de saliva, por la turba: y no encuentra un rostro que se apiade de El: «buscó quien se contristase con El y no lo hubo, quien le consolase y no lo encontró». Supo de la hosca conciencia del desamparo humano y divino. Antes de morir ha clamado en un ronquido:«¡Dios mío, Dios mío! ¡Por qué me has desamparado!»

¡Hay tantos que le deben tanto! Y ni uno solo le lleva el bálsamo de su compasión. Sólo las mujeres, como siempre en la vanguardia caliente de las lágrimas. La Verónica, la Magdalena, Salomé, María, en el holocausto lacerado de toda su ternura femenina. ¿Los hombres? ¿Los paralíticos sanados? ¿Los que comieron en el monte el pan milagroso? ¿Los leprosos de Samaria? ¿Pedro? ¿Juan, el discípulo amado? ¿Los que juraron con Pedro que «aunque tuviesen que morir por El no le negarían?»

Y sobre su cobardía pasiva, y su defección unánime, y su pánico tiritante, la agresión brava y cínica del Iscariote, el beso satánico y desvergonzado del Olivete. Y la carcajada victoriosa del Sanhedrín, de Roma, de los eternos enemigos, mil veces más acerba que los mismos suplicios. Y luego el atropello jurídico, el amaño de la sentencia, los falsos testigos, el sentimiento por la separación en que deja del lado de los suyos, de su madre, de sus escogidos.

Pero sobre todos estos dolores de orden espiritual hay uno que se le clava como un hierro encandecido en las entrañas. ¡Ah la tortura del Genio que pasa incomprendido por el mundo! ¡El tártago tremendo del Verbo de la verdad que ha venido a traerla al mundo con su sangre «y el mundo no le conoció».

El sabe que no le han entendido: ni los suyos ni los enemigos. Le quedan, es verdad, todos los siglos del mundo para que los hombres le entiendan y mueran por la verdad que entonces no comprendieron sus contemporáneos. No le han entendido.

Momentos después de haberse recostado para el Última Cena, instantes después de haber dicho con la garganta hinchada por la congoja: «Con deseo he deseado celebrar esta pascua con vosotros *antes de padecer*», los discípulos entablan banalmente una discusión sobre quién de ellos sería el mayor, el que valiese más.

En la misma Cena—cifra cálida de toda su doctrina, hecha lágrima de despedida—escuchamos el cuchicheo de desorientación de los Apóstoles ante el camino que piensa emprender Jesús. «Señor, ¿a dónde vas»? le dice Pedro, angustiado. «Señor, no sabemos adónde vas, y ¿cómo podremos saber el camino?» insiste Tomás. Amante de realidades prácticas, Felipe llega a pedirle en un despiste absoluto y cruel: «Señor, muéstranos al Padre, y nos basta». Y Jesús tiene que tragarse su angustia para decir: «¡Tanto tiempo llevo ya con vosotros, y aún no me habéis conocido!».

Faltaban unas horas para el prendimiento alevoso. Aún no le habían conocido.

Para consolarles y prevenirles paternalmente al zarpazo del dolor, Jesús les dice: «Un poco y no me veréis, y otro poco y me veréis, porque me voy al Padre». Y desorientados los discípulos murmuran: ¿«Qué es esto que dice, un poco y no me veréis, y otro poco y me veréis, y que me voy al Padre? No entendemos lo que dice».

No le han entendido, no le entienden. Se muere con el desconsuelo de que no le siguen. Si bien es cierto que de su ciencia experimental le consuela el regalo de su ciencia infusa y beatífica que le aseguran el pleito homenaje de los siglos arrodillados. Pero de momento El sabe que no le entienden: ni los suyos, ni los otros. Este es su más feroz suplicio.

Ni Pilatos cuando lava sus manos, porque no ha entendido qué quiere decir con que «su Reino no es de este mundo», ni con el «testimonio de la verdad», ni Herodes cuando le viste de blanco como a orate, ni Anás y Caifás cuando le condenan rasgando sus túnicas, ni siquiera los sayones del Calvario, cuando le oyen jadear: «Eli, eli», «Dios mío, Dios mío» ¡y creen que invoca a Elías»!

¡Varón de dolores! sólo la Divinidad puede prestar temple a tu barro humano, para apurar el trago hórrido de tu Pasión.

* * *

Para expresar este dolor haría falta un sentimiento trágico de la vida y de la ultravida. Esto sólo lo podría interpretar un pueblo recio de recia fe. Y Castilla prestó los palos de sus tierras pinariegas y los troncos de sus encinas y la gleba de sus aramios, por donde aún quedan las huellas del Cid y de las sandalias de Teresa.

Y dió toda su alma colectiva a la gubia y al cincel de Hernández, de Juní, de Tordesillas, de Berruguete. Como en los grandes pueblos de la historia, son gigantescas sus paradas religiosas y tienen un irrenunciable caracter oceánico de colectividad, de nacionalidad, de masas. Es como si un millón de manos se posase sobre la madera que tallaba el imaginero y acentuase las cejas feroces e ingenuas de los sayones, y alisase las mejillas llorosas de María en «La Piedad» y en la «Quinta Angustia» y entreabriese la boca flácida de sed del «Cristo del Despojo» o del yacente «de las Catalinas». Es como si los millones de ojos que iban a llorar después al paso procesional de esas imágenes, fuesen otros tantos buriles que aprobasen o reprobasen colectivamente la obra del artista.

Tienen así—y han tenido desde siglos—las procesiones de la Semana Santa de Valladolid fragores de un pueblo en pie, verticalmente, ante el misterio del dolor y de la fe, como las torres señeras de las Iglesias, mastiles eternos del mar de las llanuras castellanas. Y cuando detrás de una obra de arte plástico y religioso hay un pueblo tan apasionado de lo concreto como el que hizo los Cantares de Gesta sobre la falsilla rigurosa de la historia y como el que inventó la novela picaresca, la fuerza expresiva y emotiva alcanza alturas de patetismo como el Santo Entierro de Jesús, o de ternura y desaliento como el «Jesús Nazareno» o la «Virgen de los Cuchillos».

Y en el silencio augusto de las Procesiones, silencio no superado en el mundo, va pasando por la angustia de los espectadores el capirote alto y enhiesto de las cofradías, y las túnicas adoloridas como antiguas corozas de ceremonias igualmente rígidas y colectivas. Sin saetas, sin más saetas que los dardos severos y llorosos de las jaculatorias interiores, van las Procesiones de Valladolid, en incansable superación, fecundando y renovando cada año el surco generoso de la devoción popular.

Su sentimiento viril, de cuadraturas enteras como el alma épica y trágica de Castilla, deja en el espíritu un descanso, como el pecho que se ha desahogado llorando, y ha dejado irrigada su tierra generosa para la visita santificante y germinante de la gracia de Dios.

Certera fantasía escenificada en madera

Es obligado a veces el sacrificio del detalle o la belleza de una fotografía para acercarnos más al deseo de los que también gustan en admirar los «Pasos» completos. Cuando como en este caso se pretende colocar ante la vista y el juicio de todos, la realidad plástica de una época,

Sayón del «paso»
«Cristo del Despojo»

«Tengo sed»
Una de las siete palabras de Cristo escenificada para la admiración de los siglos por el arte castellano. Se conserva en el Museo Nacional

Las siete figuras de este «paso» de «La Elevación de la Cruz» dan un aire sobradamente espectacular y logran cautivar el corazón de todos hacia la misericordia de Dios y también hacia la repugnancia que nos producen los sayones.

o por otro lado, lucir el rigor de la imaginería, no se puede huir del conjunto, del grupo escultórico. Sabemos no obstante, que la armonía y el mejor éxito de presentación, sufren considerablemente, más con ello se rinde homenaje al interés del viajero y a la voluntad incluso de quien no pudiera detenerse en las salas del Museo Naeional. Pero hay aun otra mejor razón que está de acuerdo con la enseñanza obtenida de las ideas que el autor fija en cada uno de esos conjuntos; y podríamos pensar que del análisis del significado de esos «Pasos», se consigue alguna consecuencia.

No sería la primera vez que ante el examen de tal propósito llegáramos a la división de conceptos que se distinguen bajo los equívocos términos de «pueblo» y «plebe». Como alguien ha dicho ya, no es una categoría jurídica, ni siquiera de condición económica o de posición social, la distancia inconmensurable que va de uno a otro. Tal clasificación expresa preferentemente una cualidad espiritual, de índole ética y es muy cierto que la vida nos coloca con frecuencia, frente a esas dos palabras que de siempre han sido contrarias.

En efecto, hay entre pueblo y plebe

Como esta actitud hiriente, cínica, del sayón representante digno de la plebe que intervino en el Drama Divino.

Aportación Castellana al Tesoro Litúrgico-musical

Por M. García Sánchez

SI un sentido hondamente religioso no informase las grandiosas manifestaciones de Semana Santa, la imaginería castellana permanecería muda en los altares. La ascendente progresión de Cofradías y la participación total de los vallisoletanos en la Liturgia sublime, es exponente de la piedad de un pueblo, que vive con intensidad los Misterios de la Pasión y los Dolores de la Virgen Sagrada. No es movimiento pasajero, no ligera curiosidad, no espectacular rutina, no femenina devoción a flor de piel lo que aquí se da en las jornadas memorables; fe, compunción, amor y lágrimas, cubre el ambiente todo de la ciudad fervorosa y triste. El zafio paréntesis anticristiano que poco ha vivimos, hubo de refugiarse en ingeniosas vacaciones y fiestas de «primavera». Y es que la fuerte tradición hispano-romana, pesa bastante más que una filosofía trasnochada o el burdo materialismo de Internacionales.

¿Existe un español que ignore los dulces cantos de penitencia y la Salve popular? No es preciso influir mucho en las multitudes, para que broten espontáneos el amor y el dolor. Se es fiel y devoto, como se es también caballero, desprendido, orgulloso y conquistador. Por eso, en los momentos de plenitud majestuosa de nuestro siglo de Oro, cuando llegamos al fondo en la santidad, en el arte, en las ciencias y en la guerra, la liturgia coral de la Pasión encontró un intérprete definitivo en la meseta castellana. Tomás Luis de Victoria, letrado, místico y artista insuperable, fué el genio providencial.

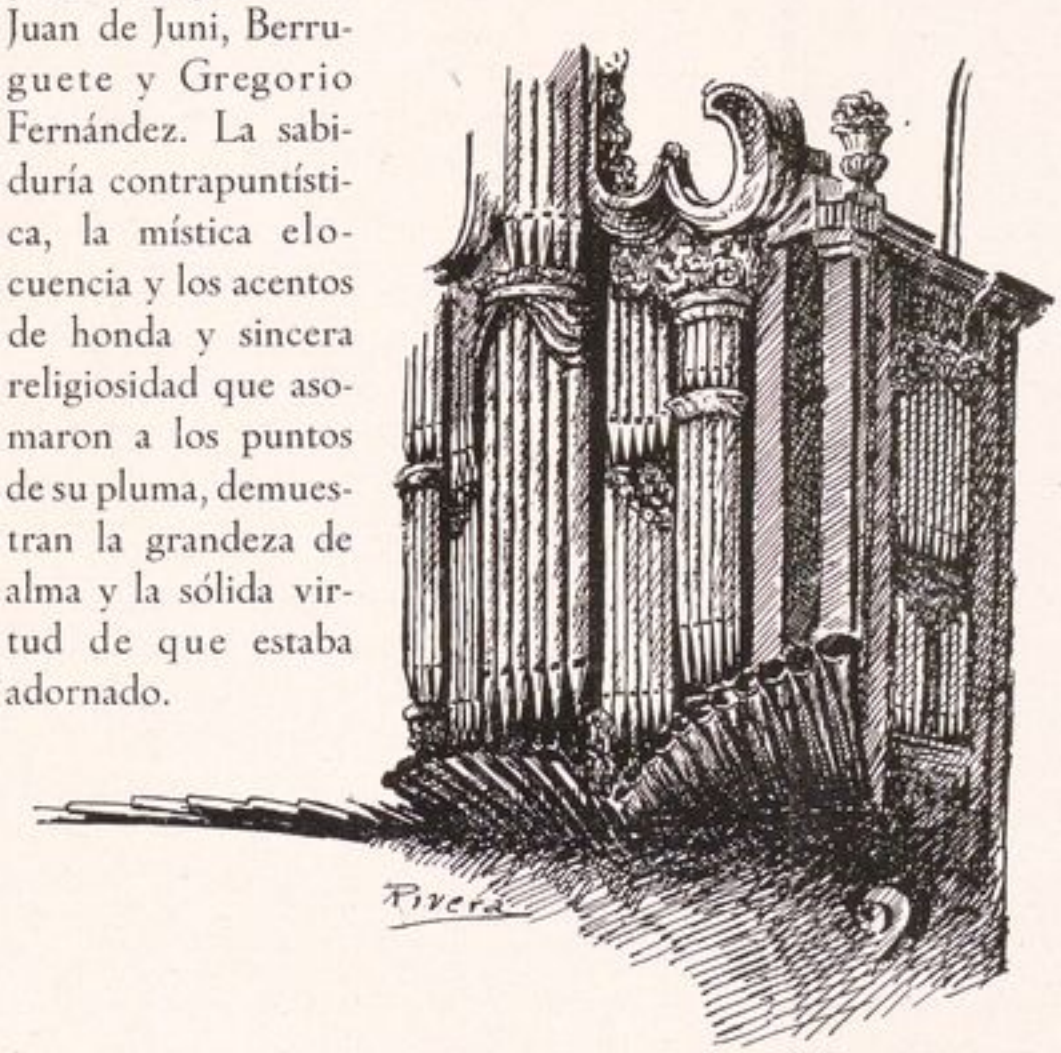
Han pasado los siglos, y nadie acierta a expresar como él la angustia profética que descubre algún tanto los dolores mesiánicos. Su obra cumbre, *Officium Hebdómadæ Sanctæ,* es insuperable en todos sentidos. Contemporáneo de otros genios de la polifonía y del arte musical—Cabezón, Salinas, Guerrero, Morales, etc...—, compañero en Roma de Palestrina y de muchos eminentes españoles que actuaban en la Capilla pontificia, fué elegido para llevar la magistralía del Colegio Germánico, fundado por San Ignacio y engrandecido por Laínez y San Francisco de Borja, sus inmediatos sucesores. El llevó al centro de la Cristiandad—y de allí se extendió al mundo católico—la recia austeridad del misticismo español que aparece en las Moradas, en los cuadros del Greco, en la expansión misionera o en las piedras del Escorial; su acento expresivo acierta mejor que ninguno la emoción religiosa y el sincero pietismo. Ni el mismo Juan Pedro Luis Palestrina pudo sustraerse a la influencia algún tanto neo-pagana del anterior Renacimiento—dígalo sino la negativa de Gregorio XIII a aprobar la verdadera revolución que intentara, juntamente con Zoilo, en el Gradual—; Victoria aprendería quizá de él y de los maestros neerlandeses los artificios contrapuntísticos, pero supo dar siempre un sello personal a sus obras, fiel traducción del misticismo castellano, que los compositores italianos y flamen-

cos motejaban enjendrados «da sangue moro». Hay en todo ese grandioso monumento artístico que es la obra victoriana algunos trazos geniales de fama universal. Tales son, por ejemplo, el «O vos omnes», insigne poema musical, o el sublime motete a seis voces «Ardens est cor meum».

El que nos hayamos detenido en estos apuntes rápidos sobre la obra dramática de Victoria, no quiere decir, ni mucho menos, que él solo haya llevado el peso de la traducción coral del espíritu español a la Semana Santa. Indicábamos arriba algunos nombres que compartieron las glorias del singular abulense, y entre ellos destaca por derecho propio el organista vallisoletano Francisco de Montanos, eminente tratadista que estudió la expresión filosófica de las composiciones musicales. Vino después el mal gusto de las arias y romanzas del XVIII, apoyadas y defendidas aquí en España por Cerone y otros tratadistas de farolillo multicolor, pero encontraron oposición sabia y tenaz en el espíritu intuitivo de Feijóo y en la sabiduría del P. Eximeno, S. J., quien defendió desde el destierro en Roma, contra toda la marea italianizante, el antiguo y verdadero concepto clásico de la música sagrada.

Para gloria de nuestra ciudad ha sido aquí, en Valladolid, donde se han escrito las páginas más bellas, que pueden competir con la sabiduría y el recio espíritu español de nuestro Siglo de Oro. En el renacimiento que han llevado a cabo los modernos compositores y musicólogos, merece destacarse el primero entre todos ellos el ilustre maestro de Capilla de Valladolid, D. Vicente Goicoechea y Errasti, a quien muchos que hoy día viven conocieron y trataron. Hombre culto, sacerdote ejemplar, afable y modestísimo, escribió varias páginas de fama universal y de gloria imperecedera. ¡Lástima grande que la ciudad de Valladolid haya olvidado su nombre, como ha hecho con tantos y tantos de sus hijos ilustres, Felipe II, por ejemplo! Fatalmente había de beber la inspiración en Victoria, si quería hacer una obra de profundidad y de grandeza; y fué el maestro abulense quien decidió su vuelta al clasicismo y al temperamento fuerte de nuestros mejores tiempos.

La Iglesia Metropolitana, que conserva un gran recuerdo del eminente compositor y compañero entrañable, repite siempre en las solemnidades de la Semana Santa, entre otras, las obras definitivamente clásicas del autor: «Christus factus» y «Miserere mei». Ellas, por sí solas, son exponente magnífico del genio de Goicoechea y merecen figurar con dignidad y honor al lado de la piedad castellana y de la imaginería de Juan de Juni, Berruguete y Gregorio Fernández. La sabiduría contrapuntística, la mística elocuencia y los acentos de honda y sincera religiosidad que asomaron a los puntos de su pluma, demuestran la grandeza de alma y la sólida virtud de que estaba adornado.



Grupo escultórico conocido por «Cristo del Despojo», de la escuela de Gregorio Fernández.

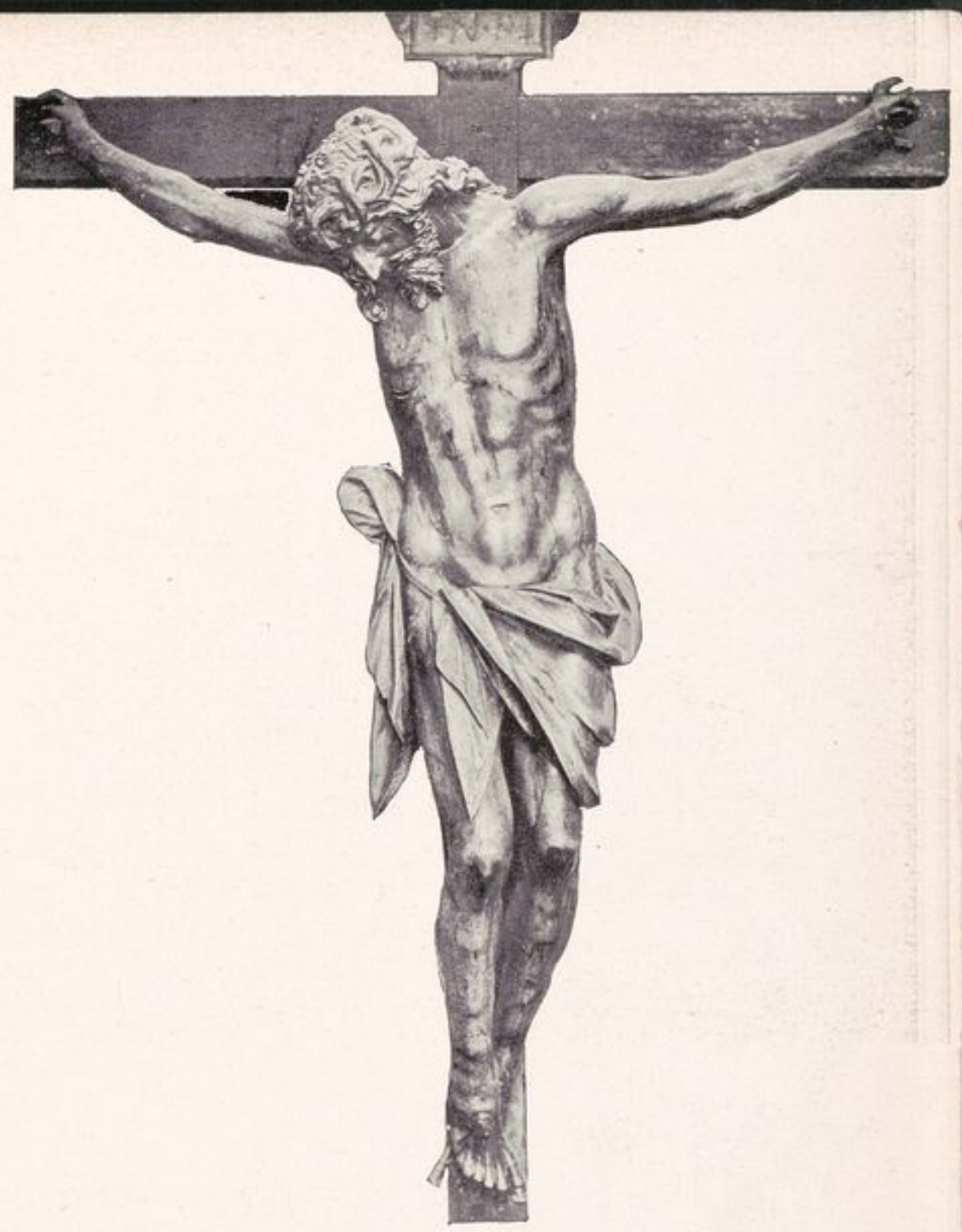
Típico sayón perteneciente al paso de Gregorio Fernández titulado «El Azotamiento».

la misma separación ideológica que existe entre gentes y turbas. Tras de las turbas, nuestro pensamiento fija siempre un desordenado afán de molestia estridente y de pérdida absoluta de la educación y de la exigencia social, en la cual debiéramos desenvolvernos. Es la «plebe» como especie de masa dislocada, de muchedumbre bajo el exponente escandaloso del grito, de la irresponsabilidad y de la felonía, porque tiene sus pasiones desatadas. Acaso podríamos decir que la definición más exacta de lo que es la «turba», del sentido de la «plebe», quedó hecha en aquellas palabras de San Lucas, cuando nos dice: «Mientras tanto, los que tenían atado a Jesús, se mofaban de él y le golpeaban». Por el contrario, sabemos que las gentes que recibieron a Jesús con himnos de bendición y hosannas en el Día de Ramos, eran «pueblo». Insistiendo en el calificativo de «plebe» reconocemos como tal, a los mandatarios retribuídos de escribas y fariseos, que espiaron todos los pasos de Jesús, con manifestación rencorosa, imponiendo a Pilatos la condenación y la muerte.

Queda explicado pues, cómo el cincel de los imagineros representó en esos grupos, la realidad del Drama Divino, señalando a veces con sus leños humanizados, la sabia distinción entre un Cirineo, por ejemplo, y un sayón cualquiera.

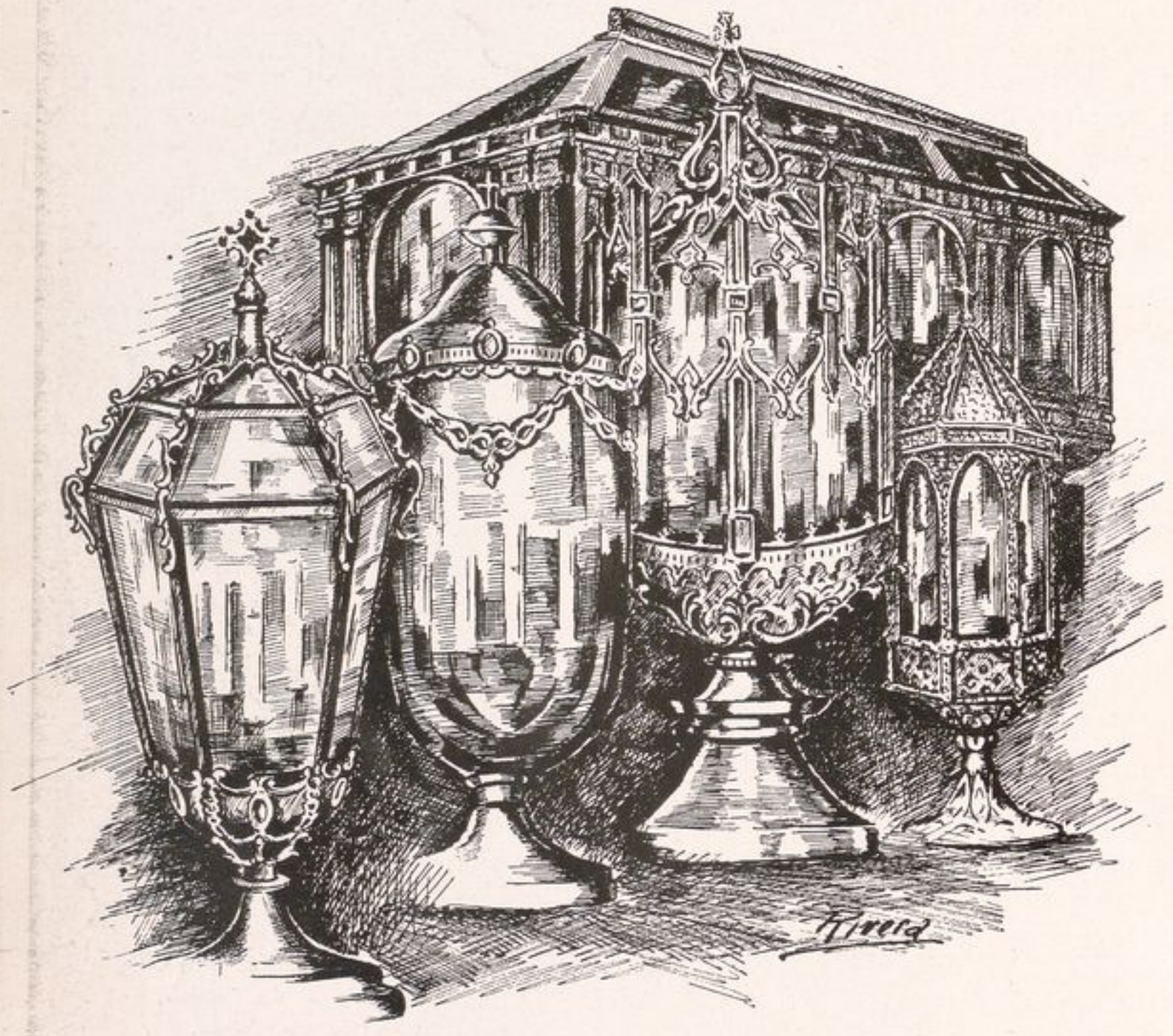
ENTRE la colección que Valladolid conserva como manifestación segura de su riqueza escultórica y de la abundante repetición de motivos figura el «Cristo de los Carboneros» original posiblemente de Francisco Rincón. A la indudable técnica de la talla se une su emotiva expresión, cualidades que revelan la maestría del autor.

Venerada en la Iglesia de las Angustias, esta imagen debió ser asisitida en tiempos lejanos por el gremio de los carboneros, nombre tradicional por el cual hoy es conocida. Hasta hace muy poco figuró en procesión acompañada de la «Cofradía de la Preciosa Sangre».



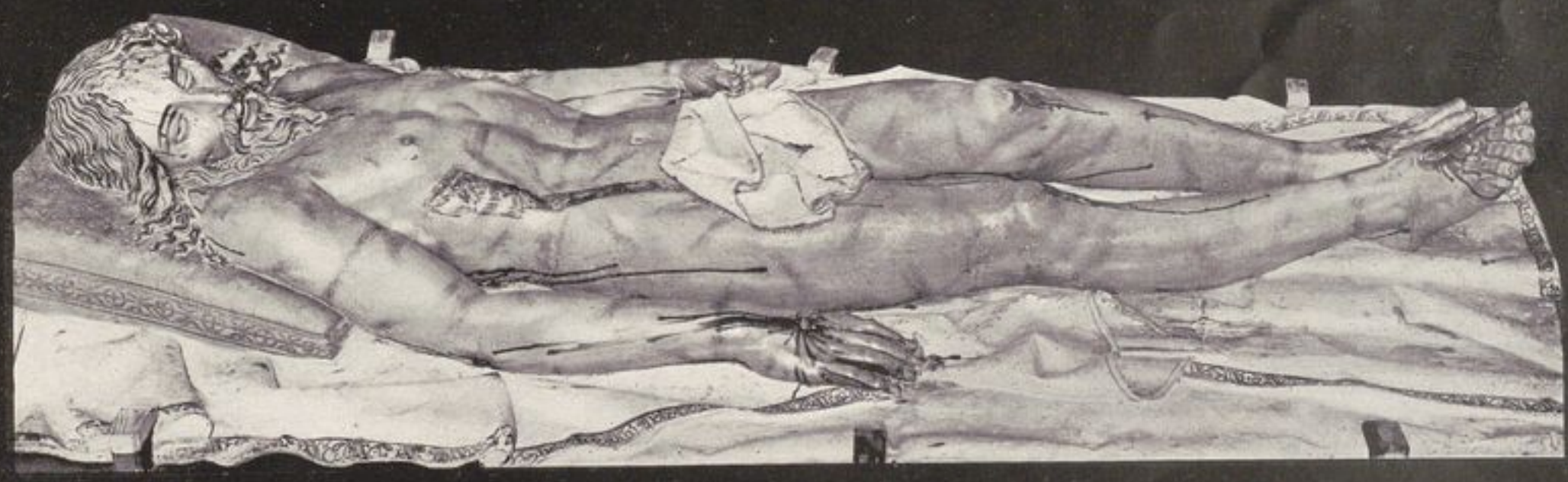
Paso completo, que representa una escena camino del Calvario, conocido por «La Verónica», de Gregorio Fernández.

Cristos Yacentes



Intencionadamente se expone ante tus ojos— también a tu consideración— la realidad de esos cuatro Cristos Yacentes. No es la única prueba que puede presentarse para confirmar la riqueza de concepción artística de la imaginería castellana ni la múltiple variación de una misma idea representativa. Constantemente existen ejemplos de la verdad plástica que se prodiga en Valladolid y si es tu aspiración esa, recorre uno por uno todos los templos de la ciudad y termina, si aun no se logró tu convencimiento, por satisfacer el ánimo en las salas del Museo Nacional.

Los tres primeros Cristos Yacentes son obra personal de Gregorio Fernández, escultor delicadamente expresivo, suave para la emoción, con fuerza y vigor vitales. El cuarto, perteneciente al grupo escultórico denominado «El Entierro de Cristo» es labor de Juan de Juni, artista de cualidades distintas con personalidad reconocida en la mayor dureza de sus esculturas.



Diego Gutiérrez de Cetina

Vida que nace de la Muerte

El claro sol sus rayos oscurece,
En el templo se rompe el claro velo,
Hiere una piedra en otra con gran duelo,
La tierra con angustia se estremece.
Desmaya el día, la tiniebla crece,
De tristeza se cubre el ancho cielo,
Reina en todos piedad y desconsuelo
Por su Creador inmenso que padece.
Aprende ¡ob pecador! el sentimiento
Debido a esta pasión, pues es causado
Tal dolor con tu ciego atrevimiento.
Ablanda con llorar tu pecho helado,
Mira en la Cruz el largo río sangriento,
Pues te ha con su muerte libertado.

Francisco de Quevedo y Villegas

Sobre estas palabras que dijo Jesucristo en la Cruz

Mujer llama a su Madre cuando espira,
Porque el nombre de madre regalado,
No le añada un puñal viendo clavado
A su hijo, y de Dios por quien suspira.
Crucificado en sus tormentos mira
Su primo, a quien llamó siempre el Amado,
Y el nombre de su madre, que ha aguardado,
Se le dice con voz, que el cielo admira.
Eva, siendo mujer, que no había sido
Madre, su muerte ocasionó en pecado,
Y en el árbol el leño a que está asido.
Y porque la mujer ha restaurado
Lo que sólo mujer había perdido,
Mujer la llama, y Madre la ha prestado.

Frey Félix Lope de Vega

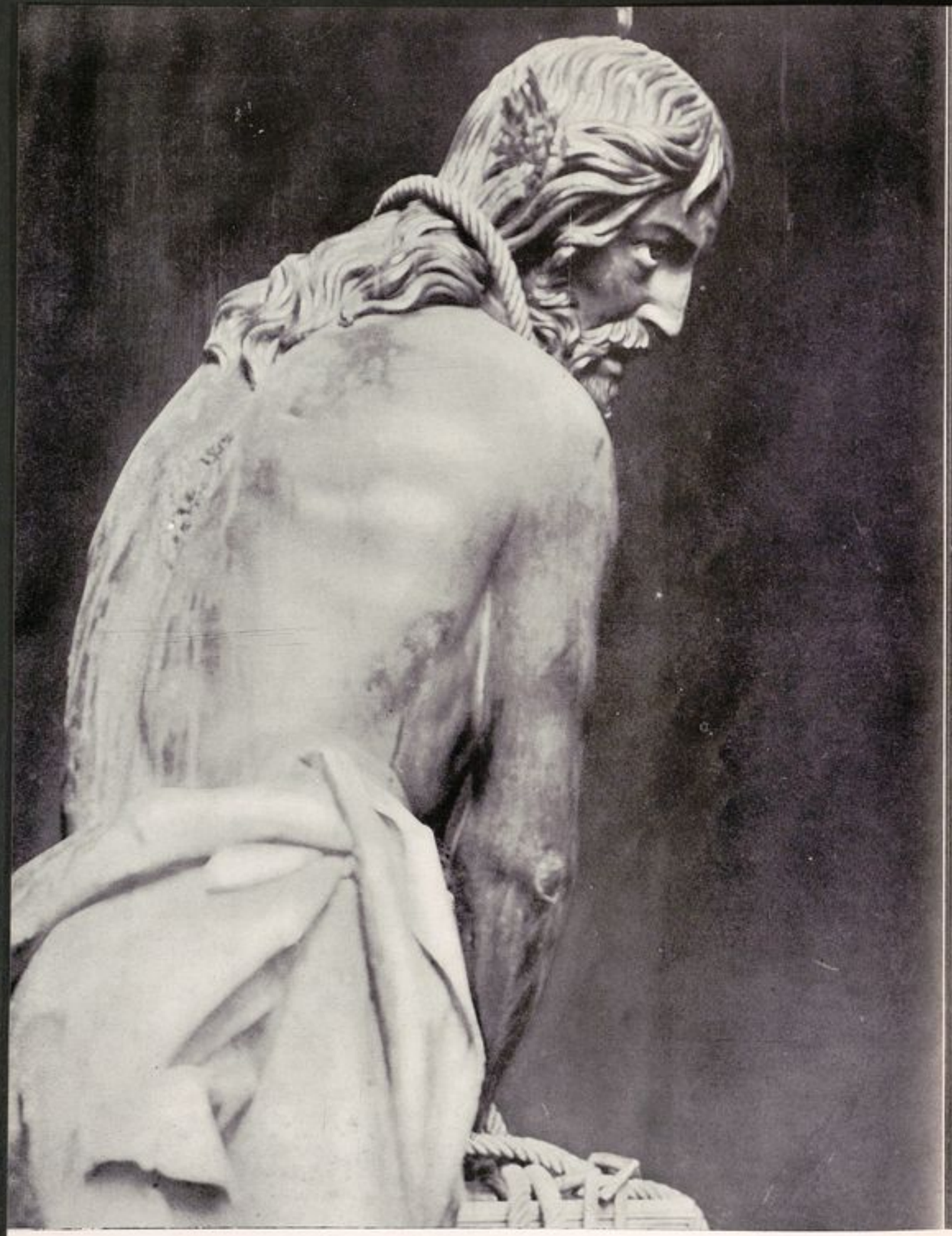
Meditación ante el Sagrado Cuerpo de Jesús

Cuando en mis manos, Rey Eterno, os miro
Y la cándida Víctima levanto,
De mi atrevida indignidad me espanto,
Y la piedad de vuestro pecho admiro.
Tal vez el alma con temor retiro,
Tal vez la doy al amoroso llanto;
Que, arrepentido de ofenderos tanto,
Con ansias temo y con dolor suspiro.
Volved los ojos a miradme humanos,
Que por las sendas de mi error siniestro
Me despeñaron pensamientos vanos.
No sean tantas las miserias nuestras
Que a quien os tuvo en sus indignas manos,
Dos le dejeis de las divinas vuestras.

Fray Luis de León

De Cristo pendiente en la Cruz

Este es el santo trono muy ensalzado,
Gloria de Salvador, al mundo afrenta,
Lecho de fuerte amor, que le acrecienta,
Altar para su gran pontificado.
Este, aquel duro y penetrante arado,
Que abrió la tierra estéril y sedienta,
Donde el grano de trigo, muerto, aumenta,
A millares el fruto deseado.
Ya cuando la corona ornó su frente,
Todo lo trajo a sí, que a tanta alteza
Estaba prometido el señorío.
Y en acto de jurar un rey potente,
Al descubrir su antigua fortaleza,
Ganó el gentil lo que perdió el judío.



Jesús atado a la columna
Gregorio Fernández

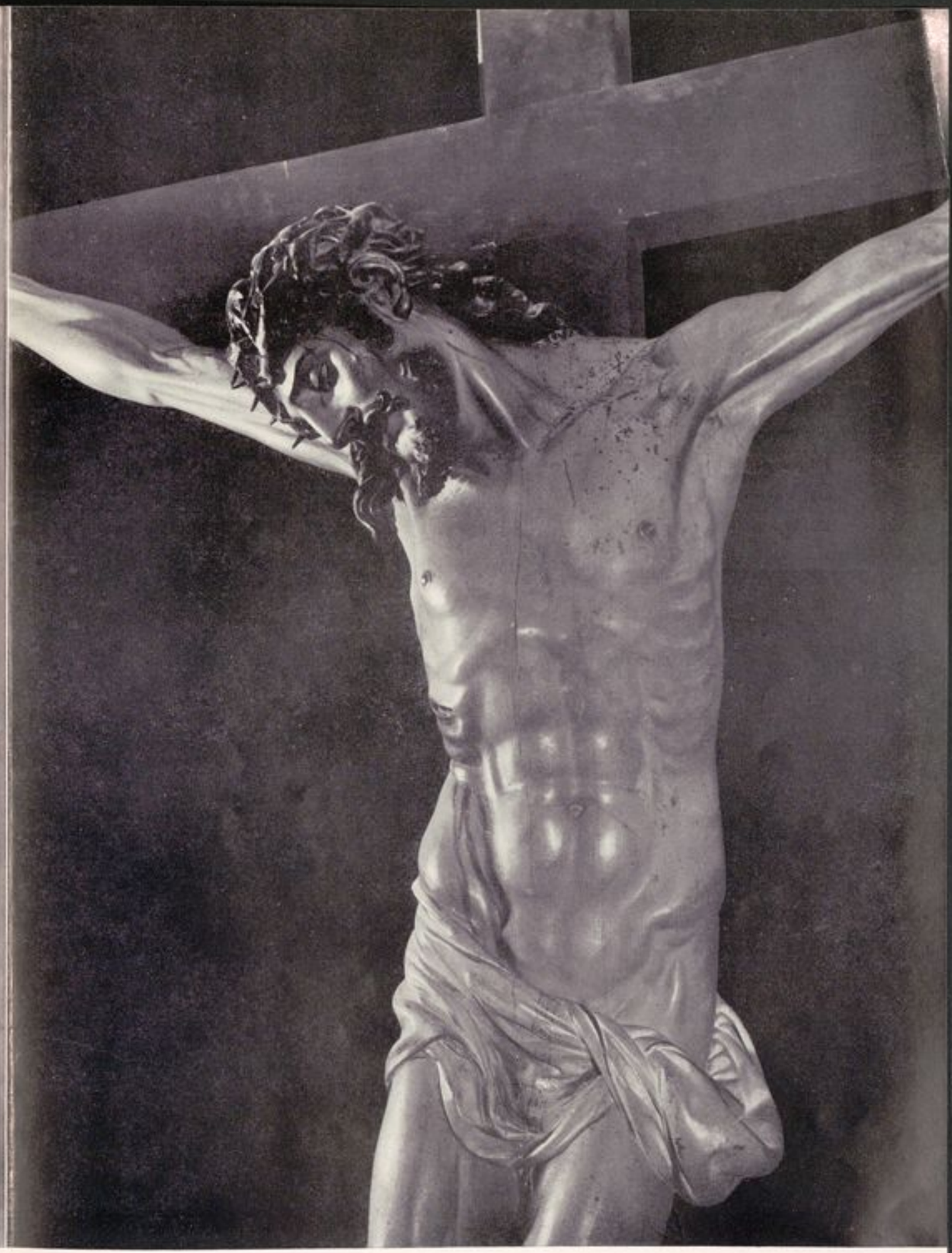
Foto Carvajal

La Dolorosa de la Cruz
Gregorio Fernández

Foto Garay

La Virgen de las Angustias
Juan de Juni

Foto Garay



Cristo de las Catalinas
Juan de Juni

Foto Garay

CRISTO

DEL PERDÓN

El rezo y la oración surgen de lo más recóndito del alma, si se quiere sentir y vivir de acuerdo con la expresión sincera, sencilla y suplicante de este «Santo Cristo del Perdón». Y esa es la mejor fortuna del artista que talló la imagen, porque no hay hombre capaz de alejarse sin el rubor de no hincar ante él su rodilla, porque no hay corazón que escape de la súplica en favor de tanta felonía nuestra, como no hay labios que no hablen de la necesaria misericordia indulgente. A tí, Omnipotente y Eterno Dios, consuelo de los afligidos, fortaleza de los desgraciados, lleguen los ruegos de los que en cualquier tribulación te invocan.

Imagen del Santo Cristo del Perdón que se venera con gran devoción en el **Santuario Nacional de la Gran Promesa**. Pertenece a la escuela de Gregorio Fernández.

La Procesión del Santo Entierro

Por Francisco GÓMEZ RODRÍGUEZ
Canónigo Doctoral

LA bella traza que presenta la incomparable procesión que al atardecer del viernes santo se celebra todos los años, que el tiempo lo permite, por las principales calles de la ciudad sirviendo de eje la iglesia en la que tiene su trono la Santísima Virgen de las Angustias, que preside el maravilloso cuadro de la Pasión Sagrada, es tan reciente, que no puede darse por definitiva y ultimada; sino que dado el entusiasmo que ha logrado suscitar, es de esperar que se transforme en una representación viva y sentimental de la augusta realidad que simboliza.

Afortunadamente dejó de ser esa procesión lo que hace pocos lustros era. A causa de los vientos iconoclastas que en España de antiguo vinieron soplando, el espíritu creador de Penitenciales, cofradías y de suntuosa imaginería policromada, se había apagado; y así, la procesión espléndida de los siglos pasados, tanto había decaído, que podría compararse, si quisiéramos buscar una imagen, a un viejo palacio en ruinas, en el cual acá y allá se ven columnas truncadas, artesones hundidos, puertas desquiciadas y muros cuarteados.

Empero, las ruinas cuando son gloriosas, todavía suelen despertar amor y entusiasmo; y encontrar algún rico enamorado que haga de ellas lo del ave Fénix o lo que Ezequiel con los huesos del desierto. La ley se cumplió en la arruinada procesión de Semana Santa; pues que de sus venerables restos se prendó un Arzobispo de tanto talento y virtud como corazón, el Dr. Gandásegui, autor principal de nuestra Semana Santa.

Desgraciadamente, el restaurador no tuvo vida ni salud para terminar la obra bajo tan felices auspicios comenzada. Al irse de esta vida quedó el impulso, pero se llevó la iniciativa; y por eso, cuando se habla de la Semana Santa en Valladolid, son muchos los que suspiran por el genio creador del llorado Prelado, al igual que Elíseo por su amo y profeta Elías, cuando le vió elevarse en carro de fuego. Porque a su juicio, las solemnidades externas de la Semana mayor se encuentran en un estado estacionario; pues ni se reforma o perfecciona lo ya hecho, ni se progresa en el sentido de hacer lo que aun falta.

Hay quienes opinan sobre ciertos detalles de la procesión, casi lo mismo que opinaba San Agustín y opinan muchos más hoy también, de ciertas ostentaciones que se hacen en los entierros; como la de exhibir grandes carrozas, ridículos palafreneros, coronas de flores y otras mundanidades por el estilo. Todo esto, decía el Santo Obispo africano, está muy bien para consuelo de los familiares y deudos del muerto; pero todo ello ¿que aprovecha al alma del difunto?

A juicio de estos críticos, de la procesión sagrada debe desterrarse todo cuanto sea de gusto personal, que no siempre es bueno. Refería un peritísimo escenógrafo que estudió todas las procesiones de Semana Santa, en nuestra nación, que, en general, el gusto era deplorable; porque en una simbólica procesión de entierro de tipo hebreo o judío, era frecuente ver, en estas latitudes, túnicas y mantos de gusto completamente oriental; por lo ampulosas y opulentas y por los vivos colores. Y añadía, que aun los que iban vestidos a la usanza hebrea, no se daban cuenta muchas veces, de que por las dilatadas fímbrias de sus túnicas, en lo demás bien entonadas, no podían imitar a los que por amor acompañaran a Jesús hasta el Calvario; sino a los redomados enemigos, cuyo orgullo denunciara Jesús llamando la atención del auditorio sobre el inusitado vuelo de su manto y la anchura excepcional del ruedo de la túnica.

Este mismo artista, muy conocedor de la liturgia de la Iglesia, decía que no comprendía por qué en Valladolid la religión se ponía al servicio del arte, siendo así que aquella era la inspiradora de este. Le parecía muy raro que unos cuadros y figuras hechas del mejor modo posible para reproducir las escenas de la Pasión con sus tipos, gestos peculiares y rostros demudados por encendidos efectos del corazón humano, se hurtasen a las miradas en plena luz solar y se pasearan de noche, cuando la vista no puede servir al alma, el dulce placer de la piadosa contemplación y dar lugar a un místico encuentro entre Jesús y el alma semejante al de la Verónica o al de las compasivas mujeres con el Nazareno en la calle de la Amargura.

Semejante modo de pensar encaja perfectamente en el actual modo de ser de España, pues que la vida de los españoles se ha convenido que sea ascética; y no sensualista y blandengue ¡Bien venido sea el cambio!

Colocado en el mismo angulo de visión, un varón insigne por su ascetismo, que asistía a la conversación de ese artista, no solo estaba conforme con que el criterio litúrgico en todo, por todo y sobre todo debía prevalecer sobre un criterio laico y de feria o callejero espectáculo, sino que decía que las procesiones de este género no solían tener el marco necesario: porque así como en el teatro profano, el marco no lo constituye la sala, sino el público que en ella se congrega; y se dice que hay marco, cuando el público es entendido y está preparado; así también, en una representación simbólica del drama de la Pasión, había marco si la gente que se estaciona en las plazas y calles o se asoma a balcones y ventanas, está lo suficientemente instruída en la historia y en los misterios de la Religión, para poder experimentar sentimientos y afectos adecuados. ¿Que no lo está? pues poca gloria para Jesucristo y menos provecho para las almas.

Estaba en lo cierto: porque el símbolo no hace más que excitar el recuerdo de la realidad figurada. Pero, ¿que es el recuerdo? se ha dicho que es la extracción de la idea que se conserva en la aduana de la memoria. Luego para las cabezas vacías de ideas, los símbolos están demás; porque nada pueden decirles.

Siendo pues evidente, por la gran incultura religiosa que existe, que la procesión es poco expresiva para la masa, se convenía entre los

varios amigos que departían sobre la Semana Santa, que si había interés por dar espíritu, calor y vida a las procesiones, no había que limitarse a congregar gente sorda y muda al paso de las imágenes, sino que había que pensar en prepararla y enfervorizarla, siquiera apelando al arbitrio usual del diseño o índice conciso y claro con la información precisa para obtener la impresión artística.

Eso en Valladolid está fácil de conseguir; porque no fueron los imagineros solos los que acertaron a interpretar la Pasión de Cristo, sino que aquí nació y vivió el asceta que mejor conoció la Cruz como altar y como cátedra. Con abrir sus libros, está hecho el pregón de Semana Santa, añadió un tercero. Es el Venerable Padre Luis de la Puente de la ínclita Compañía de Jesús, de fama uiversal pues sus obras están traducidas a treinta y dos idiomas y muy recomendadas por los más sabios y santos, como San Francisco de Sales.

Le acredita en efecto de magistral, pedagogo de la Pasión de Jesucristo esta muestra que tomamos del capítulo 14 del segundo tratado de la «Guía Espiritual». «En el libro de Jesucristo crucificado, como dijo el profeta Ezequiel, están escritas principalmente tres cosas: *llantos, cánticos* y *amenazas;* porque en él se descubren motivos eficacísimos para *llorar* nuestros pecados, para loar a Dios por sus inmensos beneficios; y para *temer* sus terribles castigos».

Primeramente has de leer los *llantos* y *lamentaciones* que están escritos en este libro, ponderando todos los tormentos y dolores del Salvador, así los interiores que están escritos en su alma, como los exteriores que están escritos en su cuerpo, para moverte a lágrimas por ver lo que padece sin culpa este inocentísimo cordero.... ¿Cómo podrás leer las lamentaciones de este libro sin derramar fuentes de lágrimas por tus ojos llorando con el que llora siendo tú la causa principal de su llanto?... Y si esta lectura no acabase de convencerte, ponte a leer las *amenazas,* que están escritas en este libro; porque todas estas llagas son letras que significan la terribilidad de los terribles castigos que tiene aparejados la Divina Justicia contra los que perseveran en su culpa, conforme a lo que el mismo Redentor dijo a las hijas de Jerusalén: «Si los pecados del mundo obran tales castigos en el arbol verde y fructuoso ¿qué castigos harán en el arbol seco y desaprovechado?...»

Después que hubieres leído todo eso, comienza a leer los *cánticos* que están escritos en este libro, ponderándo los innumerables motivos que tienes para alabar y glorificar a Dios, por los bienes que has recibido y esperas recibir y se te representan en Cristo crucificado....

Y porque este libro no solamente se ha de leer, sino también, como se dijo a Ezequiel, se ha de comer y tragar, abre tu boca y cómelo todo interiormente entrándole dentro de tu espíritu, uniéndole contigo por medio del amor y transformándote en él por medio de la imitación.

Ajustándose a ese programa escribió el Venerable La Puente, las meditaciones de la Pasión y muerte del Salvador, cuyo conocimiento y divulgación es una verdadera necesidad si queremos juntar el sentido ascético al artístico, la Religión y el arte, el Venerable La Puente y los imagineros, el placer de los sentidos y el deleite del alma; y que nuestra procesión salga a la calle perfectamente ambientado como la ideó el arte que creó los *pasos*. Lágrimas, suspiros y cantos de amor pide la procesión del Santo Entierro. Pentagrama de sentimientos y afectos de almas conmovidas... y nada más, quisiéramos escuchar.

Maestros en el Arte de la Escultura

Juan de Juni

Este maestro de la escultura castellana, vivió cerca de treinta años en Valladolid, los más decisivos de su labor artística. Su naturaleza está en litigio pero lo cierto es que murió en nuestra ciudad en el año 1577, habiendo tenido enterramiento en la iglesia conventual de Santa Catalina, seguramente bajo el altar del Santo Cristo singularmente destacado en el port-folio. Trabajó mucho y entre sus obras preferentemente figuran estas:

«Entierro de Cristo», conservado en el Museo Nacional.

«Virgen de las Angustias», Iglesia Penitencial del mismo nombre.

«Cristo en la Cruz», Iglesia conventual de Santa Catalina.

Aparte de «El Santo Entierro» de la Catedral de Segovia, se conservan trabajos suyos en Medina de Ríoseco, Tordesillas, Avila, Salamanca, León y otras principales poblaciones.

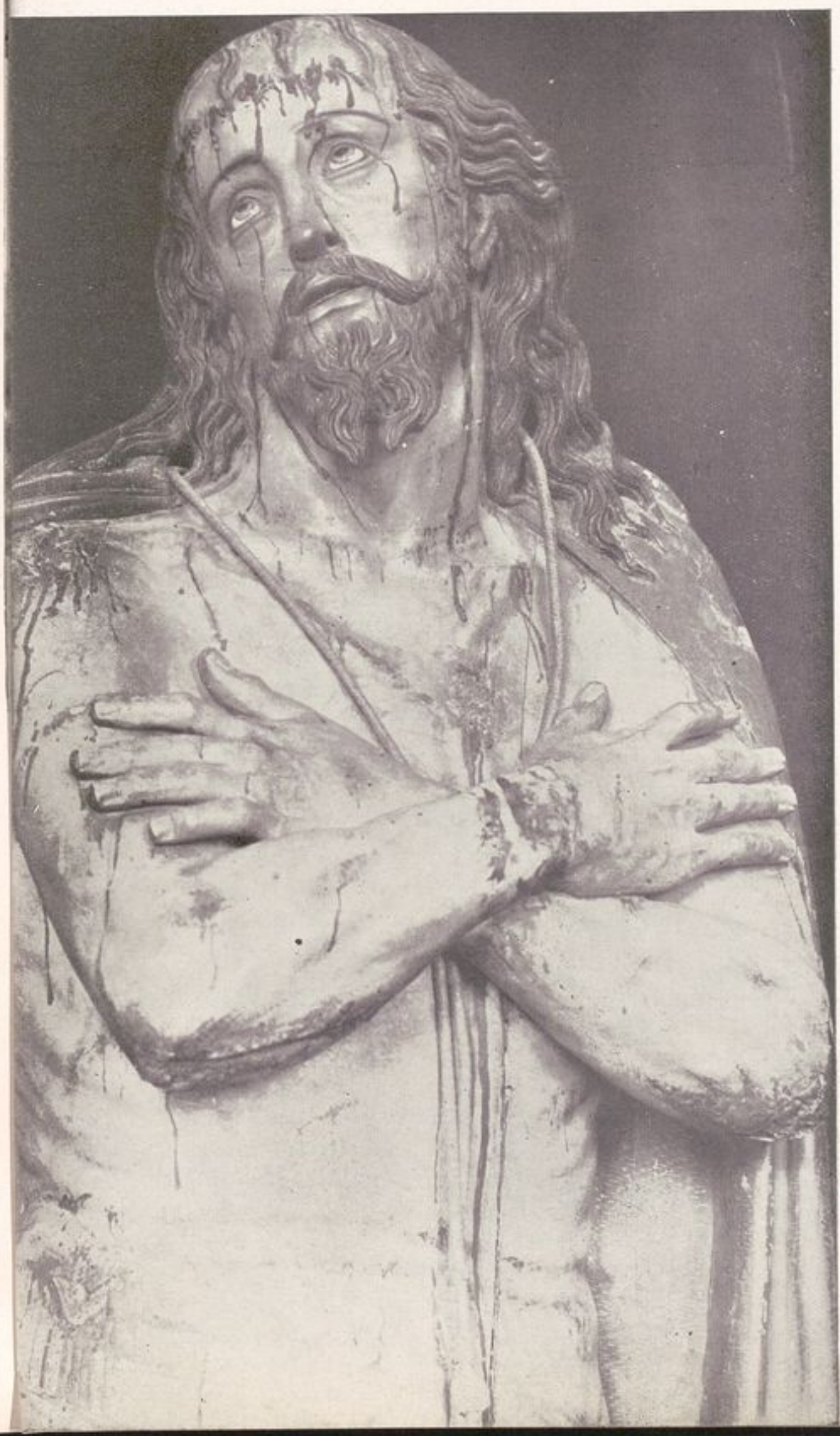
Gregorio Fernández

Según los datos biográficos, hasta el año 1605 parece ser que todo es incierto en la vida de este imaginero castellano, nacido en el año 1576. Desde 1605 hasta Enero de 1636, fecha de su fallecimiento, vivió en Valladolid. Sería muy difícil enumerar la gran labor escultórica de Gregorio Fernández, pero hemos procurado destacar las principales publicándolas en el portfolio. Las más principales son las siguientes:

«La Piedad», conservada en el Museo Nacional.

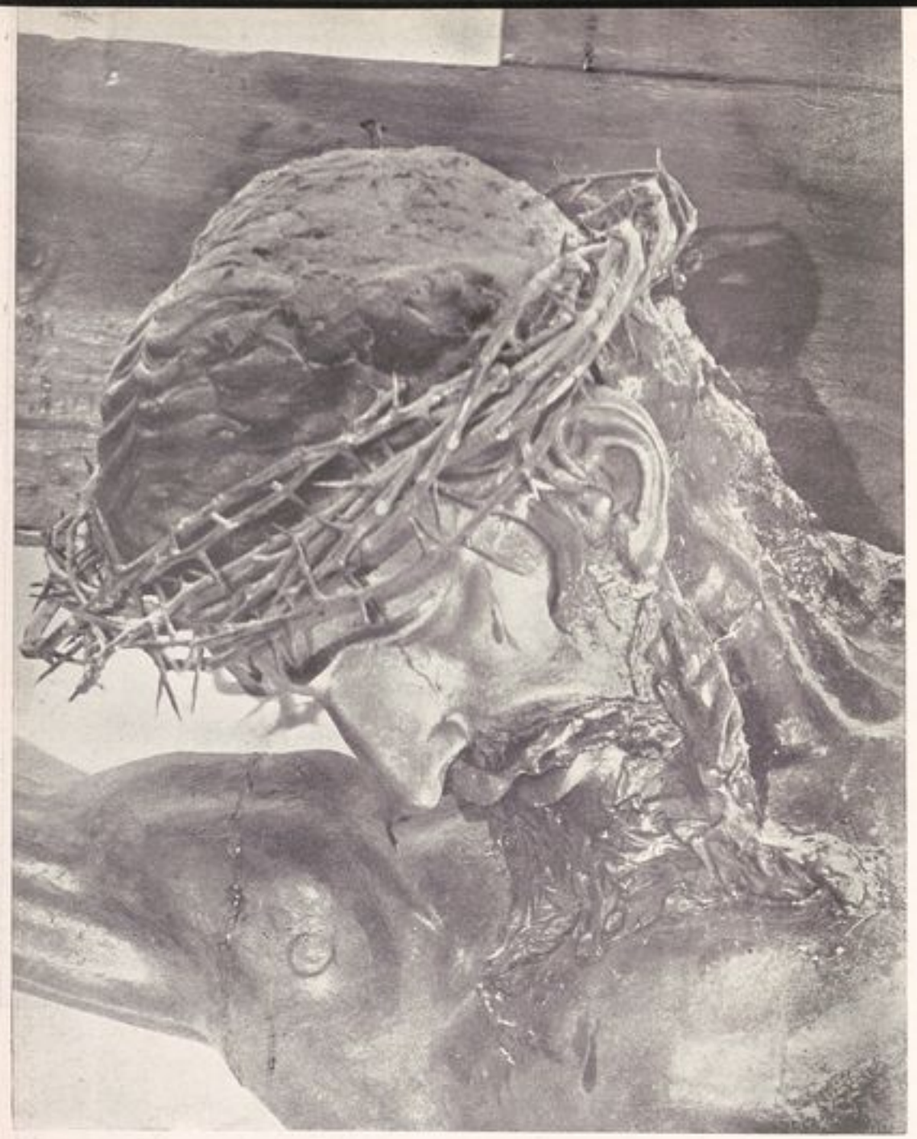
Sigue en la plana 77

Arte al servicio de la Religión



Detalle del
«Cristo del Despojo».

LA devoción del Via-Crucis se enriquece con la presencia del tesoro policromado que guarda Valladolid. No hay aspecto de la Pasión qne no ocupe la correspondiente talla escultórica. Acaso estén repetidos los motivos en número suficiente hasta conseguir varias veces la Pasión de Jesucristo. No es sólo el Museo Nacional donde se alberga la ingente labor de la escuela castellana. Allí existe, quizás, la colección mas completa de cada uno de nuestros imagineros pero en cada templo de la ciudad se venera una joya y se presta el culto fervoroso que sinceramente recoge el misticismo de esta vieja corte española. Queda repartido—decimos—bajo todas las cúpulas de nuestras iglesias el sentimiento renaciente del dolor y del Calvario de Cristo Jesús y dicho está que ni aun en los días de la Semana Grande se hace posible admirar con el rezo todo el arte religioso que nos traslada a ese trasmundo ascético de profunda meditación.



DETALLE de «Nuestro Padre Jesús de Nazareno» venerada en la Iglesia Penitencial.

RESULTARIA incompleto nuestro deseo sin aludir al genio nacional castellano que tantas pruebas quedó de su originalidad fuertemente personalizada. *Alonso Berruguete* acude directamente a producir la emoción que se cifra sobre todo en lo atrevido de la actitud y en lo acentuado de las expresiones. El barroquismo se encuentra ligado íntimamente a él, y las figuras enjutas, surgidas de su gubia inspirada, están impresas de un nerviosismo y de una distinción retorcida que le caracterizan al momento. La fecundidad de Berruguete es extraordinaria, prodigiosa, y su sensibilidad plástica creó multitud de tipos en actitudes distintas y de sentimientos diversos.

RADIANTES de la belleza de un dolor sereno y augustamente soportado son estas tallas mayestáticas de «La Piedad» y la «Quinta Angustia» de Gregorio Fernández, conservadas en el Museo Nacional y en la Iglesia de San Martín.

Para recibir en el justo grado la impresión que forzosamente nos ha de producir la imaginería castellana, no es suficiente la fotografía. Hay una riqueza más que añadir a la escultura y es, la policromía. Así, por ejemplo, si este sayón—de por sí harto elocuente—le hubiéramos ofrecido con la verdad de su fuerte y variado colorido, el juicio seguramente se encontraría más afianzado.

Otra de las «Siete Palabras» últimas de Jesús Crucificado, llevadas a la madera tallada por la mano maestra de los imagineros.

Unción del pueblo Castellano

LOS hombres de esta tierra han usado de siempre del íntimo convencimiento cristiano. Hasta el momento presente muy poco se ha perdido del equilibrio de gravedad tan característico en sus manifestaciones. En Castilla se nace unidos ya a la sobria manera de vivir el futuro, sin ganas para la ligereza y con una fuerte inclinación a tomar en serio esta vida de tránsito, en depósito. Quizás ejerza en todo esto una influencia algo decisiva la amplitud de su suelo y la claridad de su vuelo, el verse libre de accidentalidades geográficas, el sentirse en todo momento dominando la tierra. La inmensa línea recta de sus páramos coloca a los naturales de Castilla en franca mirada con el horizonte; y hasta puede ser que entonces sea por lo que sus hombres tienen sobrado tiempo de meditar que si toda la tierra, horizontal, sin quebraduras, se encuentra bajo el dominio de sus brazos, la verticalidad de sus cuerpos es muy chica al compararse con el inmenso poderío de Dios. El tener apoyados los pies sobre la tierra sirve también para elevar los corazones y el pensamiento puesto que un gran Cielo empequeñece al hombre.

No es ninguna idea original esta que sirve para expresar el profundo sentido ascético conservado en Castilla; pero nunca mejor que la oportunidad de la Semana Santa, para poner de manifiesto su piedad dinámica, arraigada. Si durante esos días puede decirse que la calle es un altar constante, Castilla rinde culto a la fe también desde las calles para que la continuidad no se pierda. El pueblo se siente fuertemente unido a la verdad teológica del Calvario y su entrañable comunicación la expresa con un recogimiento explicable e inusitado. Cierto que la penitencia se ve mejor cumplida desde las filas procesionales; todas las Cofradías, por ejemplo, significan el deseo de verse asociados a la expiación del Redentor. El silencio y el rezo son síntomas inconfundibles del sentimiento castellano a lo largo de los días que nos trasladan al dolor de Cristo Jesús, más no se excedería quien afirmara que toda la ciudad es un templo y todos los que ella viven hombres asistidos del firme fervor religioso.

COFRADIAS

CUANDO en el fragor de las revoluciones religiosas que destrozan la calma espiritual y el bienestar material del europeo siglo XVI, España refulge en el concierto mundial es, sin duda, debido a la iniciativa política de sus reyes tanto como al acendrado catolicismo de su pueblo.

Y este catolicismo lleva la ciencia teológica de los doctos, aprendida en las más puras doctrinas ortodoxas de nuestras universidades y colegios mayores, a destacarse entre las de otros países, mientras la piedad más devota de los humildes y de los menos doctos da también muestras de su religiosidad.

Ninguna manifestación de esta piedad tan popular como las fiestas que anualmente, durante el ciclo de la Cuaresma, celebraban algunas cofradías, y como consecuencia ninguna cofradía religiosa tan popular como aquéllas que entre sus fines contaban la organización de procesiones en los días de Semana Santa.

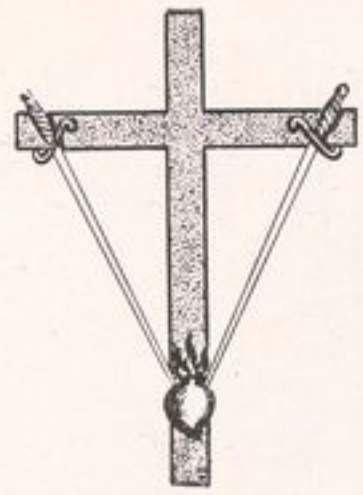
Estas cofradías se multiplicaron hasta en los lugares de menos importancia y rara fué la villa o ciudad que no tenía la suya. Algunas veces tales asociaciones procuraban a sus cofrades ciertas ventajas benéficas mediante la creación de hospitales o ayudas a enfermos, otras trataron de allegar auxilios espirituales en el tránsito de vida y después de él; pero siempre destacó como importante misión, hasta llegar a darles calificativo, las procesiones de penitencia a que antes nos re, feríamos.

La honesta emulación y rivalidad entre ellas, les hace que mejoren cada vez más sus «pasos» y la imaginería en madera policromada ve ante sí un campo extenso donde practicar el arte, sin la limitación de personajes y asuntos sometidos a patrón tradicional, que hasta entonces había sido objeto de la estatuaria religiosa. Con razón ha podido decirse que esta manifestación artística carecería de nervio si las cofradías penitenciales no hubiesen existido, y que sin las de Valladolid y las de Sevilla no podríamos explicarnos la vivencia de las escuelas castellana y andaluza, exponente y resumen de toda la española.

Al calor de tales ideales se crearon en nuestra ciudad hasta cinco cofradías. Las más antiguas, la

PENITENCIALES

Por FILEMON ARRIBAS



Vera Cruz y la Piedad posiblemente; luego la Pasión y las Angustias; la más moderna, sin discusión, Jesús Nazareno, fundada el año primero del siglo XVII. En un principio con bríos modestos, acogidas a la sombra protectora de algún monasterio: franciscanos, dominicos, agustinos; pero muy pronto aspirando a tener casa o iglesia propia y consiguiéndolo. Y en ellas rendir culto al Divino Redentor o a su Madre Dolorosa bajo advocaciones relacionadas con la Pasión y Muerte del Señor.

¿Cómo imaginar una de aquellas procesiones? Precedidos de algún estandarte o guión, formaban en total dos mil y a veces más disciplinantes y cofrades en dos inacabables hileras, en medio de las cuales desfilaban los pasos propios de cada cofradía. Las trompetas destempladas con sus gemidos lastimeros, los penitentes sometiéndose a hirientes disciplinas, las escenas de la vida de la Amargura o del monte Calvario, todo ello conjuntamente, contribuía a elevar el ánimo a extrema piedad y meditación.

Tampoco faltaban los amantes de las emociones o los curiosos del acontecimiento, vecinos de la ciudad o forasteros en ella; unos forzando sin reparo el mejor lugar de la carrera, otros anotando con avidez en su memoria los detalles pintorescos o interesantes para pasarlos luego al papel y a la posteridad.

Pasaron los siglos, que en el transcurso del mundo son años, y hoy como ayer se repiten los mismos hechos en semejantes días. No son cinco cofradías ni cada una saca varios pasos acompañados por miles de devotos. Aquéllas se han triplicado, sus escenas procesionales, abandonadas un siglo en los rincones de los almacenes o en las salas de los museos, se han repartido de nuevo; los cofrades también se han reagrupado alrededor de las nuevas y de las viejas advocaciones.

Pero si el aspecto exterior es diferente en mínima parte, no lo es en su totalidad. Los sentimientos no cambian y tal vez descendientes de hombres de antaño repiten hogaño los mismos gestos de emoción y curiosidad como entonces y ahora las capuchas encubren los rostros de los penitentes para que su sacrificio sea a la vez humildad y no ostentación vanidosa.

Los Cristos Yacentes de Gregorio Fernández

POR JUAN AGAPITO Y REVILLA

DE la gran colección de imágenes que brotaron de la gubia del famoso maestro escultor vallisoletano Gregorio Fernández, descollaron temas que repitió el artista, unas veces con figuras vestidas, otras con grandes desnudos y algunas agrupando las dos modalidades. Pertenecen a la primera clasificación las Vírgenes del Carmen y las Santas Teresas, a las segundas, los Cristos crucificados y los yacentes, y a la tercera, las Piedades. Mucho se repitió el maestro. Creó tipos, modelos, que se siguieron en su taller, con más o menos fortuna, y no les abandonó, sirviendo luego para que sus díscipulos o imitadores continuasen la tradición o escuela artística, bien que bajara mucho de la iniciación del maestro.

El tema que más veces trató Gregorio Fernández fué el del Cristo yacente. Parecía lógico, más natural, que el Crucificado fuese el asunto primordial de su labor, tanto por ser la representación más genuina del Arte cristiano que todos

En contraste con el estilo suave, delicadamente expresivo de Gregorio Fernández existe la expresión un tanto rebelde y declamatoria de Juan de Juni. Es, podríamos decir, el otro aspecto de la escultura castellana. En él se nos presenta la manifestación de lo barroco y al dolor más desconsolado de las figuras acompaña cierta minuciosidad de la técnica que se deleita en el modelado de las arrugas y de los accidentes físicos. Alguien ha confirmado acertadamente que «no siente el desnudo y centra la expresión en las cabezas, en la actitud revuelta de la figura y en las manos gesticulantes.

Ahí está como ejemplo el «Entierro de Cristo» grupo gigantesco con el cual Juan de Juni acusa su temperamento apasionado, dispuesto para el patético reflejo de la muerte cuya mejor demostración es esa cabeza de Cristo. Añádese al espíritu sensible de belleza el «dominio de la técnica realzado por una policromía original». Otra obra, verdaderamente grande por su excelencia dramática, es esa talla de «La Virgen de las Angustias», que destacamos ya en una de las planas centrales, considerada como prototipo de perfecta expresión del dolor maternal.

los artistas trataron de interpretar, como por la profunda religiosidad de Fernández. No obstante, parece como que dió sus preferencias a los Cristos yacentes ¿por qué motivos? ¿por que fué la la primera obra que le dió nombre? Yo tengo registradas nada menos que unas quince obras del mismo tema entre Madrid, Segovia y Valladolid, auténticas de toda autenticidad y algunas sólamente atribuídas al maestro con probabilidades negativas.

El primer Cristo yacente que se cita de Fernández se labró en Valladolid en 1605 y debió ser admirado y consagró al autor como gran maestro. En 8 de abril de dicho año encargó Felipe III al artista un Cristo yacente que se expuso a la veneración de los fieles en lo que había sido iglesita del Rosario, y entonces Capilla real adosada al Palacio. Fué trasladada la estatua a Madrid al regreso de la Corte en 1606, y en 1615 la regaló el Rey a los Capuchinos de El Pardo: «Fué presente del Monarca a una Comunidad, y el escultor se encargó de hacerle regio dentro del arte».

Esa escultura fué el modelo, aunque se cite como la más antigua, al revés de otros casos, por ejemplo, la Virgen de los Cuchillos, la obra cumbre de la estatuaria policromada castellana, que hasta la tercera vez no la dió Juan de Juní por definitiva, y desde el primer momento fué elogiada a pesar de lo artificioso de la colocación de los cabellos sobre el almohadón en que apoyan cabeza y hombros, como ha censurado alguno, pero así y todo, dispuestos muy bien para producir claro-obscuro y efecto magnífico que realzan la belleza y avaloran el mérito de la talla, modelada con gran naturalidad, en absoluto reposo, sin los exagerados movimientos y acuse de anatomías acentuadas, observadas en obras similares y ejecutadas de intento para provocar una fuerte impresión en el devoto.

Una obra tenía a su contínua contemplación Fernández en Valladolid que pudo inspirarle, pues era muy apreciada de los artistas: el Cristo de Juan de Juní en el monumental grupo del Entierro. Mas con ideas propias Fernández, si admira la labor del genial autor de la incomparable Virgen de los Cuchillos, no acepta su tendencia ni su modo enérgico y a veces duro, y rígido en este caso, y va por otro camino de tranquilidad y sosiego, sin salirse del realismo.

Es realista la obra del Cristo de El Pardo, pero de un realismo natural, espontáneo, no patético, que recuerda perfectamente al Cristo del grupo de la piedad del Museo vallisoletano: de un modelado suave, blando, aquel cuerpo es el de un hombre hermoso. Según dijo Serrano Fatigati: «Como cuerpo es un hombre hermoso en que ha encarnado la divinidad... Es para el ideal cristiano de un acierto tan grande como muchas de las buenas estatuas antiguas para el ideal de griegos y romanos».

En Madrid debió entusiasmar la escultura y llovieron los encargos al maestro: las benedictinas de San Plácido, la clausura de la Encarnación, la de las Bernardas del Sacramento, tienen Cristos parecidos, magnífico el de las primeras, comparable al de El Pardo, y bastante buenos los otros, con los caracteres, disposición, técnica y demás detalles que el primero de la serie patentiza.

En Segovia se citan también dos Cristos yacentes con atribución a Fernández por persona muy autorizada en estas cuestiones, y son: el de la capilla de San Antón, en la Catedral y el de la parroquia de San Martín, mas no tan magníficos como el de El Pardo, que este es único, incluso por su admirable policromía.

No podían faltar en Valladolid esculturas del repetido tema del Cristo yacente. El taller de Gregorio Fernández no sufrió traslados a otros lugares; aquel taller que como templo de Arte levantara Juní, que sirvió a otros artistas y terminó con Fernández, vió labrar la gran serie de tallas que el piadoso maestro envió a otras ciudades como embajadoras de la actividad artística vallisoletana; pero dejó en la nuestra buena parte de sus esculturas y aquí quiso que admirasen las estatuas yacentes del Señor como un recuerdo del principio de su nombradía y celebridad.

Por de pronto, a Valladolid ha vuelto un Cristo yacente que lució antes en Madrid: el que se veneró en San Felipe Neri, y que pasó al que se llamó Museo de la Trinidad cuando la exclaustración; de este se llevó a la iglesia de Atocha, por deseos de Isabel II, y al derribarse esta iglesia se condujo a la del Buen Suceso, de donde pasó al Museo del Prado, como sucesor y continuación del de la Trinidad. «De allí—escribí en un aocasión—es fácil que ya no salga nunca». Pero me equivoqué, porque al instalarse en el Colegio de San Gregorio el Museo Nacional de Escultura, a este trajeron la talla para completar la colección de las obras de Fernández. No es de los mejores

Cristos del maestro; mas de todas maneras es buena obra.

Mejor es el Cristo de la clausura del convento de Santa Catalina; es un término medio entre el anterior y el de El Pardo y, probablemente, de los primeros que esculpió el artista, pues de 1607 a 1608 interviene Fernández en asuntos del convento relacionados con estatuas. Aunque está en clausura es ya muy conocido por haber salido en las procesiones de Semana Santa de no hace muchos años. Y lo mismo ocurre con el del convento de Santa Ana, en la clausura y en las procesiones. Es magnífica obra y quizá la mejor del mismo tema de las de Valladolid, y tiene muchos puntos de contacto con las de Madrid, aunque con algunas variantes; pero eso le dá mayor importancia e interés, pues el maestro no iba a repetir todos los detalles de otras esculturas cuando trabajase él mismo y no los oficiales, como creo sucedió en este caso.

Además tiene esta talla algo de leyenda. En una ocasión me dijeron las religiosas, que era tradición en el convento que, sin saber cómo, apareció la talla, después de una noche de tormenta de un Noviembre del siglo XVII a la puerta del convento antiguo. ¿Quién la depositara allí? ¿el mismo autor? ¿alguna persona piadosa encargando el secreto al artista? Nada se sabe hasta ahora de esta buena pieza escultórica.

De un Cristo yacente no conocido tengo alguna noticia. Se conserva en la clausura del convento de Sancti Spíritus. Fué primeramente de las monjas de San Nicolás y trasladado poco después de 1809 a su actual destino. Por indicios tiene probabilidades de ser obra, por lo menos, del taller de Fernández; pero nada puedo asegurar por ahora.

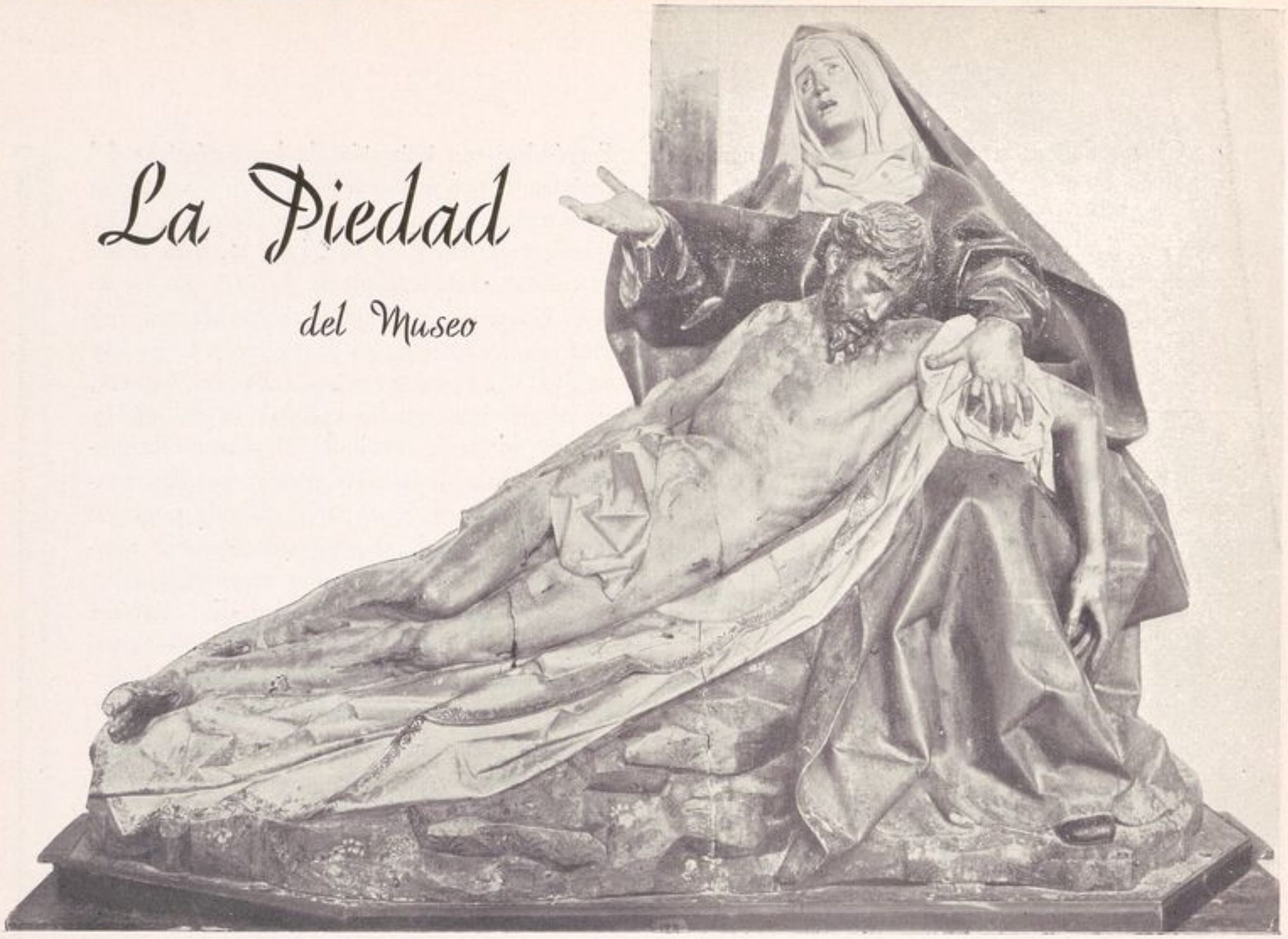
Más Cristos yacentes se conservan en Valladolid y siguen la escuela de los de Gregorio Fernández; son imitación de los auténticos del maestro; tienen una misma disposición casi todos; unos mejores, otros peores, pudiéndose asegurar que ni de su taller salieron. Que recuerde ahora se cuentan el de la iglesia de las Angustias, los de Jesús Nazareno, San Pablo, San Andrés y el muy mediano del paso de los Durmientes. Otro hay en San Miguel llamado de «la Buena Muerte», y este requiere estudio especial. Es del tipo y modelo de los de Fernández, sí; pero no le considero suyo ni de su taller, pues es completamente suelta la figura, hasta sin el paño de pureza o sábana, de un realismo exagerado, hombre completo con todos sus detalles masculinos; bien hecha la estatua, pero a Fernández hubiera parecido temerario, o quizás una profanación, tratar el asunto con la crudeza como está desarrollado. Tira a cobriza la policromía.

Otro Cristo en el momento de ser depositado en el sepulcro había en San Antón, hoy en el Santuario Nacional; la talla no es gran cosa. Perteneció a un paso de la Cofradía antigua de la Piedad, y el maestro intervino en la elección de modelo y oficiales, mas no pasó de ahí su intervención. Las figuras que formaban la historia son realmente mediocres.

Y eso es, en muy compendiado resumen, lo que puede iniciarse sobre los Cristos yacentes del gran imaginero del siglo XVII en Valladolid. Algunas tallas, excelentes, magníficas, las consideradas auténticas. Otras no son más que una regular copia o imitación, faltando el espíritu que al maestro moviera su gubia; otras, influencias de la obra del artista, no sólo por su labor general y artística, sino por el tema que movía a compasión y devoción. Por algo repitió tanto la talla el delicado de salud y de espíritu Gregorio Fernández.

La Piedad

del Museo



ACASO te sorprenda un poco encontrar por tres veces esta magnífica «Piedad». No es debido al azar ni al antojo. La razón está apoyada en el deseo de llevar a tu ánimo la certeza de hallarnos ante una de las obras capitales de la estatuaria religiosa y de exponer a tu meditación el total del grupo. De este modo puede quedar apreciado en su verdadero valor uno de los prodigios de Gregorio Fernández que, como todas las obras salidas de sus manos, significa y es la esencia pura del alma castellana.

Sayón perteneciente al paso «Tengo Sed».

Detalle de la Virgen que figura en el paso «El Descendimiento».

«La Quinta Angustia», conservada en la Iglesia de San Martín.
«Cristo de la Luz», de la Capilla de la Universidad.
«La Dolorosa», de la Iglesia de la Cruz.
«El Descendimiento», en el mismo templo.
«Cristo atado a la Columna», en el mismo templo.
«Cristo Yacente», del Convento de Santa Ana.

En otras muchas ciudades, se pueden admirar obras de Gregorio Fernández: Madrid, Salamanca, Santiago, Burgos, etc., sobresaliendo entre todas el «Cristo Yacente» conservado en El Pardo.

Alonso Berruguete

Como muy bien dice un catálogo del antiguo Museo Provincial de Bellas Artes, no es posible condensar en unas brevísimas palabras, los rasgos más salientes de la vida artística del gran maestro del Renacimiento español, nacido el año 1489 en Paredes de Nava (Palencia). En 1523 se avecina en Valladolid, falleciendo en Toledo en Septiembre de 1561.

Se conservan en nuestro Museo Nacional de Escultura de este maestro de fama universal, y fuera de él las principales se hallan distribuídas algunas en la siguiente forma:

«La Adoración de los Reyes», conservada en la Iglesia de Santiago de nuestra ciudad.
«El histórico Retablo mayor», de San Benito de Valladolid, hoy en El Museo Nacional de Escultura.
El Retablo de la Mejorada de Olmedo, hoy en la Iglesia de San Andrés de dicha villa.
Fuera de Valladolid existe «El Retablo Mayor del Colegio de Irlandeses», en Salamanca.
La media sillería de la Catedral Toledana.
Un Retablo de Santa Úrsula, de Toledo, otro en Santiago, de Cáceres y el del Salvador, en Úbeda (Jaén).

«Ecce Homo», imagen conocida por «El Cristo de la Caña». El Cuerpo de Artillería acompaña este «paso» en la Procesión del Viernes Santo.

DEL español, por divino don, se puede decir en grado superlativo, y excepcional entre todos los hombres, que su alma es esencialmente cristiana. Son muchas las razones que lo explican porque durante siglos, pacientemente, en lucha constante contra los enemigos de la Religión, se fué perfilando así el espíritu cristiano. De tal modo que la savia religiosa la llevamos en la sangre y aun en los casos de mayor desvarío y yerro, jamás se aleja del todo del timón de su nave el sentido profundo que le ha hecho mantenerse en ruta. Por eso el arte castellano pudo expresar tan dignamente la realidad del credo, comprendiendo que no son precisos todos los momentos al entendimiento, a la memoria, a la voluntad y al cuerpo mismo, traspasado de dolor y de pasmo con los misterios de la Pasión, muerte y sepultura de Cristo.

«Paso» de «El Azotamiento», acompañado por la Cofradía de los Luises y Kostkas y conservado en el Museo Nacional de Escultura.

HE aquí una de las mejores esculturas de la imaginería castellana, debida a la gubia y a la inspiración de Gregorio Fernández. Por considerarlo así, premeditadamente elegimos un detalle de «Cristo atado a la Columna» para hacerle figurar en una de las páginas centrales. Esta escultura se venera en la Iglesia Penitencial de la Cruz, y tan notablemente fué terminada por el artista, que la tradición popular supuso que la imagen habló al maestro y le interrogó: «¿Donde me miraste que también me retrataste?» a lo que el escultor contestó: «Señor en mi corazón».

Gaspar de Tordesillas Escultor de mucho mérito, discípulo de Berruguete y Juan de Juni. Aunque nacido probablemente en Tordesillas, se cita siempre vecino de Valladolid, habiendo labrado el Retablo de San Antonio Abad, en la Iglesia de San Benito El Real, del cual es la estatua que conserva el Museo y Retablo de San Martín del Valvení.

Esteban Jordán Nació en Valladolid en 1534, debiendo trabajar al lado de su tío político Alonso Berruguete, principalmente los Retablos mayores de la Iglesia de la Victoria y de Sancti Espíritus, otro en la misma Iglesia y algunos trabajos en las Parroquias de San Ildefonso y San Juan.

Fuera de Valladolid tiene el Retablo de Santa María, de Alaejos; en Avila, la estatua orante del Obispo Don Alvaro de Mendoza, del convento de las Madres de San José, en León, relieves y estatuas de alabastro en el trascoro de la Catedral; en Ríoseco, en Palazuelo y en Paredes de Nava.

Pedro de la Cuadra Según los datos biográficos del prestigioso Don Juan Agapito y Revilla, este escultor no salió de Valladolid, atribuyéndosele algunos relieves de gran mérito conservados en el Museo Nacional.

Pompeyo Leoni, Millán Vimercado, Baltasar Marinao, Adrián Alvarez, Pedro de Torres, Juan Tomás Celma, Gaspar Becerra, Inocencio Berruguete, Andrés de Nájera y otros, son nombres que están vinculados a la imaginería castellana. Sirva esta mención como homenaje para quienes con su inspiración dieron prestigio no ya a Valladolid sino a España mediante la herencia, artísticamente expresiva, cuya gran parte se conserva en el Museo Nacional de Escultura y en los templos de Valladolid.

Detalle de Cristo Jesús en el paso denominado «Oración del Huerto», al cual acompaña la Cofradía del mismo nombre.

†

Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.

†

En verdad te digo: que hoy serás conmigo en el Paraíso.

†

Mujer, he ahí tu Hijo... He ahí tu Madre.

†

Dios mío, Dios mío. ¿Porqué me has· desamparado?

†

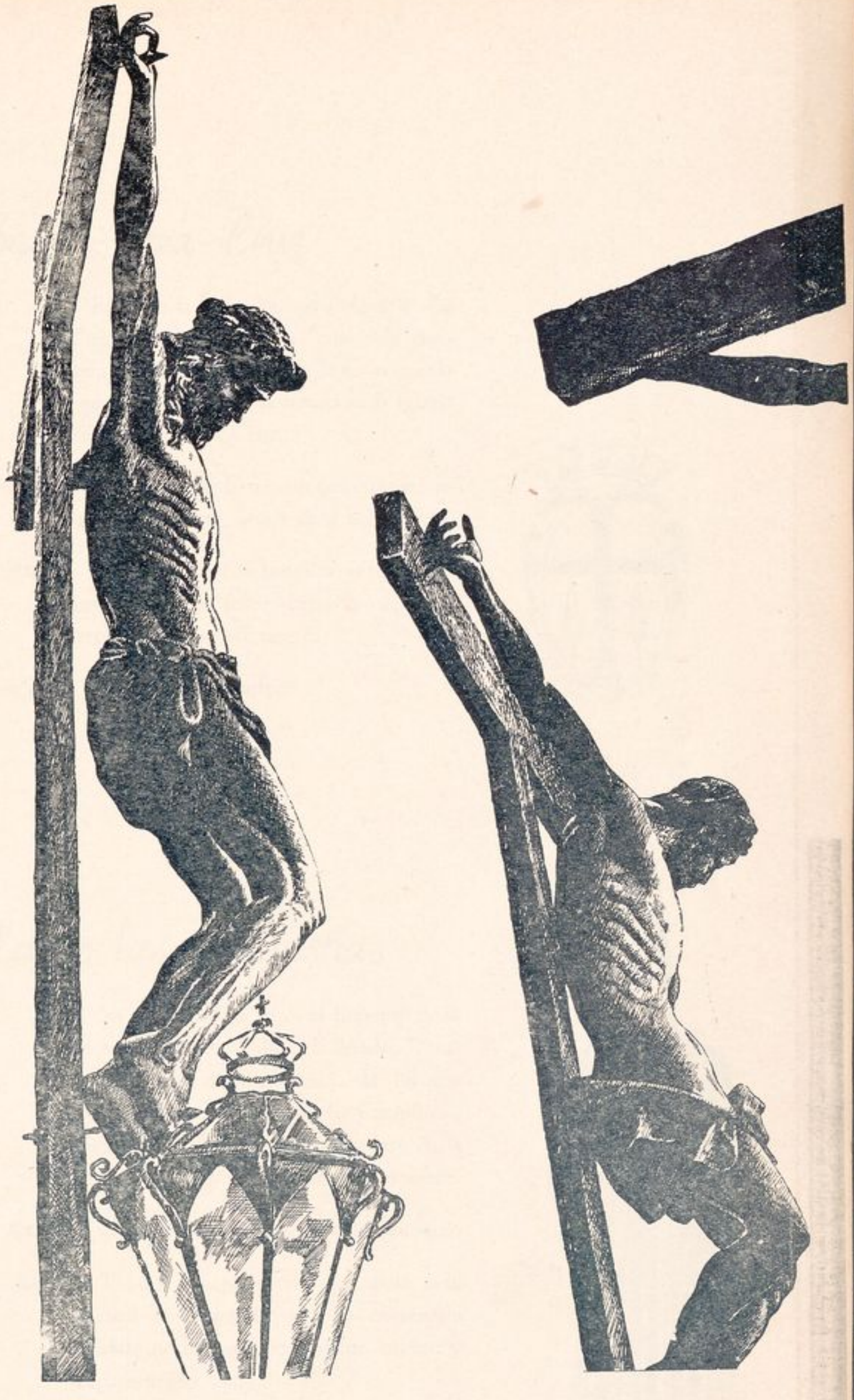
Sed tengo.

†

Consumado Es.

†

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.



No es posible hallar una mejor manifestación de la profunda fe vallisoletana ni del sentimiento que rodea a su Semana Mayor como esa verdad popular proclamada al mediodía del Viernes Santo. Junto a las cruces levantadas en su Plaza Mayor, la voz del Evangelio nos conmueve para meditar colectivamente en el grave sentido de aquellas «Siete Palabras» últimas de Jesús Crucificado. Es acaso el acto más valiente del corazón humano como demostración de su credo y de su voluntad porque entre el casto silencio de la ciudad y el pensamiento de sus hombres la idea sustancial y redentora se expresa en la grandiosidad de un «Auto de Fe».

Santa Vera-Cruz

Es acaso la Cofradía más antigua y «La Virgen de los Dolores», conocida también por «La Dolorosa de la Cruz», es la imagen titular suya venerada en la Iglesia Penitencial de la Cruz.

Escudo. Insignia de la Cruz con dos cipreses en su parte inferior, uno a cada lado.

Hábito. Sotana negra con botones verdes, cíngulo del mismo color, capirote negro de terciopelo y guante negro.

Imaginero. Gregorio Fernández.

La de las Angustias

Su principal fin, lo es el fomento de la fe por medio del culto a la Madre Dolorosa. Esta Cofradía venera la imagen denominada «La Virgen de los Cuchillos», también «Virgen de las Angustias» en la Iglesia Penitencial del mismo nombre.

Escudo. Una Cruz, un corazón y dos puñales.

Hábito. Túnica y capirote de terciopelo azul oscuro con cíngulo rojo y encarnado cuando no llevan capa; guante oscuro y zapato negro.

Imaginero. Juan de Juní.

Jesús Nazareno

El culto a Nuestro Padre Jesús Nazareno es su principal fin y la imagen titular la del mismo nombre de su Penitencia!.

Escudo. Sobre el pecho J. H. S. en amarillo.

Hábito. Túnica y capirote de terciopelo morado con jalón dorado, cíngulo amarillo; guantes blancos y zapatos negros.

Imaginero. Atribuído a Gregorio Fernández.

La Piedad

En la Iglesia Parroquial de San Martín, esta Cofrafía rinde culto a la imagen denominada «La Quinta Angustia».

Escudo. Cruz sobre el pecho en rojo.

Hábito. Túnica y capirote negros, cíngulo en rojo; zapato negro.

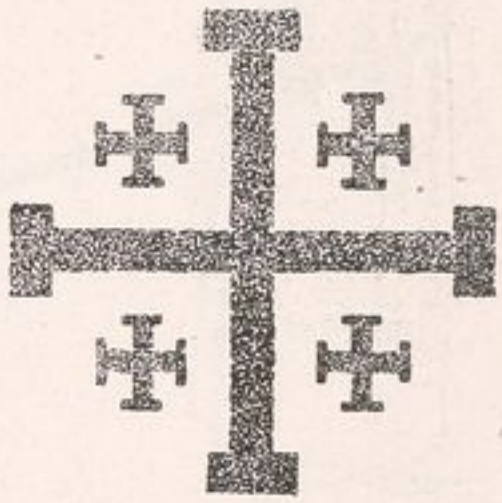
Imaginero. Gregorio Fernández.

Terciarios Franciscanos

Acompaña esta Cofradía a «La Santa Cruz».

Escudo. La Cruz de Jerusalén en blanco.

Hábito. Túnica y capirote del hábito de San Francisco; cíngulo y emblemas blancos; sandalia marrón y guante negro.



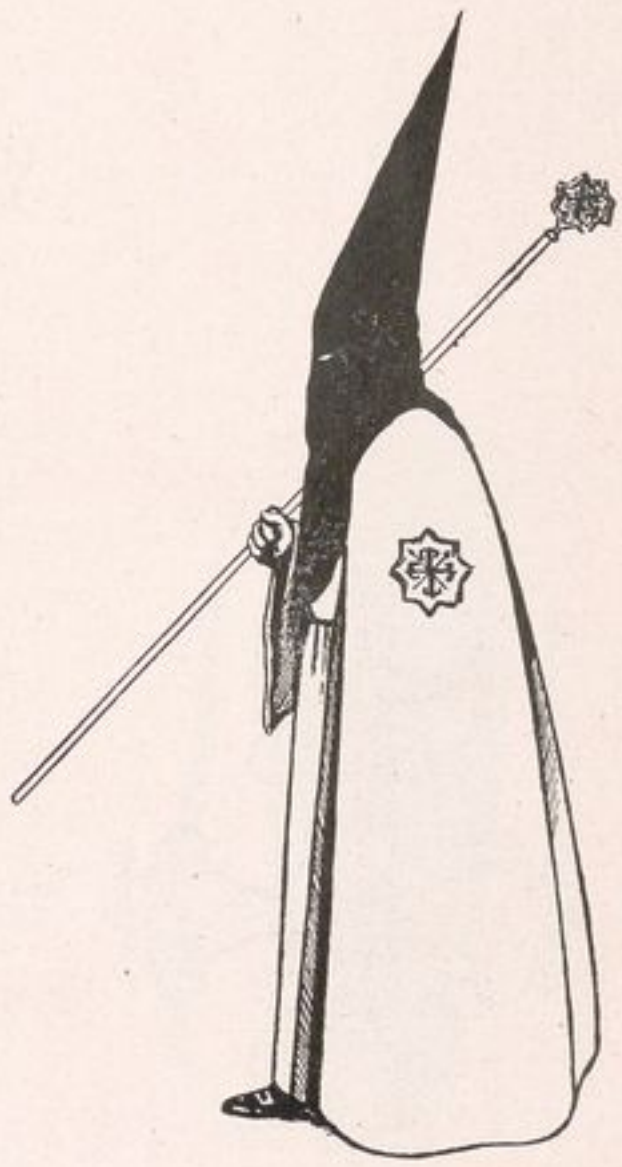
Siete Palabras

La imagen elegida por esta Cofradía, es la del Santo Cristo, venerada en la Iglesia Parroquial de Santiago; pero en la procesión del Santo Entierro, del Viernes Santo, acompañan también a los Pasos denominados «Sitio» y «Emisit Spiritum».

Escudo. Una estrella de ocho puntas en rojo, la Cruz de Calatrava en azul y cruzadas la lanza y la caña en amarillo.

Hábito. Capa y túnica color crema, cíngulo y capirote rojo; zapato negro y guante blanco.

Imaginero. Desconocido.



Preciosa Sangre

En sustitución de su primitivo titular conocido por «Cristo de los Carboneros», venerado en la Iglesia Penitencial de las Angustias, en la actualidad acompaña esta Cofradía a «Cristo en la Cruz», del Convento de las Catalinas.

Escudo. Dos varas doradas y remate con la Cruz igual a la del peto.

Hábito. Túnica encarnada, cíngulo, guantes y zapato negro y en el peto una Cruz.

Imaginero. Juan de Juní.

Santo Entierro

Tiene esta Cofradía como titular, a la hermosa imagen de «Cristo Yacente», venerada en el Convento de Santa Ana.

Escudo. Una venera de oro.

Hábito. Túnica y capirote negros con bocamangas bordadas y galones, guantes blancos, cíngulo dorado; zapato negro.

Imaginero. Gregorio Fernández.

Sagrada Cena

Hasta la fecha no dispone de paso esta Cofradía organizada en 1940. No obstante, la Iglesia donde celebra los cultos es la de San Felipe Neri.

Escudo. Una Cruz sobre dos círculos concéntricos y en el punto medio se eleva un Cáliz con la Sagrada Forma. Se ve adornado también con espigas y uvas.

Hábito. Sotana blanca con cotones dorados, cíngulo de oro, capa y capirote blancos; zapato blanco y guante blanco.

El Descendimiento

Acompaña al «paso» del mismo nombre, celebrando cultos en la Iglesia Penitencial de la Cruz que es donde se halla «el paso».

Escudo. La Cruz del Santo Sepulcro, en encarnado.

Hábito. Túnica verde, capa encarnada y capirote verde, cíngulo verde y encarnado; zapato negro y guante blanco.

Imaginero. Gregorio Fernández.

J. O. C.

Esta Cofradía constituída por la Juventud Obrera Católica, acompaña el «paso» conocido por «El Despojo», conservado en el Museo Nacional de Escultura.

Escudo. Las iniciales en negro sobre una Cruz.

Hábito. Túnica encarnada, capa blanca; emblema y cíngulo amarillos; guante blanco y zapato negro. No usan capirote.

Imaginero. Atribuído a Gregorio Fernández.

Luises y Kostkas

Esta Cofradía denominada así por que sus componentes pertenecen a las Congregaciones Marianas, acompaña al «paso» conocido por «El Azotamiento».

Escudo. Emblema de las Congregaciones Marianas en azul celeste.

Hábito. Túnica y capa blanca, capirote y cíngulo celeste; guante y zapato blancos.

Imaginero. De la escuela de Gregorio Fernández.

Oración del Huerto

Acompañan al «paso» denominado también «Oración del Huerto», al que se rinde culto en la Iglesia Penitencial de la Cruz.

Escudo. Una Cruz en amarillo sobre el hábito.

Hábito. Túnica negra con puño de encaje blanco, cíngulo amarillo y verde, capirote y capa verdes; guante blanco y zapato negro.

Imaginero. Se desconoce.

Exaltación de la Cruz

Constituída por miembros de la Hermandad Ferroviaria, tienen como titular al «paso» denominado «La Exaltación de la Cruz».

Escudo. Una Cruz sobre el peto.

Hábito. Túnica azul oscuro, capirote y cíngulo rojo; zapato y guantes negros.

Imaginero. Escuela de Gregorio Fernández.

Cristo del Perdón

Esta antigua Cofradía, venera la imagen denominada «Cristo del Perdón» en el Santuario Nacional de la Gran Promesa.

Escudo. Una medalla en la cual se lee: «Comisaría del Santísimo Cristo del Perdón», y una sencilla Cruz en el centro.

Hábito. Sale sin él.

Imaginero. De la escuela de Gregorio Fernández.

Los Docentes

La Universidad es quien rinde culto a la artística imagen denominada «Cristo de la Luz», en la Capilla del Colegio de Santa Cruz.

Escudo. Solamente llevan la Cruz representando al «Cristo de la Luz».

Imaginero. Gregorio Fernández.

Cofradía de los Artilleros

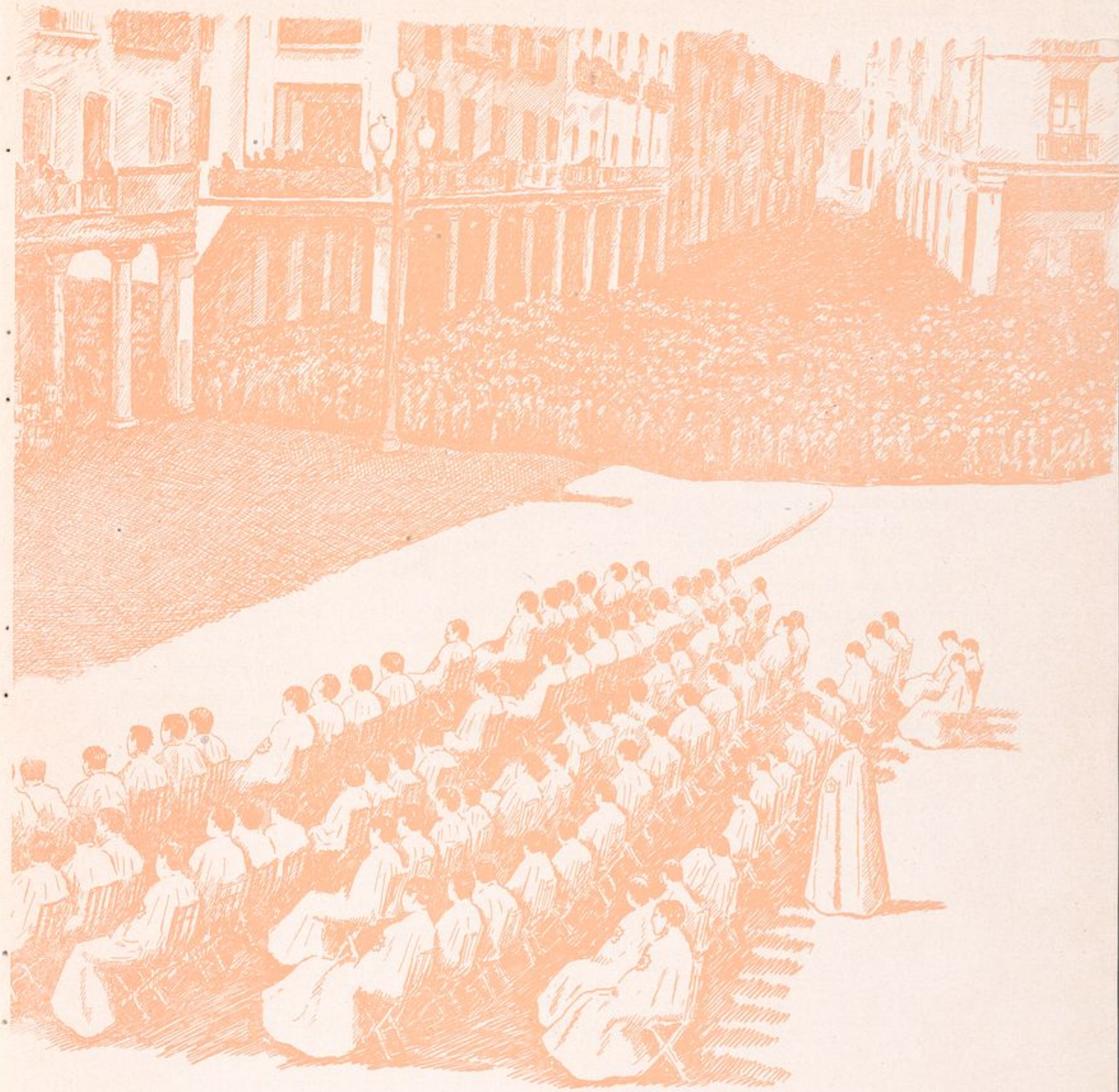
Está formada por Jefes, Oficiales, Suboficiales y Tropa del Cuerpo de Artillería, acompañando a la imagen conocida por «Cristo de la Caña».

Sobriedad del Rezo Campesino

HAY en los modos y hasta en el pensamiento de quienes viven alejados de la ciudad cierta ampliación de virtudes que destaca la línea de su sencilla sobriedad, de su mejor y más grave manera de comprender la vida. Dentro de la especial característica de unidad que distingue a los hombres de Castilla, es en el campo donde se ven más fuertemente acusados los sentimientos. Allí, la tradición es más tradicional y casi podríamos decir que más sinceramente espontánea. En el campo, valga la frase, se vive más castellanamente y por lo mismo el sello imprescindible de la austeridad de sus tierras sobresale algo más que en la ciudad; de ahí que también en los días de la Semana Santa sus hombres participen con intensidad mayor del inmenso dolor que nos aflige.

La gente de los pueblos manifiesta la nota religiosa con la naturalidad de lo congénito; tiene una fe más arraigada porque su sentimiento es más trágico y la tristeza más sentida. En el medio rural, se reza en la Iglesia, se reza en la casa y se reza en la calle. No hay capuchones ni túnicas, pero se conserva y se luce el sombrero de fieltro, la capa parda y la camisa almidonada. El sermón, la procesión del Cristo bendito, y el canto vigoroso de las estrofas de Lope de Vega, son parte sustancial del Viernes Santo; y tras el grupo de mujeres, los hombres forman el cortejo procesional, ni tan ordenado que no aparezca espontáneo, ni tan desigual que parezca tumulto, sino manifestación de honda y sencilla religiosidad.

Sigue en la plana 94



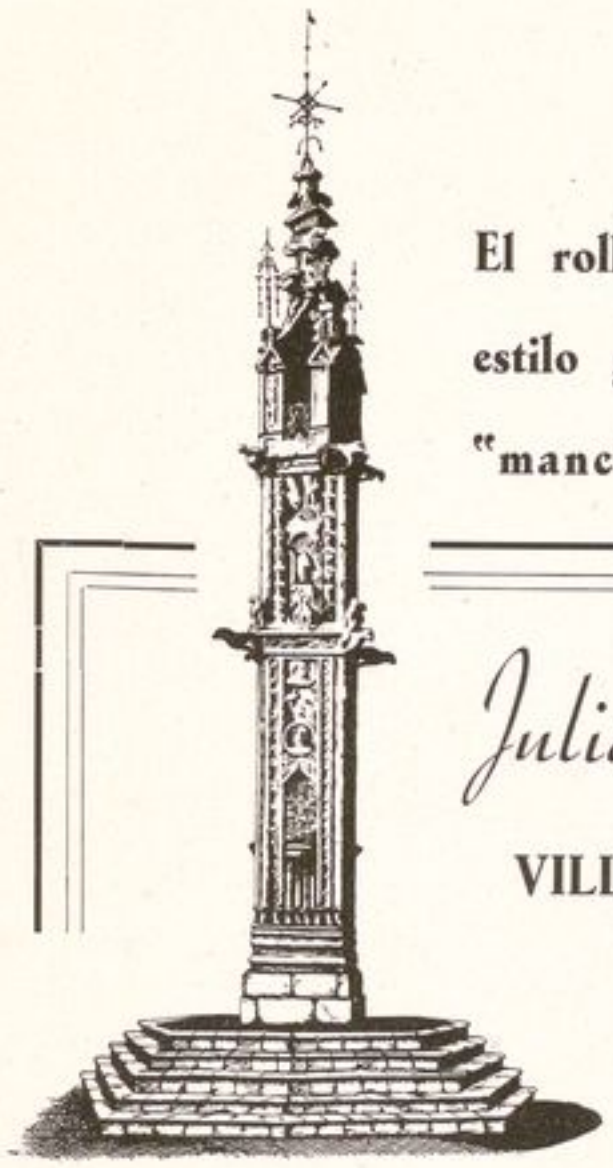
La mano del artista no pudo escapar de la tentación que le fué sugerida por el "Auto de Fé" celebrado en el día de Viernes Santo del pasado año. He aquí un apunte de T. Rivera, *recogiendo la escena del Sermón de las Siete Palabras en nuestra Plaza Mayor.*

Existe una costumbre española también que señala esa diferencia de ambiente de uno y de otro lado; comparad sino la manera de cubrirse la cabeza cuando la mujer acude a los templos. En el campo y en la ciudad indica, sí, hasta qué punto el espíritu religioso de los dos se preocupa de presentarse con el recato y la mesura propias; el alma femenina sabe muy bien que ante la grandeza de Dios no cabe presumir sino es de un gran arrepentimiento. Es un signo de la humildad necesaria en esos afortunados momentos; sin embargo algo hay que clasifica la costumbre de todos: lo que en la ciudad es encaje delicado, mantilla primorosamente calada, en la mujer campesina es prenda resuelta muy sobriamente, tocado sencillo, sin complicaciones de cierta frivolidad.

No hagamos más distinciones porque en Castilla la verdad del dolor y de la esperanza, constituyen una profunda manifestacion de fe en los días conmemorativos de la Pasión y muerte del Redentor.

Si al final de estas páginas, rasgos veloces que
no alcanzan sino a representar en miniatura
inapreciable la verdad de un Museo, se logró
en tí no ya la inquietud de la visita, sino
el simple deseo de acercarte a Valladolid
con satisfacción, nos encontraremos
tranquilos. Nuestro propósito quedó
reducido, más no tanto para no
tener la certeza de lograr un po-
co más. La sinceridad nos
obliga a no caer en la inmo-
destia y más vale confe-
sarlo así, para que el
esfuerzo encuentre
siquiera la com-
pensación de
nuestro pro-
pio testi-
monio.

Este port-folio se terminó de imprimir
en Valladolid,
el día 18 de Marzo de 1944,
VÍSPERA DE LA FESTIVIDAD
DE SAN JOSÉ,
en los talleres «*Gráficas Perdiguero*».
Siendo compuesta por los operarios
Gerardo Lucas y Eusebio Cornejo
e impresa por
Emilio Llauradó y Juan Crespo,
y encuadernada
en los mismos talleres
por *Fermín Posadilla.*



Dos cosas tiene Villalón

DE FAMA MUNDIAL

El rollo, maravilla arquitectónica del sigo XV del más puro estilo gótico; y el queso en los tipos "pata de mulo" y "manchego" de exquisito gusto y gran valor nutritivo

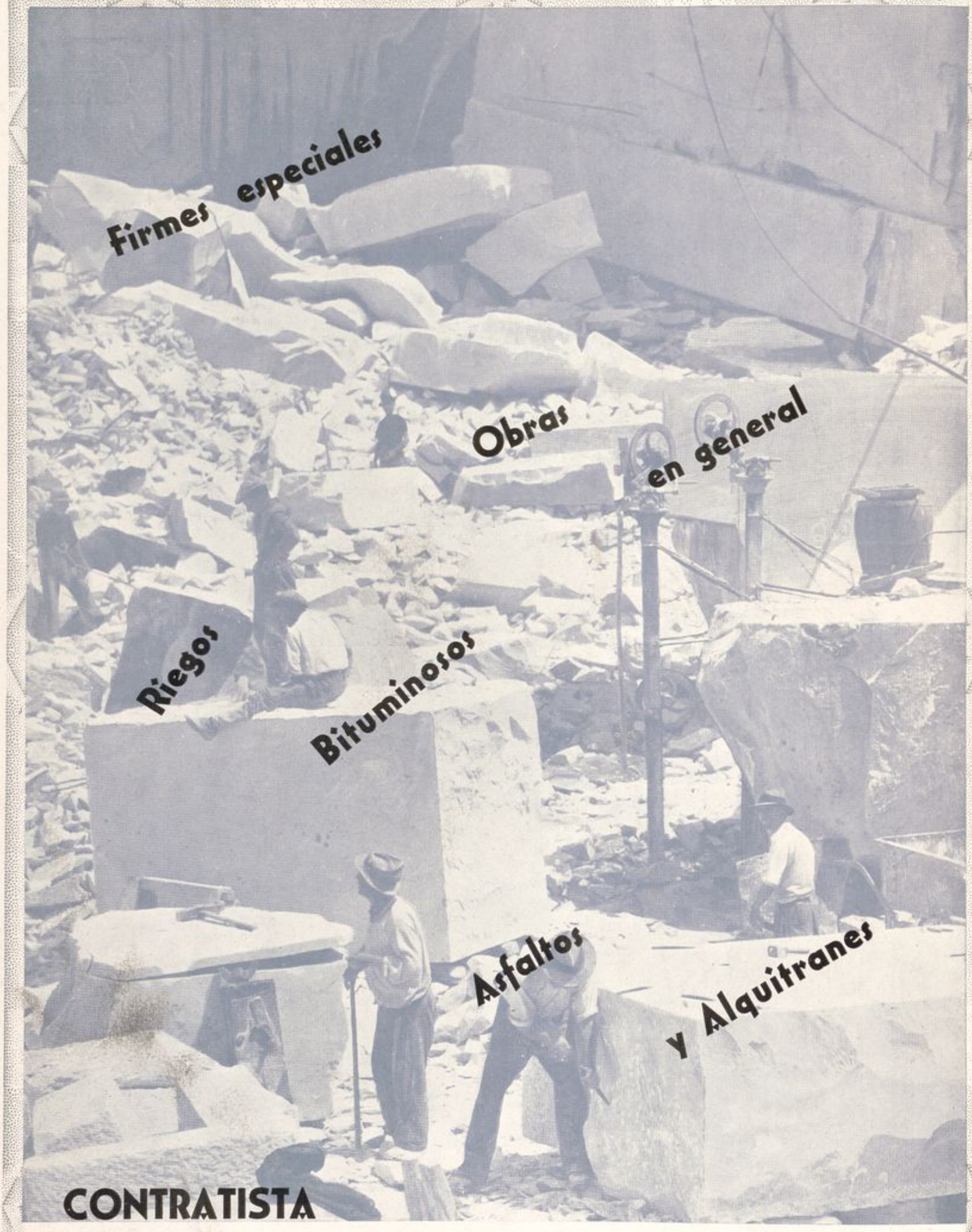
Julián González Royuela

VILLALON DE CAMPOS (Valladolid)

IMPORTACION - EXPORTACION

Paja de trigo y legumbres - Almortas - Quesos Jamones - Semilla de alfalfa - Huevos - Naranjas y cuantos artículos puedan interesar

Esta Casa se encarga por cuenta ajena de la compra y facturación de legumbres y piensos procedentes de cupos libres de los agricultores



CONTRATISTA

FRANCISCO RODRIGUEZ GOMEZ

Expósitos, número 17 — Teléfono 1121 — VALLADOLID

CONFECCIONES

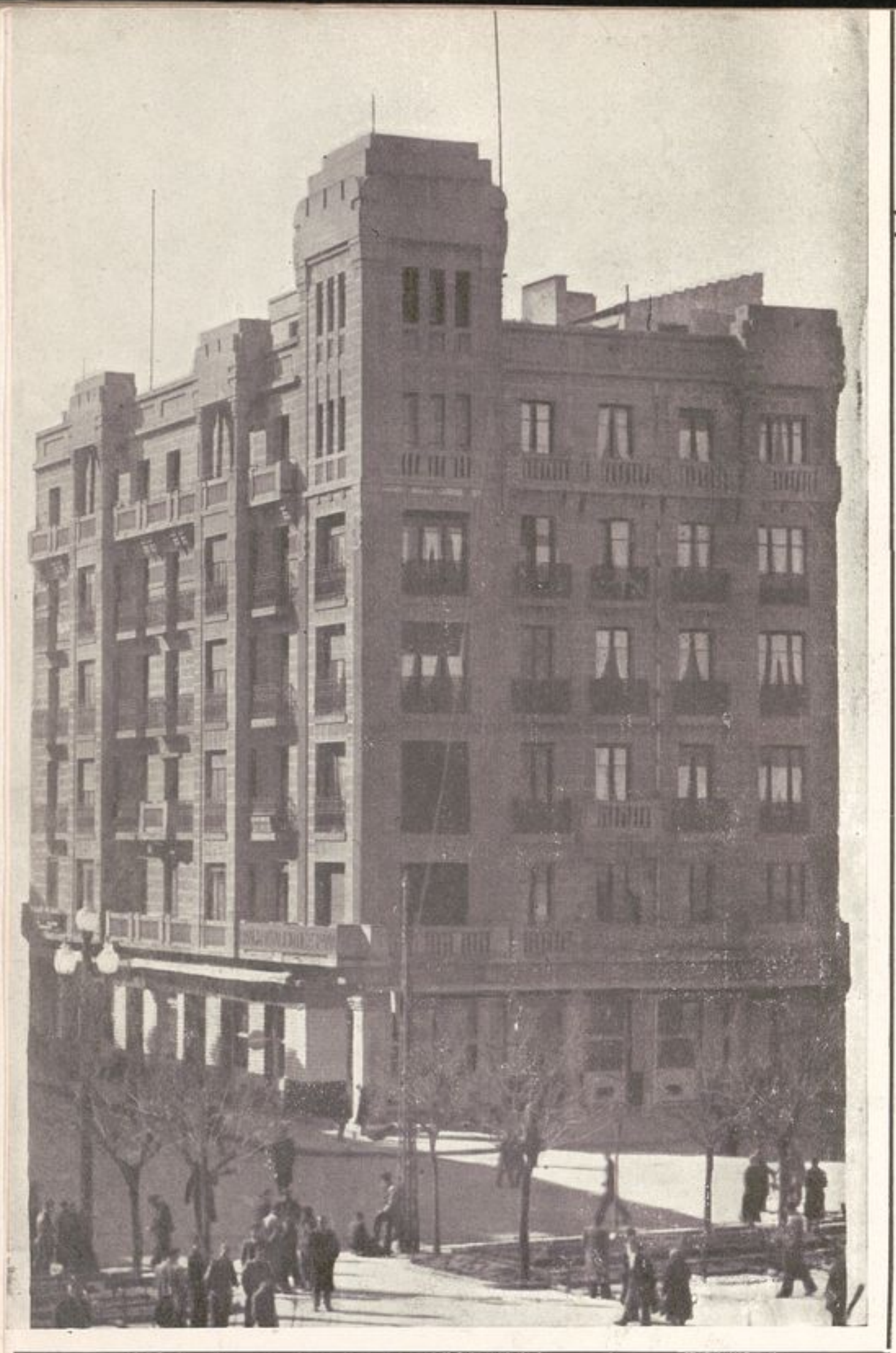
CAVAL

VALLADOLID

SUCURSAL DE EUSEBIO ALCALDE Y C.ª

Teresa Gil, 32

TELÉFONO 1549



GRAN CAFE
RESTAURANTE

CANTABRICO · PIQUIO

Director Propietario

Felipe García Manso

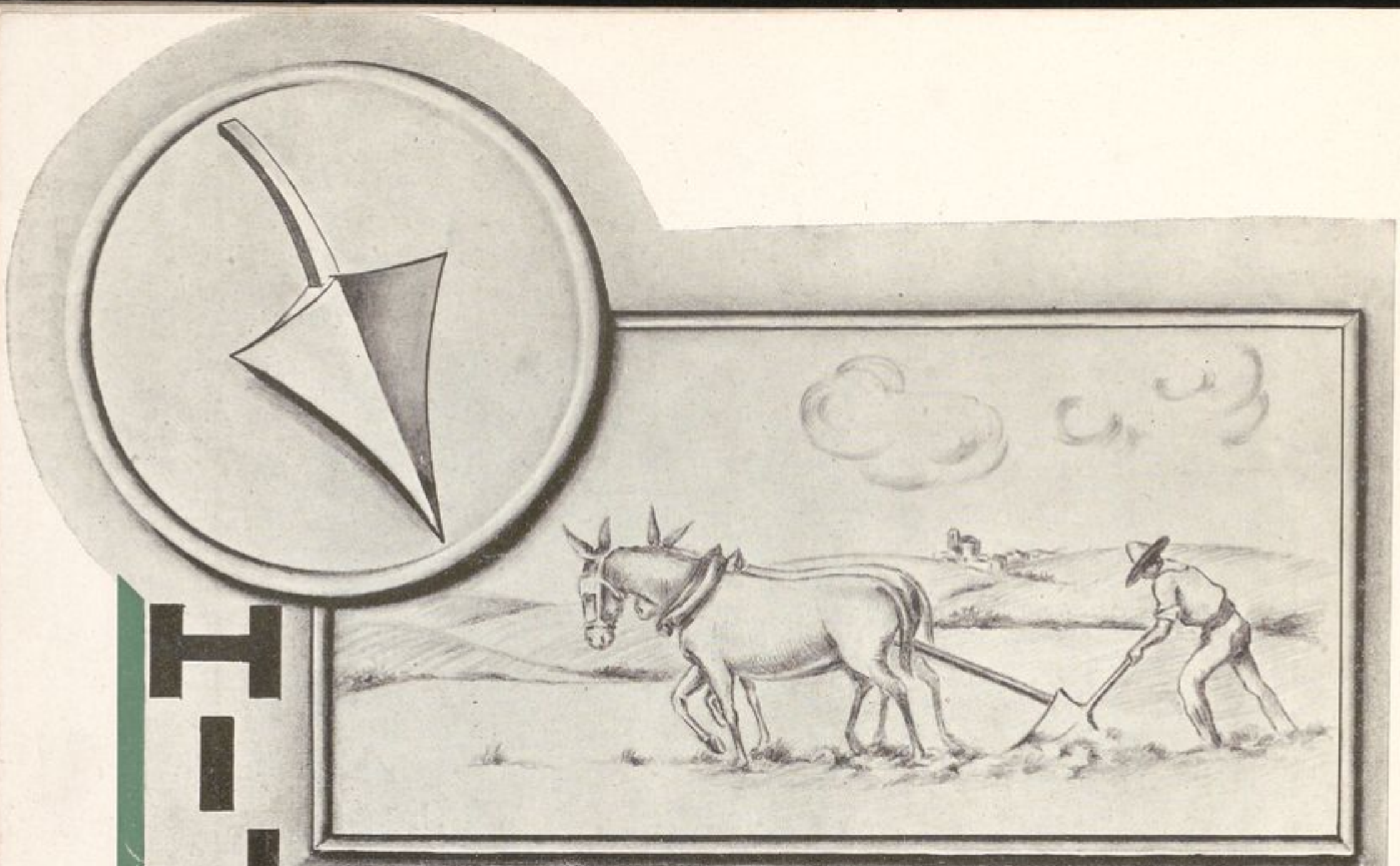
VALLADOLID

Exquisitos Chocolates

De fama Mundial

EZQUERRA

VITORIA



D. CIRIACO SANCHEZ

GRAN SURTIDO EN REJAS
PARA LA AGRICULTURA

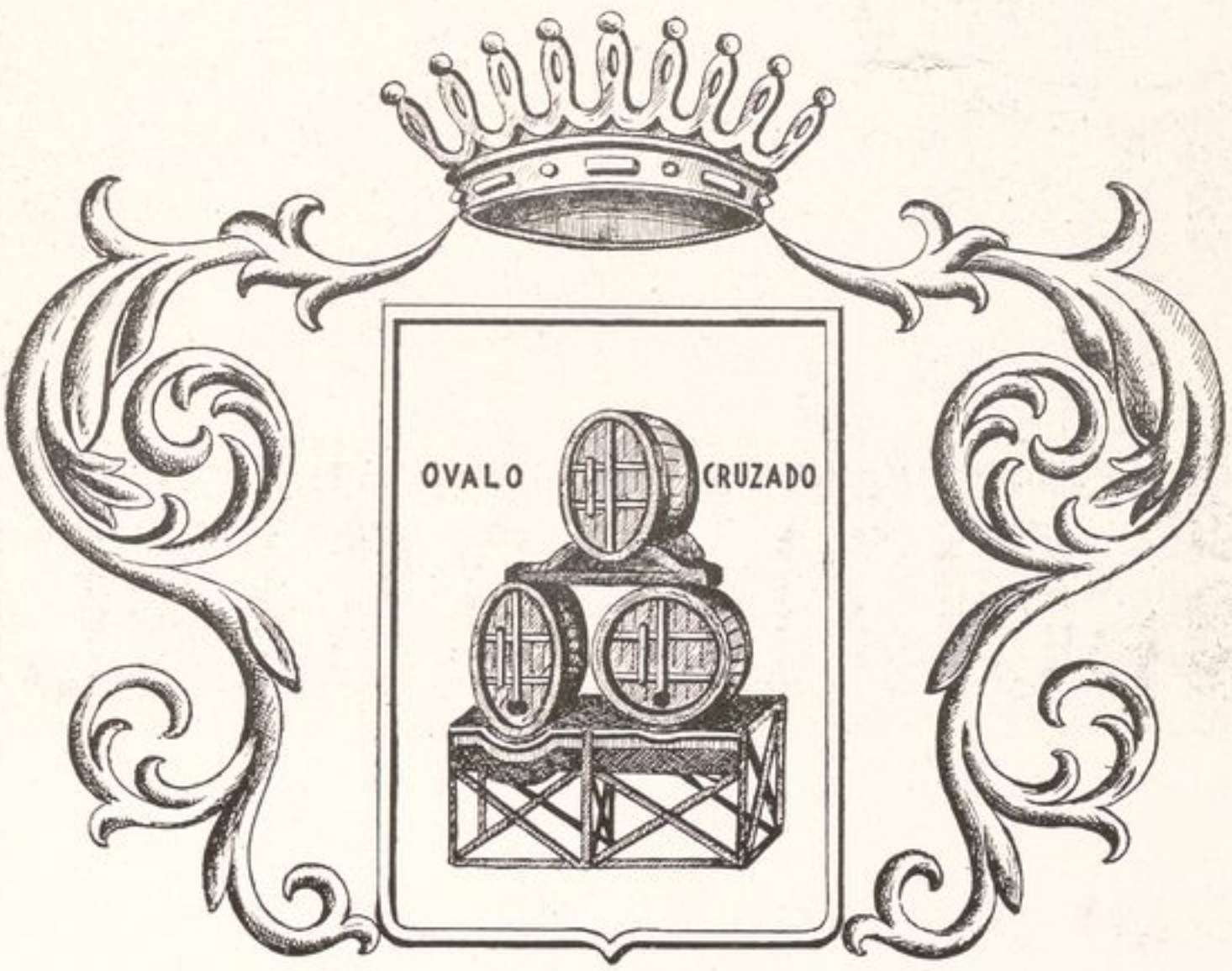
Laminación de hierros
Fábrica de herraduras y clavos
Almacenes de hierros - - -

Apartado de Correos 138
Teléfono número 2859
Doctrinos, 12 - Valladolid

Bodegas Castellanas

Cabezón

(VALLADOLID)
España

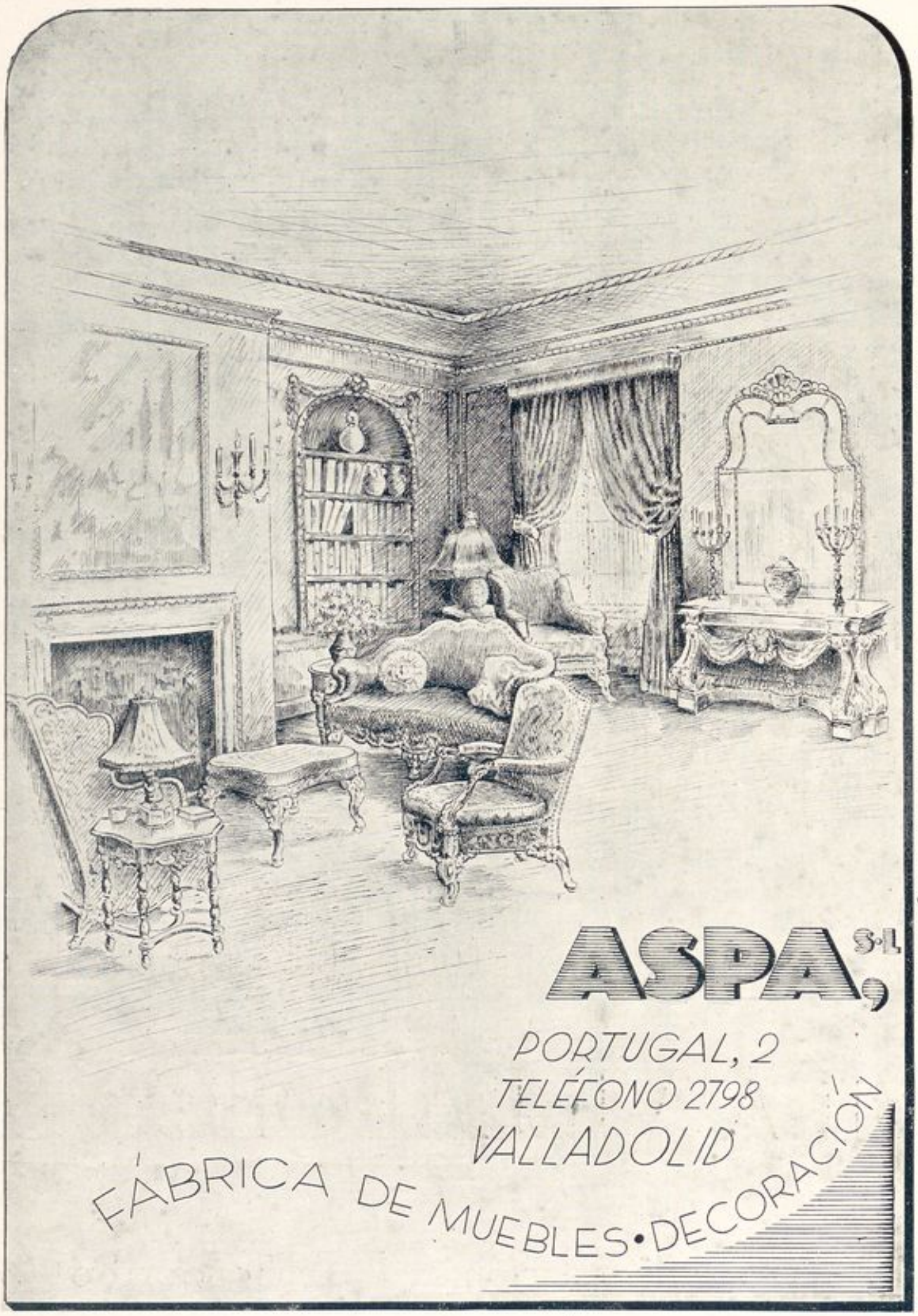


EXPORTACION A TODOS LOS PAISES

DAVILA VILLALOBOS, S. L.

Casa central: Estación, 1 - Teléfono 1180

VALLADOLID



ASPA, S.L.

PORTUGAL, 2
TELÉFONO 2798
VALLADOLID

FÁBRICA DE MUEBLES • DECORACIÓN